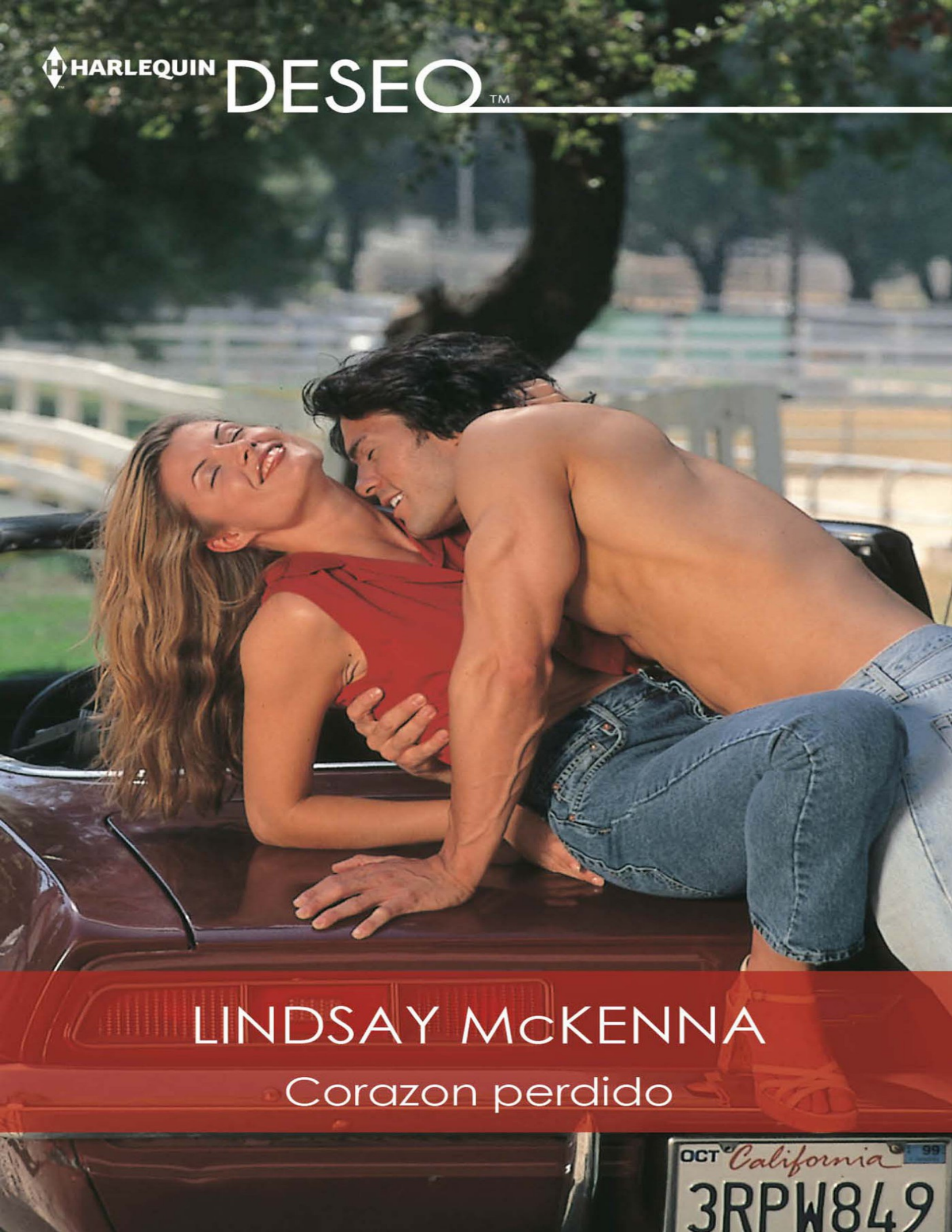


 HARLEQUIN DESEO™



LINDSAY MCKENNA

Corazon perdido



DESEO

LINDSAY MCKENNA

Corazon perdido



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2000 Lindsay McKenna
© 2020 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Corazon perdido, n.º 950 - enero 2020
Título original: The Untamed Hunter
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Deseo y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited.
Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.:978-84-1348-108-1

Conversión a ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Créditos](#)

[Capítulo Uno](#)

[Capítulo Dos](#)

[Capítulo Tres](#)

[Capítulo Cuatro](#)

[Capítulo Cinco](#)

[Capítulo Seis](#)

[Capítulo Siete](#)

[Capítulo Ocho](#)

[Capítulo Nueve](#)

[Capítulo Diez](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo Uno

–Maggie, esta misión podría costarte la vida. Esta vez no se trata de ningún paseo.

La doctora Morrow se dirigió a Maggie Harper con una mirada llena de determinación. Quería convencerla del peligro que encerraba la tarea que acababa de encomendarle.

Maggie Harper, bióloga de renombre mundial especialista en virología, estaba sentada al otro lado de la enorme mesa de roble de la directora del Departamento de Enfermedades Infecciosas.

–Todos los días arriesgo la vida en la zona de experimentación –dijo, enarcando las cejas con un gesto de sorpresa. La doctora Casey Morrow, su jefa, no solía hacer aquella clase de advertencias–. ¿Qué tiene de especial esta misión? Te lo digo en serio, Casey, en este trabajo, ¿hay algo que no sea peligroso?

–*Touché* –murmuró la doctora Morrow, y comenzó a dar golpecitos sobre la mesa con un lápiz mientras estudiaba a la mujer que se sentaba frente a ella. Tenía una larga cabellera pelirroja, que siempre llevaba recogida cuando entraba en el laboratorio para experimentar con virus mortales y bacterias, pero que en aquella ocasión caía sobre sus hombros esbeltos y de ademán orgulloso. Casey la había llevado del brazo a su despacho antes de que la doctora pudiera ponerse la bata y dirigirse al laboratorio para emprender el trabajo que la esperaba aquella mañana.

Maggie sacó la bolsita de té de su taza y la colocó sobre el plato que apoyaba en su pierna.

–Bueno, ¿dime qué me has preparado esta vez? –preguntó, mirando a Casey con suspicacia–. Ya sabes que me aburro con facilidad, así que espero que sea un destino sobre el terreno. ¿Me vas a mandar a África?

Casey sonrió. Maggie medía tan solo un metro y sesenta y cinco centímetros, pero era ágil y fuerte y, desde luego, hacía todo lo posible por mantenerse en forma. Tenía unas magníficas marcas en velocidad y resistencia y dedicaba una buena parte del tiempo que le dejaba libre el laboratorio a cultivar y mantener su extraordinario cuerpo de atleta. Le gustaba vivir al límite y ante la noticia de cada nueva misión sus ojos adquirían un renovado brillo. Aquel día no era una excepción.

Por otro lado, era una gran tiradora y estaba acostumbrada al manejo de todo tipo de armas de fuego, lo cual era, en realidad, el motivo principal de que Casey la hubiera elegido para aquella peligrosa misión. Además, Maggie era una amante de la aventura y del riesgo, pero tenía también una cualidad que la hacía especialmente valiosa para tales misiones: ante una situación de peligro, jamás permitía que sus emociones interfirieran en el desempeño de su misión.

–He de decirte –dijo la doctora Morrow sin dejar de dar golpecitos con el lápiz sobre la mesa– que iría yo misma, pero la semana pasada di positivo en el test de embarazo.

Maggie apuró el té con una sonrisa llena de sincera alegría.

–Lo sé y no sabes cuánto me alegro por ti y por Reid. ¿Sigue quejándose como siempre?

–Más que nunca, ya sabes que nunca le ha gustado verme andar entre tanto microbio. Pero tiene

razón. Ahora tengo que poner más cuidado que nunca.

–Sí, la verdad es que en este trabajo no hay un día en que no nos las veamos con una enorme y asquerosa cantidad de guarrería –dijo Maggie echándose a reír.

La estancia se llenó con su risa. Aquel humor negro era en realidad frecuente entre todos los que trabajaban en el laboratorio.

–Oh, la verdad es que Reid es como todos los padres primerizos. Una preocupación andante –murmuró Casey.

–Normal –dijo Maggie, comprensiva–. ¿Y qué tal estás? ¿Tienes mareos?

Casey hizo un gesto, como si diera gracias a Dios.

–Sólo estoy de seis semanas, así que no, no tengo mareos, ni vómitos, ni nada. Estoy muy bien.

Maggie se recostó en el cómodo respaldo de cuero de la silla.

–Tienes un chico maravilloso –dijo–. Pero creo que ya lo sabes.

–Sí, lo sé –replicó Casey–. Y creo que él también sabe que tiene una chica maravillosa.

Maggie sonrió de oreja a oreja.

–Si os queréis tanto como parece, vuestro matrimonio va a durar siempre.

–Sí, espero que no se parezca a esos matrimonios de usar y tirar que estropean el paisaje cada vez con mayor frecuencia.

–Ya, bueno –dijo Maggie–. Yo creo que algunos se casan demasiado jóvenes. No se toman el tiempo suficiente para conocer a la otra persona; en realidad, no se toman el tiempo suficiente para conocerse a sí mismos –dijo, chascando la lengua–. Yo estuve a punto de cometer ese error en la universidad, pero aprendí la lección, créeme, y prefiero quedarme soltera a volver a cometer el mismo error.

Casey asintió. Sabía que Maggie había estado a punto de casarse dos veces en los siete años que llevaba en el Departamento de Enfermedades Infecciosas. En ambas ocasiones todo se había echado a perder y, en ambas ocasiones, por la misma razón: el hombre en cuestión quería controlar la vida de Maggie. Ella, sin embargo, era una mujer de su tiempo y no estaba dispuesta a dejar que ningún hombre le dictara su camino, por mucho que pudiera quererlo. Muchos hombres se creían aún con el derecho a decirle a la mujer a la que querían lo que tenía que hacer, pero Maggie, por fortuna, tenía la voluntad y la confianza en sí misma para saber que su única posibilidad de ser feliz era ser ella misma. Por su parte y a pesar de todo, Casey tenía la esperanza de que la brillante doctora acabaría por encontrar a alguien que supiera apreciar todo cuanto podía ofrecer.

–Bueno, cuéntame –dijo Maggie–. ¿De qué trata la misión?

–Antes, quiero volver a recordarte que es muy peligrosa. Créeme, es muy peligrosa –dijo Casey marcando bien las palabras.

–Dime –dijo Maggie, inclinándose hacia delante.

Al ver el brillo que adquirirían sus ojos, Casey supo que había elegido a la persona adecuada.

–Muy bien, vamos allá –dijo, sacando del primer cajón de su mesa un archivo calificado como Alto secreto–. El viernes pasado me llamó Perseo. Se trata de un organismo supersecreto del Gobierno que trabaja en la sombra colaborando con la Agencia Central de Inteligencia. Morgan Trayhern, el jefe de Perseo, me pidió la colaboración de un voluntario del Departamento porque saben que en la actualidad hay un grupo terrorista operativo en los Estados Unidos y con posible acceso a armas biológicas. Uno de los agentes de Morgan ha capturado a uno de los terroristas, un científico que tenía bacterias clonadas del virus del ántrax. Parece ser que esta era la única muestra del virus que tenían los terroristas, y ahora que hemos capturado al científico se disponen

a hacerse con más.

Maggie asintió, muy atenta a las palabras de Casey.

–Ya, y lo tenemos aquí, en nuestro laboratorio. El único lugar en que puede encontrarse en todos los Estados Unidos.

–Exacto, y por eso ahora la atención se centra en este Departamento –dijo Casey frunciendo el ceño–. ¿Te suena el nombre Amanecer Negro?

–Por desgracia –asintió Maggie–. ¿Cuál es su nivel de implicación en esto?

–Están metidos hasta las cejas –dijo Casey con pesadumbre–. Son el grupo bioterrorista más peligroso y preparado del mundo.

–Bueno –dijo Maggie, poniéndose en pie, impaciente por saber más–, ¿y qué pintamos nosotros en esta ecuación?

–Pintamos mucho –dijo Casey, admirando el orgullo y voluntad de su amiga, y al mismo tiempo su magnífica figura. No le sobraba ni un átomo de grasa y parecía la viva imagen de la valentía y la determinación, cualidades que tendría que exprimir al máximo en aquella misión.

–Morgan les ha tendido una trampa, es decir, varias trampas. Quiere descubrir el núcleo de la organización en el país. He dado el visto bueno a su plan y ahora necesita un señuelo que los atraiga al Departamento.

–Hum, parece fascinante –dijo Maggie, acercándose a las ventanas y mirando hacia el exterior por los quitasoles.

La sede del DEI Departamento de Enfermedades Infecciosas, estaba rodeada de amplias extensiones de césped salpicadas de enormes y centenarios robles. Maggie solía pasearse entre aquellos robles cuando se veía ante un nuevo reto profesional o cuando algo la preocupaba especialmente. La visión de los robles la tranquilizaba. Le traían recuerdos del Sur, el lugar al que ella pertenecía.

–Bueno, espero que dentro de unos momentos sigas pensando lo mismo –dijo Casey.

Maggie giró sobre sus talones. Su rostro estaba sombrío. Aunque no le importaba correr riesgos, no era en absoluto irresponsable y en aquella misión se vislumbraban graves dificultades.

Casey pasó a la siguiente página del archivo.

–Éste es el plan. Por un lado sabemos que la única posibilidad de que los miembros más importantes de Amanecer Negro salgan a la luz es ponerles un señuelo. Por otro, también sabemos, gracias al FBI, que han perdido las únicas muestras de ántrax que tenían. De modo que vamos a ponerles en bandeja la posibilidad de hacerse con otras muestras de ese virus. Morgan va a enviar un mensaje a la base del ejército en Virginia diciendo que les vamos a enviar unas muestras, y se va a asegurar de que el grupo terrorista lo sepa. ¿Cómo? Porque el mensaje lo va a enviar por radio y mediante una clave que sabe que conocen los terroristas. Cuando Morgan emita ese mensaje, nos pondremos en marcha. Y ahí es donde entras tú, porque tú, Maggie, vas a ser la encargada de llevar las muestras a Virginia.

–Es interesante –dijo Maggie estudiando el rostro de Casey–. Y los de Amanecer Negro van a tratar de quitarme el virus, ¿no?

–Eso es lo que esperamos. Por supuesto, irás protegida. No quiero que pienses que te vamos a dejar en manos de los terroristas como si fueras un hueso en las fauces de un perro.

Maggie esbozó una sonrisa torcida y volvió a sentarse enfrente de Casey.

–Ya me lo figuro. Así que habéis pensado en mí por mi puntería con la pistola, porque esos tipos no se andan con bromas, ¿no es eso?

–Eso es –asintió Casey con gesto grave–. He tratado de persuadir a Morgan de que envíe una

policía o a una de sus agentes, pero dice que la única posibilidad de que Amanecer Negro caiga en la trampa es que el correo sea miembro del DEI, porque solo así supondrán precisamente que no les estamos tendiendo ninguna trampa. Lo cual es cierto, porque ya sabes que en nuestros envíos siempre mandamos a un virólogo.

–Procedimiento Estándar, ¿no?

–Exacto –dijo Casey, tamborileando con los dedos sobre el archivo–. Va a ser muy peligroso, Maggie. Te seré sincera. No me gusta el plan. Lo entiendo, es lógico y bien planeado, pero no me gusta. El FBI ha prometido colaborar con Perseo en todo lo necesario e irás bien protegida, pero no me parece garantía suficiente. He hablado con Morgan y le he dicho que no pueden ponerte en un coche y mandarte de Atlanta a Virginia y limitarse a vigilarte a distancia, así que te va a acompañar uno de sus mejores agentes.

–Ah, vaya, ¿voy a tener compañía? –dijo Maggie, con alivio e ironía a un tiempo.

–Me alegro de que no pierdas el sentido del humor –dijo Casey.

Maggie se encogió de hombros.

–¿Sentido de humor? Ya sabes que ese caballo loco que tengo me ha hecho pasar muy malos momentos, por no hablar de la presión que he sentido en numerosas ocasiones, obligada a ganar esos malditos concursos de tiro en nombre del DEI. Lo que me estás proponiendo, lo llames como lo llames, es un trabajo en el que me veré sometida a una gran presión, y eso, perdona que te diga, es algo a lo que estoy muy acostumbrada.

–Muy bien, ahora dime qué te parece la misión.

–No está mal –dijo Maggie, y entrecerró sus ojos color de almendra–. Francamente, me encantaría que algunos de esos terroristas pasaran algún tiempo a la sombra y si yo puedo ser útil, pues adelante. Además, el FBI cubre la misión, ¿no es verdad?

–Sí, el FBI te seguirá de cerca, pero no hasta el punto de evitar que los terroristas os ataquen. Va a ser muy peligroso, Maggie. Pueden intentarlo en la habitación del hotel, o en la autopista... en cualquier parte. Tienes que mantener los ojos abiertos todo el tiempo.

–Mientras me des un chaleco antibalas y una pistola Beretta...

Casey le dirigió una mirada penetrante.

–¿Estás segura? ¿De verdad quieres hacerte cargo de la misión?

–¿Por qué no? Además, ¿qué otra cosa iba a hacer? Me gusta pensar que mi vida vale de algo y si colaboro a cazar a esos tipos, pensaré que estoy beneficiando a mucha gente.

–Tienes un gran corazón, Maggie, lo que no sé es si tu sensatez está a la altura.

Maggie miró a su amiga como si quisiera amonestarla.

–Escucha, querida y excesivamente protectora jefa, no va a pasar nada. Soy la mejor tiradora del DEI, ¿lo has olvidado? Y nuestro equipo es el tercero mejor del país. Te recuerdo que fuiste tú la que nos propuso ir a los próximos Juegos Olímpicos.

Casey asintió con un gruñido.

–Tienes treinta y seis años, pero cualquiera diría que tienes veinte –dijo.

Maggie se levantó con una carcajada. No podía estar quieta por mucho tiempo.

–Sí, soy muy joven de espíritu, así que no me importa correr riesgos, pero sé lo que estoy haciendo –dijo, mirando a los ojos a su supervisora, que era para ella algo así como una hermana mayor–. Estoy lista para esta misión y tú lo sabes, si no no me la habrías dado. Además, no tengo familia, así que soy la persona perfecta para ella.

Casey asintió, consultando una nueva página del archivo de la misión.

–Tienes razón –dijo–. Morgan esperaba que aceptarás, quería que uno de nuestros mejores

virólogos hiciera de correo, es otra forma de asegurarse de que Amanecer Negro sepa que se trata de un envío importante. Está seguro de que intentarán atraparte y conseguir las muestras del virus. Está absolutamente seguro.

–Veo que, por una vez, mi curriculum ha impresionado a alguien –dijo Maggie, exhibiendo una vez más su conocida ironía.

Casey, por el contrario, no podía dejar de contemplar la situación con cierta amargura. Maggie se había graduado en la Universidad de Harvard obteniendo el número uno de su promoción, era conocida en el mundo científico por sus aportaciones a la investigación vírica y sus trabajos de campos y ahora tenía que arriesgar su vida por culpa de unos terroristas fanáticos.

–Bueno, ahora que has decidido aceptar la misión voy a presentarte a tu escolta –dijo Casey ofreciéndole una fotografía en color de dieciocho por veinticuatro centímetros–. Es uno de los mejores agentes de Perseo. Un especialista en misiones secretas.

Maggie, sin dejar de sonreír, estiró la mano para tomar la fotografía. Al darle la vuelta, dio un respingo y la foto se le escapó de las manos.

A Casey no le pasó inadvertida la reacción.

–¿Qué ocurre? –preguntó, viendo cómo la foto caía lentamente sobre la moqueta.

La expresión de Maggie pasó del estupor a la tristeza. Casey se levantó y se acercó a ella. Recogió la fotografía del suelo y se volvió para mirar a los ojos de su amiga. Maggie tenía los ojos bañados en lágrimas, pero al cabo de un instante aquellas lágrimas desaparecieron y a la tristeza sustituyó una rabia feroz.

–Maggie, ¿qué ocurre?

–Oh, Dios –dijo Maggie, dando media vuelta–. No va en serio, ¿verdad? ¿Sabes quién es? ¿Tienes la menor idea de lo que me estás pidiendo?

Casey se quedó mirando la foto, sin comprender.

–Pues... sí... es Shep Hunter, el hermano mayor de Reid.

Maggie profirió un sonido estrangulado. Se acercó a las ventanas, metiendo las manos en los bolsillos y apretando los puños.

–Aparta la foto de ese cerdo de mi vista, por favor –espetó–. ¡No quiero tener nada que ver con él! ¡Nada en absoluto!

Casey se quedó perpleja. El temblor, el dolor en la voz de Maggie le causaron asombro y desconcierto, pero eran evidentes. Maggie apretaba los labios con rabia, como si tratara de contener un odio que se le escapaba por la boca.

–Maggie, perdóname, no quería molestarte. Sé que conocías a Shep y ahora me doy cuenta de que entre vosotros hubo mucho más de lo que me contaste.

Maggie la miró fríamente desde el otro lado del despacho. La tensión crecía cada vez más.

–Sí, sé que no querías molestarme, y sí, conozco a Shep, hace mucho tiempo que lo conozco –dijo Maggie con inusitada frialdad–. Lo conocí en Harvard. Estaba estudiando ingeniería, pero acabó en las Fuerzas Aéreas –dijo con un gesto de despecho–, aunque eso fue después de lo nuestro, después de una relación que duró un año entero, mi primer año en Harvard.

Casey guardó silencio, no sabía qué decir.

El corazón de Maggie latía con la fuerza de un motor, como si fuera a saltarle del pecho y no podía controlar su respiración. Pensar en Shep era, todavía, causa de dolor, aunque esto no dejara de sorprenderla. Levantó la vista y miró a Casey. Su mirada demostraba una profunda preocupación. Se merecía conocer toda la historia.

–Nos peleamos, nos peleamos como el perro y el gato. Solo quería controlarme y yo me negué.

Éramos independientes, y los dos muy tercos, pero él siempre ponía sus intereses por delante de los míos. Y nos peleábamos... cómo nos peleábamos –dijo y suspiró, como si quisiera darse un respiro–. No he vuelto a tener una relación tan apasionada. Nunca... Él era todo lo que siempre he deseado en un hombre, pero me trataba como a una idiota sin cerebro. Para él mis ideas no valían nada, ni siquiera las tomaba en consideración. Por supuesto, muchas veces, muchas, mis ideas eran mejores que las suyas, pero su maldito orgullo le impedía reconocerlo. Y además era de ese tipo de hombres silenciosos y de fuerte carácter.

–Oh, uno de esos Neanderthales, ¿no? –dijo Casey–. Sí, la verdad es que los Hunter tienen ciertos problemas con su orgullo.

–Era tan arrogante... –dijo Maggie, con una voz grave y ronca– tan pagado de sí mismo. Se creía más listo que los demás y puede que lo fuera, al menos en su clase, pero también en mi mundo exhibía la misma arrogancia y egolatría. Y nunca se relajaba, era como si no quisiera descender al terreno de las personas normales, con días buenos y malos. Yo solía compararlo con el Everest, orgulloso, inalcanzable, sin necesitar nada ni a nadie.

Casey se acercó a su amiga después de colocar la foto de Shep Hunter en el archivo.

–¿Y rompiste porque no se comportaba de una forma verdaderamente íntima contigo?

Maggie asintió.

–Maldita sea, Casey, y después de todos estos años, mira cómo me sigue poniendo. Soy una estúpida, o, al menos mi corazón es estúpido –dijo, limpiándose los ojos con el dorso de la mano–. Si me hubiera dicho «Te necesito», aunque no hubiera sido más que una vez, habría saltado de alegría, habría sido feliz, pero no lo hizo.

–Y tú, ¿lo necesitabas?

–Desde luego –dijo Maggie con amargura–. Y cómo le gustaba a él, cómo le gustaba comprobar que el sexo débil lo necesitaba. Pero yo no era débil, yo era su igual y él lo sabía, pero se negaba a reconocerlo y me trataba como si fuera tonta.

–Sí, los Neanderthales se comportan así, ¿verdad?

Maggie la miró.

–Tú deberías saberlo, te casaste con uno de ellos –dijo–. Pero Reid no puede ser así. No te habrías casado con él si lo fuera.

Casey sonrió.

–Tienes razón, le habría dicho que se fuera a tomar viento.

–Puede que Reid sea distinto porque es el menor de los cuatro –dijo Maggie con una voz que dejaba traslucir su dolor–. Tiene que serlo, quiero decir, he conocido a muchos hombres en mi vida, pero en cuanto al tipo Neanderthal Shep Hunter se lleva la palma.

–Hace uno seis meses –dijo Casey con tranquilidad– lo conocí. Acababa de llegar de una misión para Perseo y vino a vernos.

Maggie miró a su amiga a los ojos.

–Y no ha cambiado nada, ¿a que no?

Casey se encogió de hombros, consciente del dolor que Maggie sentía.

–Conmigo fue muy amable, supongo que se esforzaba por parecer simpático.

–Quién sabe, puede que con la edad haya cambiado. ¿No nos hacemos todos más maduros?... No, no respondas.

Casey guardó silencio durante unos instantes.

–Maggie, si aceptas la misión, tendrás que aceptar la protección de Shep. Está todo preparado y Morgan cree que no solo es uno de sus mejores hombres, sino el más adecuado para esta misión.

Maggie se cruzó de brazos.

–Sí, se le da muy bien... la protección se le da muy bien. Al menos su corazón lo protege muy bien, eso seguro. Pero... pero es un cobarde, Casey, es un cobarde...

–Sí, cuando un hombre no puede abandonar la coraza ni siquiera en los momentos más íntimos es que tiene miedo –asintió Casey–. Hace falta mucho valor para compartir los sentimientos.

–Pues a las mujeres no nos cuesta tanto, y no me digas que es algo que los hombres no pueden hacer porque no me lo creo. Pueden, pero no quieren. Son como nosotros, ellos también tienen corazón –dijo Maggie, y una vez más sus palabras se le ahogaron en la garganta–. Pero ya basta. Me pasé un año entero discutiendo de esto con Shep. Un año entero... la verdad es que es increíble que durásemos tanto. Bueno, al menos nos separamos de común acuerdo.

Casey podía ver con claridad el sufrimiento en los ojos color almendra de Maggie.

–Tú lo dejaste porque te estaba destruyendo. Estoy segura de que él lo dejó con alivio, porque no podía soportar la presión de tus exigencias, de unas exigencias naturales, por supuesto.

–Casey, deberías dedicarte a la psicología, porque eso es justo lo que pasó.

–Bueno –murmuró Casey, dirigiendo la mirada de nuevo al archivo–, ¿qué vamos a hacer? Porque lo lamento mucho, pero no puedo hacer nada para cambiarte la escolta.

–Casey, no puedo ir con él. Con cualquiera antes que con él, por favor...

Casey miró a su amiga a los ojos y deseó, desde lo más profundo de su corazón, que no fuera demasiado tarde para satisfacer su petición.

–Bueno, Shep, aquí tienes el informe.

Morgan se preparaba ya para la reacción de Shep. Más que ninguna otra persona de la organización, Shep era un solitario. Morgan lo sabía y lo comprendía y solía enviarlo a misiones en solitario, de modo que estaba impaciente por saber la respuesta de uno de sus mejores hombres.

Se encontraban en la sala de operaciones de Perseo, cuya sede se encontraba en un lugar oculto de Montana, en plenas montañas Rocosas. Shep era un gigante de un metro noventa y cinco, tenía treinta ocho años y había sido piloto de las fuerzas aéreas. Era musculoso y de complexión fuerte e incluso vestido como estaba con vaqueros y camisa blanca tenía un aspecto intimidador. Quizás fuera debido a su mandíbula prominente o los pómulos, pero el caso es que Shep parecía un tipo muy duro. Era moreno y llevaba el pelo corto, y sus ojos eran azules, de helada mirada. A Morgan le recordaba a un águila lista para abalanzarse sobre su presa.

–Hum –masculló, terminando de leer el informe, sentado frente a la mesa de Morgan–. DEI, ¿no?

–Sigue leyendo... quiero saber tu opinión.

Morgan estaba preparado para una negativa cuando Shep llegara a la página dos. En ella se desvelaba que en aquella misión Shep no era más que un guardián, un acompañante de la viróloga del DEI a la que tenía que escoltar. Siempre que le había asignado un compañero, Shep había rechazado la misión con cajas destempladas, si bien Morgan comprendía sus motivos, porque la última vez, su compañera de misión, Sarah, no había podido regresar con vida. Aquella vez, o eso esperaba él, no sería distinto.

Y sin embargo, allí estaba Morgan, reuniendo argumentos para tratar de convencer a Shep de que, si quería aquella misión, tenía que aceptar la compañía. Porque sabía muy bien que no había nadie como él para una tarea como aquella.

Miró las fotos familiares que tenía sobre la mesa y sintió que su tensión se relajaba súbitamente. Los gemelos sonreían sentados en el regazo de Laura. Qué sencilla y hermosa podía llegar a ser la vida. Amaba a su mujer y a sus cuatro hijos más que a nada en el mundo. Miró a Shep y se vio a sí mismo algunos años antes. Él también había sido duro y frío, y sabía bien que haría falta una mujer más dura que el metal y con un valor a toda prueba para curar a Shep de aquel miedo a la intimidad que sin duda lo atenazaba. A él, en cierto modo, le había sucedido algo parecido. Incluso en aquellos momentos, Morgan tenía que reconocer que, durante los primeros días de su relación, Laura había tenido más coraje que él. Había apostado por él y había ganado, y sin embargo, Morgan sabía bien que había sido él quien más había ganado.

Shep pasó página y Morgan se puso alerta.

—¡Diablos!

Morgan se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa.

—¿Qué ocurre?

—Que me aspen, no puedo creerlo —dijo Shep entre dientes. Estaba mirando la fotografía que contenía el informe—. ¿Es esta la mujer a la que tengo que proteger? ¿La doctora Maggie Harper? ¿Estás seguro?

—Pues... sí —dijo Morgan, confuso y sorprendido por la reacción de Shep—. ¿Hay algún problema?

Con un movimiento de cabeza, Shep se puso en pie, soltando el informe sobre la mesa de Morgan, y comenzó a pasearse por la estancia con los brazos en jarras.

—Que me aspen, Morgan, que me aspen mil veces. La vida es una auténtica caja de sorpresas.

Morgan dio la vuelta al informe y miró la fotografía de la doctora. No acertaba a comprender la reacción de Shep, que nunca se había comportado así ante una misión. En realidad no sabía si la respuesta de Hunter era buena o mala. En circunstancias normales Shep le habría arrojado el archivo a la cara negándose en redondo a verse acompañado en la misión, pero esta vez sus facciones se habían suavizado ligeramente y en su mirada había un nuevo brillo, el brillo, quizás, de la tentación.

—Dime qué ocurre, ¿quieres hacerme ese favor, Shep?

Shep miró a su jefe con tranquilidad. Una tranquilidad solo aparente, porque estaba tenso como un cable y con el corazón a punto de saltarle del pecho. Por otro lado lo invadía una inconfundible felicidad, una sensación completamente inesperada pero muy hermosa. Respiraba profundamente, como si despertara de un prologando letargo. ¿Cuánto tiempo hacía que no sentía nada, nada en absoluto? Y mucho menos la felicidad. Se había alegrado, por supuesto, de que su hermano Reid se hubiera casado con Casey Morrow y de que Ty y Dev hubieran encontrado a las mujeres de su vida, pero no era lo mismo. Por otro lado, cada vez que sus hermanos encontraban a la mujer con la que habían de pasar el resto de sus días, no podía dejar de experimentar cierta tristeza, la tristeza de saber que quizás no hubiera mujer que quisiera compartir la vida con él. Con él, que no era más que un reservado bastardo que nunca se implicaba en una relación. Y sin embargo, después de lo que le había ocurrido, ¿cómo implicarse?

Pero así es la vida, se dijo Shep. Una vida que había sido cruel con él, después de Sarah... Pero se negó a seguir recordando y dio aldabonazo a sus recuerdos. El dolor se mezclaba ya con la felicidad y un sabor agridulce recorrió su cuerpo.

—Es Maggie Harper, ¿no? —preguntó—. Licenciada por Harvard, ¿no?

Morgan consultó la última página del informe.

—Sí, así es —dijo, y miró a Shep—. ¿Vas a decirme qué ocurre? Hay algo que no comprendo,

normalmente sueles explotar cuando te hablo de los compañeros de misión, pero ahora pareces un gato satisfecho con una presa entre los dientes.

Shep sonrió.

–Maggie Harper fue mi primera novia. Nos conocimos en Harvard. Era un torbellino y tenía redaños.

–Comprendo –murmuró Morgan.

Shep se acercó a la mesa de su jefe, que le dirigía una mirada confusa.

–Acepto la misión, Morgan –dijo.

Morgan, perplejo, sostuvo la mirada de su subordinado. Shep no solía sonreír y no es que en aquel momento estuviera sonriendo exactamente, pero desde luego sus labios se curvaban hacia arriba. Morgan vio algo más en los ojos de Hunter, algo que nunca había visto: la felicidad, y la esperanza. Volvió a fijarse en la foto de Maggie Harper.

–Y se ha... quiero decir, ¿sigues en contacto con la doctora Harper?

–No, hace que no la veo... casi veinte años. Supongo que me va a resultar muy interesante, Morgan. El informe dice que es una de las mejores tiradoras del equipo del DEI, y el equipo del DEI es el tercero del país. No ha cambiado nada, antes de entrar en Harvard domaba caballos. Me parece que sigue igual, asumiendo riesgos.

–Bueno –dijo Morgan, confuso todavía ante la desconocida reacción de Shep–, pues entonces la misión es tuya.

Shep se frotó las manos.

–Estoy deseando volver a ver a Maggie. Es como volver a casa...

Capítulo Dos

Maggie se frotó los dedos. Los tenía helados, como siempre que estaba nerviosa. Estaba en su despacho del DEI, esperando. Según Casey, Shep Hunter llegaría a las nueve. A esa hora ella se acercaría al despacho de su jefa para discutir allí los últimos detalles de la misión.

¿Por qué, por qué había aceptado la misión? Presa de la inquietud, no dejaba de pasearse por su despacho, con las manos heladas, metidas en los bolsillos de su bata. Hacía un día muy hermoso. Brillaba el sol y el esplendor de la hierba y la frondosidad de los árboles le hacían pensar en una larga cabalgada a lomos de su pura sangre. El cielo era tan límpido, tan azul, que bizqueó al levantar la vista.

Sus pensamientos estaban fijos en Shep. La relación que había compartido con él podía calificarse de feroz, casi violenta, algo motivado muy probablemente porque los dos eran muy testarudos, seguros los dos de que su opinión valía más que la del otro.

Se mesó los cabellos, que aquel día, como no pensaba entrar en el laboratorio, llevaba sueltos y trató de concentrarse en los detalles de la misión. La había aceptado, se decía tratando de convencerse a sí misma, porque comprendía el pavoroso impacto que las bacterias del ántrax que estaban en poder de los terroristas podrían tener en el caso de que las arrojaran sobre alguna ciudad. Y cómo rechazar una misión tan importante solo porque el hombre con el que se veía obligada a compartirla era su antiguo novio. Aunque, en realidad, Shep había sido mucho más que eso. Maggie se había enamorado de él desesperadamente. Cómo no enamorarse de un hombre que se las arreglaba para sacar matrículas de honor en Harvard al tiempo que se convertía en la estrella del equipo de rugby de la facultad, de un hombre inteligente, amable, competente y que la había amado con una pasión que ella no había vuelto a experimentar.

Suspiró y volvió a mesarse los cabellos.

—¿Qué has hecho, Maggie? —susurró, pensando en el error que había sido aceptar aquella misión.

Sonó el teléfono y se sobresaltó. Estaba más inquieta que un canguro y notaba cómo le latía el corazón en la base de la garganta. Era Casey quien llamaba, por supuesto. Había llegado la hora. Se acercó de mala gana al teléfono. Ojalá estuviera en cualquier otro lugar, se dijo. En realidad sentía un gran temor de volver a ver a Shep.

—¿Maggie? —preguntó Casey desde el otro lado de la línea telefónica.

—¿Sí?

—Es la hora. Ven a mi despacho, tengo que daros las últimas indicaciones.

Maggie cerró los ojos y suspiró.

—Está bien, ya voy —dijo, con un hilo de voz.

Colgó el teléfono y trató de tranquilizarse. Hacía tanto tiempo que no veía a Shep... ¿Habría cambiado? ¿Lo habrían suavizado las experiencias de la vida? ¿Estaría ahora más dispuesto a

escuchar a los demás? Un escalofrío la recorrió de la cabeza a los pies y sintió un miedo tangible y sin disimulos. Se llevó la mano al cabello instintivamente y se miró al espejo enmarcado en madera policromada que colgaba en su despacho. Sus ojos le parecieron enormes, como los de una liebre a punto de caer en las garras de un lobo.

Tenía los dedos tan fríos que apenas los sentía. No estaba muy satisfecha con su reacción. En realidad se estaba comportando como la adolescente que fuera cuando conoció a Shep. Por aquel entonces, Shep daba la impresión de tener el mundo en sus manos, como siempre supiera lo que iba a ocurrir a continuación. Hacía planes y los ejecutaba con tanta facilidad que Maggie, a su lado, se sentía como una idiota. Él siempre parecía tranquilo, frío y retraído y ella, a su lado, y como en aquellos mismos instantes, se sentía indefensa, desamparada, y temerosa.

Sin dejar de pensar en lo que le diría, iba saludando a la cohorte de compañeros que la saludaban según avanzaba por el pasillo. Ver caras familiares le daba confianza. En el DEI se encontraban algunas de las mentes más privilegiadas de los Estados Unidos, trabajando en la vanguardia de los que defendían la salud pública de los ciudadanos americanos y del mundo entero, protegiéndolos de los virus y las bacterias.

Shep era un virus, se dijo. La había infectado hacía muchos años y aún no había encontrado la vacuna. Por eso se sentía tan vulnerable. ¿Pero no eran los dieciocho años transcurridos suficiente vacuna? El tiempo lo cura todo, ¿o no?

Al llegar junto a la puerta del despacho de Casey el corazón parecía a punto de salirse del pecho. Tenía las manos mojadas de sudor y tuvo que secárselas antes de agarrar el picaporte y abrir la puerta. Su boca, por el contrario, estaba seca. Al otro lado de aquella puerta estaba Shep y ella no tenía escapatoria. Suspiró profundamente y empujó la puerta con decisión. Había llegado el momento.

Shep disimuló su sorpresa. La mujer que entró en el despacho de Casey Morrow-Hunter era todavía más hermosa y tenía más aplomo que la mujer que él recordaba. A pesar de su corta estatura, Maggie se movía con orgullo, con confianza. Los años habían sido generosos con ella, se dijo con satisfacción.

Sus ojos se encontraron por vez primera y Shep sintió una punzada en el corazón, como si alguien le hubiera golpeado en el pecho con todas sus fuerzas. Trató de controlar el ritmo de su respiración mientras estudiaba el rostro oval de Maggie, sus altos y suaves pómulos, la pecas de la nariz; aquellos deliciosos puntos cobrizos, en los mismos lugares de antaño, y las aletas separadas, un gesto que ya tenía hacía tantos años, un gesto que la delataba cuando tenía miedo. Igual que sus ojos, increíblemente abiertos y que revelaban lo que sentía: el miedo, claro, y la incertidumbre, pero también el deseo... sí, el deseo. Y darse cuenta de ello le hizo sentirse bien, endiabladamente bien.

–¿Cómo estás? –preguntó. Su voz era profunda y tranquila.

Avanzó un paso y le tendió su enorme mano. Maggie se mostró reticente por un instante, pero finalmente aceptó la mano tendida de su ex novio.

–Bien, bien, Shep –dijo, y al deslizar los dedos en su mano, recordó su tamaño. Por comparación la suya parecía la mano de una niña.

Casey los observaba manteniendo un actitud distante, pero su mirada reflejaba un brillo especial. Estaba disfrutando de la situación.

–Tienes la mano muy fría –murmuró Shep, colocando su mano que tenía libre sobre la mano de Maggie. Aquel tacto bastaba para disparar sus recuerdos. Porque jamás había olvidado el tacto frío de las manos de Maggie cuando estaba nerviosa o cuando se sentía presionada por algo. Qué

delicadas y femeninas eran su pequeñas manos, sobre todo comparadas con sus peludas y grandes garras. Le entraron ganas de estrecharla entre sus brazos, pero ante todo sintió deseos de saber qué estaría sintiendo y pensando ella. Luego le llegó una fragancia dulce, a madreselva, y la aspiró profundamente, dejando que inundara sus pulmones. Era el olor de Maggie deliciosamente mezclado con el perfume que llevaba.

Maggie apartó la mano. Su miedo se acercaba peligrosamente al pánico. Shep estaba mucho más guapo que en su juventud. La vida había perfilado sus rasgos, confiriéndole más personalidad. Su mirada seguía siendo inteligente pero había ganado en profundidad y su sonrisa estaba llena de confianza. Y al sentir que tenía los ojos concentrados en ella, se sintió como un ser especial. Shep, aquel hombre masculino y capaz de todo, concentraba en ella toda su atención. Juntó las manos y murmuró:

–No has cambiado, Shep.

Shep sonrió aún más.

–Pues estos dieciocho años te han hecho todavía más guapa, Maggie –dijo, y era verdad. Recordaba bien a la Maggie con quien había salido, joven y bella, pero ante él tenía a una mujer adulta y llena de confianza.

–Sentaos –intervino Casey.

Maggie, agradecida por la interrupción, tomó asiento. Se aferró a los brazos del sillón y fijó la vista sobre la mesa de Casey, consciente de que Shep la seguía observando. No podía dejar de oír sus palabras. Le había dicho que la veía muy guapa y no dejaba de sentir un cosquilleo muy agradable. Porque ella sabía que, desde luego, no era ninguna modelo. Se sabía atractiva, sí, pero es que las palabras de Shep parecían implicar mucho más. Además, no le cabía la menor duda, había sido muy sincero. Quizás por eso su corazón le latía como si quisiera salirse del pecho.

Todo el que conocía a Shep Hunter por primera vez solía sentirse intimidado por su mirada glacial, pero él sabía bien que aquella mirada no solía ser más que una fachada levantada a propósito para intimidar a los demás. Temía que le hicieran daño, de modo que se mostraba inexpugnable. Y su artimaña tenía éxito con todos, pero no con ella, que había estado con él un año entero. En cierta ocasión había logrado penetrar su armadura y sabía bien que tras aquel muro acorazado se escondía un hombre sensible y tierno. Aquel pensamiento, sin embargo le obligó a hacerse una pregunta, ¿era aún el hombre sensible y bueno que ella había conocido o la vida le había robado también lo mejor que tenía?

Maggie recordó con tristeza lo que había ocurrido tras su separación. Shep abandonó Harvard e ingresó en la Academia Militar del Aire. Y ella sabía por qué. No podía soportar permanecer con ella en la misma universidad, habría resultado demasiado triste. Lo miró de reojo, sorprendiéndose de nuevo de su maravilloso aspecto. Llevaba unos chinos azules y un camisa blanca de manga corta y con las deportivas blancas tenía un aspecto muy californiano, sobre todo comparado con el estilo de vestir mucho más serio de los habitantes del DEI. Estaba muy bronceado, de modo que era obvio que pasaba mucho tiempo al aire libre. Su pelo era castaño, aún no le asomaba ninguna cana, y lo llevaba muy corto, estilo militar. Sus brazos eran velludos y también su pecho; el vello asomaba por el cuello desabotonado de la camisa; y ello le confería una gran masculinidad.

Parecía, como antaño, en una condición física inmejorable y Maggie imaginó que aún seguiría yendo al gimnasio para mantenerse en forma. ¿Seguiría en las Fuerzas Aéreas? Se preguntó mientras Casey revisaba unos papeles. Le habían llegado noticias de que se había convertido en piloto de caza, pero de eso hacía algún tiempo. ¿Se habría casado? No llevaba anillo, pero eso no

probaba nada, podría, además, estar viviendo con alguien. Sintió unos sorprendentes celos y por ellos se sintió decepcionada consigo misma. ¿Cómo era que dieciocho años no habían bastado para borrar todo lo que Shep había significado para ella?

–Muy bien, aquí tenéis –dijo Casey por fin–. Morgan me envió esto por correo electrónico anoche. Quiere que finjáis ser un matrimonio de Atlanta que se dirige a pasar unas minivacaciones a Savannah. Allí os alojaréis en un hotel del centro de la ciudad y luego, a la mañana siguiente, proseguiréis viaje hasta Hilton Head Island, en Carolina del Sur. Pasaréis la noche allí y seguiréis hasta Charleston. Desde allí os dirigiréis a Fairfax, Virginia, y a la sede del USAMRID. La ruta está diseñada para que tengáis la mayor protección posible por parte del FBI. Viajaréis por autopista, de manera que sea más fácil localizaros.

Maggie fue a decir algo, pero se abstuvo al ver que Casey no había terminado.

–Una hora después de que salgáis, Morgan se las arreglará para que Amanecer Negro sepa que vais en una misión de correo secreto. La ruta también está pensada para que puedan pensar en algún lugar donde abordaros. Morgan les facilitará también el itinerario y los horarios. Seguiremos vuestro coche por satélite y cada vez que el satélite dé una vuelta a la tierra, localizará vuestra posición. Iréis en sedán azul oscuro, nada especial, el disfraz tiene que ser creíble.

Casey pasó a la página siguiente del informe.

–Maggie, tienes que llevarte la maleta de aluminio, es lo bastante pequeña y fácil de transportar. En ella irá una réplica falsa del ántrax. Las ampollas irán marcadas para hacerles creer a los terroristas que se trata de auténtico virus del ántrax. Solo es posible averiguar que es falso con el test de Petrie, pero como sabes, hay que esperar tres días para saber los resultados del test.

–Pues dejemos que Amanecer Negro meta las narices en esa maleta –intervino Shep y miró de reojo a Maggie. ¿Sería consciente ella del gran peligro que entrañaba la misión? La mera idea de imaginar las balas silbando sobre sus cabezas le hizo estremecerse de pavor.

–Lograré que se hagan con ella, no te preocupes –intervino Maggie, y respondió a la mirada de Shep. ¿Por qué tenía que ser tan guapo? No tenía las facciones puras de un modelo, eso desde luego, pero era tan masculino... Tenía en el rostro las marcas de un tiempo transcurrido en duras condiciones y sometido a pocas sonrisas, la nariz rota y la barbilla de granito, pero quizás por ello resultara tan atractivo. Era, en todos los aspectos, un hombre con el que sentirse segura, un auténtico cazador de las montañas, un lobo capaz de sobrevivir en las más difíciles adversidades.

–Llevaréis chaleco anti balas –dijo Casey–. Los dos. Y pistolas Beretta de nueve milímetros. El coche también tendrá cristales anti bala.

–¿Solo los cristales?

–Solo. Ya sabes que no llevamos coches blindados en las misiones corrientes. Llevar uno ahora solo despertaría sospechas.

–Yo conduciré –dijo Shep.

–Yo conduciré –corrigió Maggie–. Tú eres el perro guardián, ¿no te acuerdas?

Casey hizo un gesto con las manos.

–Me parece que hay bastantes kilómetros para los dos, así que no os peleéis por eso. La misión va a exigir toda vuestra atención, así que podéis alternaros cada dos horas. Así os mantendréis frescos y alerta.

Maggie frunció los labios. Shep, era evidente, quería hacerse cargo de todo desde el principio y comenzaba a tratarla como la universitaria con la que había salido. Pero ella había crecido,

maldita sea, había crecido mucho desde entonces y no estaba dispuesta a que él dispusiera a su antojo sin consultar antes con ella. Volvió a mirarlo de reojo y comprobó que frunció el ceño. Mala señal, se dijo, pero estaba dispuesta a hacerle saber que ya no era la tierna muchachita que había conocido en Harvard.

–Tenéis que comprender –dijo Casey–, que aunque el FBI nos ayuda en esto, eso no quiere decir que puedan protegernos las veinticuatro horas del día. Son humanos, y vosotros también lo sois. Habrá vigilancia, pero, técnicamente, los dos estáis solos. Lleváis un número de emergencia en el móvil, llamad si hay problemas. Como es evidente, el FBI no puede escoltaros ni acercarse mucho, si lo hiciera Amanecer Negro se percataría de ello y el plan se iría al traste. De manera que lo único que pueden hacer es estar apostados en ciertos puntos de la autopista y acudir si lo necesitáis.

Maggie se revolvió en la silla.

–Lo entiendo, Casey, pero, ¿por qué tenemos que pasar por un matrimonio? ¿Por qué no podemos tener habitaciones separadas?

–Porque –respondió Casey con paciencia– Morgan quiere que los de Amanecer Negro piensen que somos lo bastante estúpidos como para utilizar un disfraz tan burdo. Queremos que piensen que somos unos ineptos, solo así se confiarán y acabarán por cometer el error que nos conduzca hasta ellos.

La noticia de que tendría que compartir cama con Shep era un shock para Maggie.

–Muy bien –insistió–, pero no veo las ventajas.

–Es más seguro –dijo Shep, sosteniendo su mirada. Era evidente que Maggie no quería saber nada de él. El informe de la misión decía que estaba soltera, pero no daba ni la más pequeña información sobre su vida privada. Quizás estuviera viviendo con alguien, se dijo, y apretó los dientes. Aquella posibilidad le ponía muy incómodo.

–¿Más seguro? –dijo Maggie con sarcasmo–. Contigo la seguridad no existe.

Shep esbozó una media sonrisa.

–De eso hace mucho tiempo, Maggie. Creo que ahora ya soy capaz de controlarme... y de protegerte.

Maggie se ruborizó, apartando la mirada. Se estaba comportando como una tonta aunque era lo bastante inteligente para darse cuenta de ello.

–Sigo pensando que no es una buena idea que durmamos en la misma habitación. Si Amanecer Negro quiere atraparnos, lo tendrá más fácil.

Casey asintió.

–Esa es la cuestión. Queremos ponerles las cosas fáciles.

Maggie comprendió por fin la idea motriz del plan de Morgan.

–Ya veo.

–Aquí tenéis –dijo Casey extrayendo una caja de un cajón de su mesa–, vuestro disfraz. Colocó la caja ante sí y la abrió. Contenía dos alianzas.

–No os preocupéis –dijo Casey–. No son de oro macizo, solo están bañados en oro.

–Al menos no tendremos que pasar por la vicaría –dijo Maggie, estudiando los anillos.

Shep se levantó.

–Deja que te lo ponga –dijo.

–Gran idea –dijo Casey.

Maggie, de piedra, vio cómo Shep se acercaba a ella con ademán seguro.

–No, gracias, ya lo hago yo.

Por nada del mundo permitiría que Shep la tocara, a pesar de que su piel suspiraba ya por su caricia. ¿Por qué tenía que ser tan guapo y tan masculino? Parecía un leopardo africano. Lo miró, y vio en sus ojos la decepción. Pues más le valía acostumbrarse a ella, se dijo, porque iba a experimentarla muchas veces.

Shep se la quedó mirando. Contemplando el rubor de sus mejillas se le ocurrió pensar que nunca volvería a conocer a otra mujer ni remotamente parecida a ella. Sintió ante aquel pensamiento el dolor de una antigua herida, un herida que no había cicatrizado desde su ruptura. Solo a bordo de su avión supersónico, cuando aún pertenecía a las Fuerzas Aéreas, había logrado olvidar la dolorosa sensación que presidía su vida. La sensación de haberla perdido para siempre. Y sin embargo, se dijo, su separación fue necesaria, juntos jamás habrían sido felices.

–Casey me ha sugerido que podríamos desayunar juntos para revisar los detalles de la operación. ¿Qué opinas? –preguntó, y vio al instante que Maggie fruncía el ceño. Supo entonces que entre ellos nada había cambiado. Maggie no dejaba de jugar con el falso anillo que se había puesto en el dedo, como si fuera un incómodo germen que la infectara. Como si ceder a cualquiera de sus deseos, aunque fuera el más pequeño de ellos, la mortificara.

–Pues... bueno. En el sótano hay una cafetería –dijo Maggie, consultando su reloj–. Además, a estas horas estará desierta.

–Había pensado en un sitio mejor –dijo Shep.

Maggie se levantó muy despacio, miró a Casey y luego taladró a Casey con la mirada.

–La cafetería está bien –dijo–. No estamos de vacaciones, Shep, recuerda. Es un trabajo como otro cualquiera y yo no quiero tomármelo de otro modo.

Lo dijo de una forma tan tajante que a Shep se le heló la sangre. ¿Tanto lo odiaba? El gesto de Maggie era determinante y evidenciaba un profundo rechazo hacia él. Aunque, y Shep estaba seguro de ello, tras ese rechazo se ocultaba cierto temor. Maggie, en efecto, no había dejado de frotarse las manos durante toda la reunión y aquel, él lo sabía muy bien, era un gesto característico de intranquilidad por su parte.

Siguió a Maggie hasta el pasillo y se despidió de Casey. Llevaba en la mano un portafolios de cuero negro. En el camino hacia el ascensor, Maggie se encontró con algunos compañeros con los que departió amablemente. Durante una de aquellas conversaciones, en las que él no podía ser otra cosa que testigo, Shep se dio cuenta de que aquella misión iba a ser un infierno.

Ya en la cafetería, a la que llegaron sin dirigirse la palabra, Maggie se dirigió a una mesa junto a la ventana. Shep se colocó frente de ella y dejó la cartera sobre la mesa.

–¿Quieres un café? –preguntó–. Creo recordar que te gustaba con leche y mucho azúcar.

Maggie se sentaba muy erguida, alerta todo el tiempo. Miró a Shep y se fijó en sus facciones. Su mirada era intensa, su voz acariciadora y profunda. ¡Qué hombre más apuesto, se decía, qué maravilloso amante debía ser! Sintió una punzada en el estómago, cómo le gustaría estar con aquel hombre una vez más.

–Sí, café, gracias –dijo fríamente, atemorizada por la intensidad de sus pensamientos.

Shep sonrió.

–Y, ¿qué tal un chorrillo de brandy para calmar los nervios? Me parece que estás algo intranquila.

Maggie cerró los ojos. Shep seguía siendo el mismo de siempre. Oh, ¿cómo sobrevivir a aquella misión? En realidad lo temía más a él que a aquella maldita banda terrorista.

Lo miró a los ojos directamente, con ánimo desafiante.

–En realidad, ahora mismo preferiría un trago de whisky.

–Creo que sé por qué –dijo Shep asintiendo.

Maggie suspiró. Estaba siendo muy arisca con Shep cuando no se lo merecía. Aunque él parecía capear el temporal con una actitud animosa.

Shep volvió con una bandeja llena de comida. Puso una taza de café sobre la mesa y luego un plato con un bollo de canela. Luego, colocó un segundo plato, con huevos revueltos, algunas lonchas de beicon y tostadas. Naturalmente, este plato era para él.

–No tengo hambre –dijo Maggie, apartando el bollo.

–Es tu dulce favorito –dijo Shep–. Pero bueno, si no tienes hambre, me lo como yo.

Maggie, en realidad, sí estaba hambrienta. Hambrienta de las caricias del hombre que se sentaba a su lado. Sin embargo, estaba dispuesta a que él no lo supiera nunca.

–Gracias por traerlo de todas formas.

Shep, tomando el primer y abundante bocado de huevos revueltos, se fijó en Maggie, que rodeaba la taza de café con las manos.

–Tus manos se siguen poniendo frías cuando estás nerviosa.

–Hace tiempo que bebo solo té, pero verte me hace recordar viejos hábitos.

Shep sonrió.

–¿Y eso es bueno o malo?

–Volver a verte es como volver a sufrir un antiguo catarro.

–Gracias.

–¡Solo tú podrías tomarte eso como un cumplido!

Shep sonrió y untó mermelada en una tostada.

–No has cambiado nada, Maggie. No dejaba de preguntarme si lo habías hecho, pero veo que no.

–La verdad –dijo Maggie, inclinándose hacia adelante para susurrar– es que tú tampoco has cambiado.

Para Shep, mirar a Maggie era como contemplar un delicioso postre.

–¿Y eso cómo nos deja a nosotros dos?

–Pues cómo siempre, como el perro y el gato.

–Dieciocho años es mucho tiempo, Maggie.

–Pero no parece más que un parpadeo, porque sigues siendo el mismo.

–Gracias, aunque eso creo.

–No empieces, Hunter. No lo decía como un cumplido y lo sabes muy bien.

–¿Qué tal el café? ¿Tiene la cantidad justa de azúcar?

Maggie se ruborizó, apartando la mirada. Sostenía con fuerza la taza de café.

–Como te he dicho, nada ha cambiado.

–Bueno, somos más viejos. Puede que eso nos ayude.

–O no, por lo que veo, me parece que estamos aún más reacios a ceder ante los demás que antes –dijo Maggie, y volvió a mirar a Shep. Le resultó sorprendente comprobar que no se tomaba nada de lo que le decía demasiado mal. Lo cual era realmente extraño, porque aquella sí que era una actitud inusual en el Shep que ella conocía. El Shep que ella conocía estaba siempre discutiendo, siempre aferrándose a su posición dominante, no dando nunca su brazo a torcer.

–Puede ser –dijo él–. La vida me ha jugado algunas malas pasadas. Espero haber aprendido de ellas.

La sinceridad de Hunter impulsó a Maggie a sincerarse también ella.

–¿Sabes, Shep? No sé por qué, pero sacas de mí mi parte más combativa. Según recuerdo,

mientras estuvimos juntos nos pasamos discutiendo la mayor parte del tiempo y por lo que veo ahora vamos por el mismo camino.

Siguieron comiendo en silencio. Shep no dejaba de preguntarse qué sucedería durante la misión. En aquella operación había mucho más en juego de lo que ella se imaginaba, y, por eso, él tenía que estar al mando, lo quisiera ella o no. Pero aún no había llegado el momento de decírselo. Tenían un día para prepararse y, de un modo y otro, Maggie tendría que plegarse a su manera de hacer las cosas, si no...

Capítulo Tres

–Yo conduzco –dijo Shep, rodeando el coche que les habían asignado.

El vehículo estaba aparcado en el garaje del DEI. La mañana de julio era cálida y húmeda, lo cual no era sino un anticipo de las altas temperaturas y de la humedad que sobrevendrían a partir de media tarde.

–No te desboques, Hunter.

Shep se paró en seco, sorprendido por el cortante comentario de Maggie. Por otra parte, le costaba mantener los ojos apartados de ella. En realidad, desde que la había visto aquella mañana se la estaba comiendo con la mirada. Para él, no podía haber mujer más hermosa sobre la faz de la tierra. Maggie llevaba unos cómodos pantalones color caqui y una blusa azul marino, con las mangas decoradas con ribetes de seda, lo que le daba un aspecto muy femenino. Bajo la seda de la blusa llevaba, por supuesto, el chaleco antibalas, que Casey les obligaba a llevar. Él también lo llevaba bajo la camisa blanca y ya empezaba a molestarle, pero sabía que no podía prescindir de él.

–¿Qué? –inquirió. Maggie lo estaba mirando fijamente y él conocía bien aquella mirada. Apoyó las manos sobre el capó y dijo: ¿Cuál es el problema?

–¿Y tú me lo preguntas? –replicó Maggie. A ella también le resultaba imposible dejar de mirarlo. Shep estaba esplendoroso, con el pelo todavía húmedo de la ducha y perfectamente afeitado. Sin embargo, tenía los ojos inyectados en sangre y ella se preguntó si habría dormido bien la noche anterior. Ella, por su parte, apenas había logrado conciliar el sueño, perseguida por su ardiente y torturado pasado, que no dejó de conjurarse ante ella durante toda la noche–. Shep, espero que este viaje no se convierta en una repetición de lo que pasó hace dieciocho años. Por lo que veo, sigues pensando que lo sabes todo y que yo no soy más que una mujercita incapaz de mantenerme a tu altura.

–Espera un momento...

–No –dijo Maggie con frialdad–. Esta vez es distinto. Y tú vas a tener que ser mucho más flexible de lo que fuiste hace dos décadas –dijo, y luego, esbozando una sonrisa maliciosa, le mostró las llaves del coche–. Conduzco yo.

–Supongo que has recibido clases de conducción en velocidad...

–Pues sí.

–¿Y de evasión de atentados terroristas?

–No te sorprendas, Hunter, pero también –añadió Maggie sin dejar de sonreír–. ¿Quieres saber cuándo? El año pasado. ¿Quieres saber con qué calificación? Diez, el máximo, en todos los exámenes.

Shep esbozó una media sonrisa.

–Es posible que hayas cambiado –admitió–. Está bien, conduce las dos primeras horas y luego

te relevo. ¿Te parece bien?

Shep decidió ceder en aquella cuestión sabiendo que se enfrentarían a más batallas en un futuro no muy lejano –batallas en las que no estaba dispuesto a dejar que Maggie se viera inmersa por miedo a que perdiera la vida, como había sucedido con Sarah.

A Maggie la propuesta le resultaba muy positiva. Al parecer, Shep había decidido comenzar a pensar como un auténtico compañero.

–Eso me parece muy justo y equitativo, señor Hunter. Gracias por su amabilidad –dijo, y vio el brillo en la mirada de Shep. Era evidente que se sentía incómodo, lo cual suponía un gran triunfo para ella–. Tú si que no has cambiado nada, Hunter. Eres el mismo de entonces.

–Algunas cosas no cambian –asintió Shep con la voz apagada y rodeó el coche. Al cruzarse con Maggie sus manos se rozaron. Cuánto deseaba tocarla, deslizar sus dedos sobre su piel suave y cálida. Con cuánta nitidez recordaba la maravillosa sensación de estar entre sus brazos después de una apasionada noche de amor.

Ya dentro del coche, Shep trató de concentrarse en los pormenores de la misión, fijándose en el equipo que les habían entregado. El coche llevaba una computadora de a bordo que señalaba el mapa del área donde se encontraban, incluyendo todas las carreteras de segundo y tercer orden. Estaban cruzando el estado de Georgia, lleno de pequeñas rutas por las que podrían esquivar a sus perseguidores si se veían metidos en dificultades. Llevaban, además, dos radios, una de ellas conectada a la policía del Estado y la otra en línea directa con una furgoneta del FBI que servía de cuartel general móvil de la misión. Después de comprobar todos los instrumentos, miró a Maggie, que se estaba ajustando el cinturón de seguridad y colocando los espejos retrovisores.

–Odio los chalecos antibala –dijo ella, colocando el cinturón.

Shep asintió y cerró la puerta.

–Son necesarios –dijo, y encendió el ordenador. Iba instalado en el lugar de la guantera y conectado al encendedor y lo llevaba cómodamente sobre las piernas. Volvió a mirar a Maggie y sintió que su pulso se aceleraba, revelando lo mucho que todavía sentía por ella... y no pudo evitar que algunas imágenes de Sarah se agolparan en su mente. Parpadeó rápidamente tratando de conjurar el espectro de su compañera muerta. No, por nada del mundo permitiría que Maggie tuviera un final semejante. Que su única compañera en Perseo hubiera muerto era solo culpa suya y no estaba dispuesto a correr el riesgo de que pudiera suceder lo mismo. Y lo único que podía evitarlo era controlar aquella misión desde el principio, tanto si a Maggie le gustaba como si no. Ya había perdido por culpa de una bala a una mujer a la que amaba y no iba a perder a Maggie por la misma razón.

–¿Todo en orden? –preguntó Maggie tras arrancar el coche.

–Afirmativo –dijo él, y se fijó en el mapa de ruta–. Voy a decirte qué camino debemos tomar.

–No hace falta –respondió Maggie–. Anoche memoricé toda la ruta –y procedió a relatársela.

La ruta había sido establecida por el FBI, con el fin de que pasaran cerca de algunos puestos de vigilancia establecidos por ellos. Aparte de ello, una furgoneta blanca sin señales identificativas los seguiría de cerca a lo largo de todo el camino.

Mientras hacía la relación de las carreteras que debían tomar, observó que a Shep se le ensombrecía el semblante. ¿Cuál era el problema? Debería complacerle que se tomara tan en serio la misión, pero en vez de ello se limitaba a mirarla de una manera muy extraña. En realidad parecía aún más autoritario que en el pasado.

–Quiero pensar que esa mirada quiere decir que no me he equivocado, así que, vámonos, Colorado Cowboy.

Sorprendido por su confianza y aplomo, Shep se concentró en lo que tenía entre manos, aunque oírle decir su antiguo e íntimo apodo le agradó más de lo que esperaba. Su corazón se inundó de sentimientos que tuvo que reprimir. Si se veían inmersos en una situación de peligro, aquellos sentimientos solo podrían servir para distraerlo. Era muy fácil mirar a Maggie y dejarse llevar por las sensaciones que despertaba aquella sencilla mirada. De alguna manera, estaban hechos el uno para el otro. Habían discutido mucho, pero también habían experimentado juntos vivencias que Shep no había compartido con ninguna otra mujer. Había amado a Sarah, pero su relación con ella había sido muy distinta, Sarah no tenía la confianza y la fuerza interior que iluminaban los gestos y el rostro de Maggie, que parecía brillar como el mismo sol.

Al salir del garaje del DEI, que se encontraba situado en un edificio de ladrillo rojo rodeado de explanadas de césped exquisitamente cortado, Shep comenzó a mirar, casi sin darse cuenta de ello, de derecha a izquierda. Para él, la vigilancia era un juego mental: observaba los coches, memorizaba sus colores, sus modelos, cuántos ocupantes llevaban... En realidad, aquella era la única manera de saber si los terroristas de Amanecer Negro los seguían. El ordenador estaba conectado con la central del FBI, de modo que podían identificar cualquier matrícula al instante. Para ello llevaban un par de anteojos entre los dos asientos, con el fin de leer el número de matrícula desde una distancia lo bastante segura.

—Me da la impresión de que te has puesto en posición de alarma —dijo Maggie, al tiempo que se ponía un par de gafas de sol. La montura dorada resaltaba el brillo cobrizo de su cabello—. Sí, me parece que sí.

Shep se fijó en su perfil. Maggie siempre había sido buena conductora, se dijo recordando los días de Harvard. Y aquel recuerdo dejó paso a muchos otros. Su padre era dueño de una cuadra cuyos purasangres competían en las carreras más importantes del país. Era un fanático de la velocidad y su hija, sin duda, había heredado la misma afición.

—¿Y tu padre, sigue criando caballos?

Maggie asintió.

—Sí, sigue buscando al ganador de la Triple Corona. Y mi madre sigue jugando al bridge todos los jueves.

Shep, sin dejar de mirar por la ventanilla, respondió:

—¿Y qué hay de los coches de carreras? ¿Sigue corriendo? Estará ya mayor para eso, ¿no?

Maggie, complacida al ver que Shep recordaba bien a su familia, lo miró a los ojos. Cuando bajaba la guardia, cosa que no sucedía a menudo, era una persona abierta y accesible, era el viejo Shep de Harvard. ¡Oh, cómo deseaba recuperarlo! Ojalá estuviera aquel estudiante ahora a su lado, y no el curtido guerrero que se creía al mando de aquella misión.

—Dejó de competir hace diez años. Mi madre le presionó para que se diera cuenta de que se estaba haciendo demasiado mayor y de que necesitaba empezar a cuidar de sí mismo. Quería envejecer junto a él y no sola, ¿comprendes? —dijo Maggie, recordando con afecto a sus padres—. Mi testaruda y delicada madre sureña ideó un plan para convencer a mi padre. Tenías que haberla visto desplegando todas sus artimañas con la precisión de un general en campaña. Y al final ganó la batalla, por supuesto que la ganó.

—Las mujeres sureñas tienen un no sé qué muy especial —dijo Shep. Sabía que el padre de Maggie era del Norte y que su madre era natural de Atlanta, algo así como la capital del Sur—. ¿Siguen teniendo las cuadras de Kentucky?

El padre de Maggie era multimillonario y gracias a eso había podido pagarle a Maggie los estudios en las mejores universidades del país, cosa que, en realidad no le había hecho falta,

porque con su inteligencia habría podido acceder a las mejores becas.

–Sí –respondió Maggie, concentrada en el denso tráfico que los deslizaba hacia las afueras de Atlanta, en dirección hacia la hermosa ciudad de Savannah.

–¿Y qué hay de ti? –el corazón de Shep latió algo más deprisa. Tenía verdaderos deseos de saber qué había sido de la vida de Maggie. ¿Se había casado y divorciado? Esa información no figuraba en el informe de la misión. ¿Estaba saliendo con alguien? En lo más profundo de su corazón no quería un sí como respuesta. Volver a compartir con ella unos días era una sorpresa inesperada pero maravillosa. Se dio cuenta de que en realidad estaba celoso de su atención y eso le confundía. Jamás habría sospechado que pudiera volver a sentirse igual que a los dieciocho años.

Maggie se sonrojó ante la pregunta. No sin fastidio, se dio cuenta de que aquella tendencia a ruborizarse jamás la abandonaría. Quizás se debiera a su condición de pelirroja, quién sabe, el caso es que se ruborizaba con una facilidad excesiva. Apretó las manos sobre el volante y se dispuso a contestar.

–¿Yo? Pues sigo investigando en el DEI. Me encanta el trabajo de laboratorio y me encantan las investigaciones de campo.

–Eres igual que tu padre, solo que mientras él se dedicaba a correr, tú dedicas a investigar virus y bacterias, lo cual es mucho más peligroso.

–¿Es una afirmación o estás tratando de convencerme de algo?

Shep sonrió.

–Veo que no has perdido el sentido del humor –dijo.

Maggie, sonriendo, se desplazó hacia el carril izquierdo y se puso a 120 kilómetros por hora.

–Mi sentido del humor me ha mantenido viva, Hunter –dijo, mirando a Shep de reojo–. Después de vivir contigo durante un año, ¿cómo no desarrollar el sentido del humor?

Algo dolido por el comentario, Shep agachó la vista. Fingió consultar el ordenador y dijo entre dientes:

–No todo fueron espinas, creo yo. ¿O es eso lo único que recuerdas?

–¿Y tú? ¿Qué recuerdas tú?

Maggie no quería caer en la trampa. De ningún modo. Estaba demasiado atemorizada ante sus propios sentimientos, ante el clamor de sus emociones como para decirle a Shep lo que realmente sentía. No quería situarse frente a él en una posición tan vulnerable. Además, él nunca le correspondería con la misma moneda. Siempre era difícil saber lo que estaba pensando, de manera que conseguir que dijera lo que estaba pensando parecía tarea imposible.

¿Debía decírselo? Se preguntaba él. Lo deseaba pero... no se atrevía.

–Yo tengo tendencia a recordar sobre todo lo bueno que compartimos, no lo malo.

–No se me pasa por la cabeza que alguien pueda calificarme como algo «malo» –señaló Maggie con ironía.

–Yo nunca diría que eres mala, más bien testaruda.

–¿Me estás diciendo que después de todos estos años todavía no ha cambiado tu opinión sobre las mujeres inteligentes y seguras de sí mismas? ¿Sigues pensando que somos testarudas y que nos negamos a plegarnos ante tu inteligencia superior, oh, señor de los señores?

–¡Ya estamos otra vez! –gruñó Shep, dirigiéndole a Maggie una mirada helada–. Decías que no había cambiado, pero veo que tú tampoco lo has hecho. En todo caso estás peor que antes.

Maggie esbozó una sonrisa irónica y triste.

–Oh, Hunter, qué arcaico eres. Eres peor que ese hermano tuyo tan Neanderthal. Menos mal que

se ha casado con Casey, creo que logrará reformarlo.

Shep estuvo a punto de gruñir de nuevo al mirarla. Tenía un aspecto delicioso. Con las gafas de sol y su pelo cobrizo brillando bajo la brillante luz de la mañana, se parecía más a una estrella de Hollywood que a una científica de gran reputación. No era delgada como un palo, como esas actrices de la televisión que parecen famélicas. Al contrario, su cuerpo era firme, bien musculado. Aunque era baja en comparación con él, era esbelta y bien proporcionada. Recordar la sensación de aquel cuerpo bajo el suyo le obligó a cambiar de tema.

–Y dime, ¿sigues domando caballos? ¿O has abandonado esa peligrosa actividad como sabiamente hizo tu padre?

Maggie se echó a reír y agitó un dedo en el aire.

–Eres bueno, Hunter, eso hay que reconocerlo. Esto es lo que yo llamo cambiar de tema en medio del combate, para que Maggie no tenga oportunidad de averiguar nada profundo de mí. Nunca has jugado limpio conmigo, ¿lo sabías?

–Tú tampoco.

–Ya veo que estás disfrutando con la situación, Hunter. Está tan claro que lo veo incluso en esa expresión de iceberg que nunca abandonas.

Shep disfrutaba con la situación, en efecto. Estaba encantado con las ironías de Maggie porque, en realidad, su relación siempre había sido así. Desde luego sabía que no era la persona más espontánea del mundo, pero probablemente la vida le había enseñado que era mejor no serlo. En su trabajo, la espontaneidad podía costar vidas. Sarah había muerto por uno de esos momentos de espontaneidad, de reacciones impensadas. Aquel pensamiento inundó su corazón de tristeza.

–¿Qué sucede?

Hunter levantó la cabeza.

–¿Qué?

–Te has puesto triste.

–¿Cómo dices? –¿cómo demonios podía darse cuenta? Incómodo, Shep se removió en su asiento.

–¡Oh, Hunter! –exclamó Maggie–. Nunca has creído que yo pudiera entender lo que estabas sintiendo. No hace dieciocho años y mucho menos ahora. ¿Sabes lo frustrante que puedes llegar a ser? –dijo, con un nudo en la garganta.

–No –dijo él, escuetamente, y desvió la mirada.

Cada vez había menos tráfico. A ambos lados de la autopista, a penas a doscientos metros del asfalto, crecía el kudzu, una planta silvestre llevada de Japón a los Estados Unidos como arbusto ornamental y que, debido a las condiciones favorables del Sur, se había extendido como una plaga. Shep se fijaba en ella, tratando de ordenar sus pensamientos.

Maggie lo miró de nuevo. Shep parecía impermeable a su respuesta emocional. Bueno, era muy típico de él. Aunque algo había cambiado. Antes aún se atrevía a mostrar una pequeña parte de sí mismo, ahora parecía absolutamente encerrado en su caparazón.

«¿Por qué te has vuelto tan retraído?», se preguntó dirigiéndole una penetrante mirada.

Shep, al advertirla, se quedó helado. Volvió a removerse en el asiento y se colocó el chaleco antibalas.

–La vida pasa y deja huella, ¿sabes, Maggie? –dijo, para dar respuesta a aquella mirada incisiva e incansable.

–Cuéntame cómo empezaste a trabajar para Perseo. Siempre creí que volar te gustaba más que cualquier otra cosa. ¿Por qué abandonaste las Fuerzas Aéreas y te hiciste mercenario?

Shep, con un gran suspiro, se alivió de que las preguntas no adoptaran un cariz más personal.

–Hace siete años que abandoné el ejército, Morgan me hizo una oferta y no pude negarme. No sé, me gustó la idea de ayudar a la gente de un modo más directo. Al principio seguí pilotando para Perseo, todo tipo de aviones: Falcons, Cessna, aviones de transporte... Realicé varias misiones en África.

–Qué raro que nunca coincidiéramos –dijo Maggie–, porque yo he pasado casi un tercio de mi vida profesional en África. Muchas veces, con Casey, en situaciones de crisis. También en Sudamérica, en el Amazonas.

Shep estuvo a punto de decir «Ojalá nos hubiéramos encontrado», pero cerró la boca antes de que aquellas palabras pudieran escapársele. El tráfico era cada vez menor y Atlanta se alejaba de ellos en los espejos retrovisores. Por delante de ellos se divisaban las amplias llanuras de verde hierba del estado de Georgia. A ambos lados de la carretera se alineaban los pinos, Georgia era el estado de los pinos, de eso no había duda, y también en el camino se veían señales de la pujante industria maderera, que aprovechaba unas condiciones climáticas perfectas en las que los árboles crecían rápido y hasta gran altura.

El cielo era azul y en la lejanía se distinguían algunas nubes blancas. Debido a la alta humedad, la formación de nubes era inevitable, más tarde, a lo largo del día, caerían muchas tormentas en todo el estado.

–Y... –dijo Maggie, interrumpiendo el silencio–, ¿cómo te ha tratado la vida en el aspecto personal? ¿Te has casado? ¿Tienes hijos? –preguntó, conteniendo la respiración. Shep odiaba aquella clase de preguntas y ella lo sabía, pero no tenía nada que perder y las respuestas le interesaban sinceramente.

Shep frunció el ceño. Sentía un agudo dolor en la zona del pecho.

–No has perdido el tacto, ¿verdad?

–¿Qué?

–Oh, vamos, Maggie, siempre apuntas a la yugular.

–Si para ti hacer una pregunta personal es tirarse a la yugular, es que no estás bien, Hunter.

Shep observó que Maggie se ruborizaba, a pesar de su sonrisa. Si cualquier otra persona le hubiera hecho aquellas preguntas, le habría mandado al infierno.

–Mi vida privada es privada. Ya lo sabes.

–Oh, claro. Y la mía no. Tú me has hecho preguntas personales y yo las he respondido, ¿o no?

–Sí.

–Pues entonces no sé por qué no vas a responder tú a las mías.

–Y yo no sé por qué hay que aplicar la lógica en esta cuestión –concluyó Shep.

Maggie sabía que la estaba pinchando, en eso no había cambiado en absoluto.

–Es lógico pensar –dijo– que si tú le haces a alguien una pregunta personal ese alguien pueda responder con otra pregunta personal, ¿o no? Es uno de los tantos acuerdos tácitos que se establecen en una relación.

–Mis preguntas no eran «tan» personales como las tuyas.

Maggie miró hacia el cielo.

–Te ha dado por las evasivas, ¿no?

–Cuestión de edad, mocosa –Oh, maldita sea, ¿de dónde había salido aquel apelativo cariñoso?–. Perdona, no quería decir eso.

Conmovida por el cálido recuerdo que despertaba aquella palabra, Maggie se aferró al volante con fuerza. En el pasado, Shep solo la llamaba mocosa en los momentos de mayor intimidad,

cuando hacían el amor y pocas veces más. Se humedeció los labios y trató de tranquilizarse.

–¿Sientes de verdad haberme llamado... así? –preguntó, y volvió a mirarlo brevemente. Seguía triste... y anhelante. ¿Por ella? ¿Por lo que habían compartido? No sabía qué pensar.

–Bueno... sí... no... Demonios, se me ha escapado, Maggie. Lo siento. Es parte del pasado, supongo que algunas cosas permanecen para siempre.

–Viven o mueren porque tú quieres que vivan o que mueran, nada más.

Shep se sentía muy incómodo. El espacio confinado del coche comenzaba a darle claustrofobia.

–No le des demasiada importancia, ¿de acuerdo? Tengo muy buena memoria y hay cosas que no se me olvidan.

–¿Por qué recuerdas cómo me llamabas? –preguntó Maggie con una voz muy suave–. ¿Porque me odiabas? ¿Sigues molesto porque rompimos en vez de casarnos? Necesito saberlo, Hunter.

–Maggie... –dijo Shep, levantando las manos– deja de acosarme. No me apetece hablar y de poco va a servir que insistas, lo sabes muy bien.

Maggie sonrió.

–Como en los viejos tiempos, ¿eh, Hunter?

En cierto sentido, a Maggie le gustaba aquel combate verbal. Dos cosas estaban claras, por un lado, Shep se sentía incómodo, por otro, lo conocía demasiado bien y sabía que sus preguntas no podrían, si él no lo quería, conseguir nada. Sin embargo, aquello era parte del juego, los cimientos de su relación. El combate era excitante, incómodo a veces, nunca doloroso.

–Sí –dijo él–. No has cambiado, ¿sabes, Maggie?

Ella sonrió todavía más.

–Gracias, me tomaré eso como un cumplido. Y como ya he dicho, tampoco tú has cambiado.

–Entonces, ¿te has casado? –preguntó Shep.

Maggie lo miró, sorprendida.

–¿Qué pasa aquí? ¿Yo no puedo hacerte preguntas personales y tú sí? Oh, no, Hunter, no es así como son las cosas. Puede que en el pasado te salieras con la tuya con tus pequeñas tácticas, pero ahora nuestra relación no va a ser la misma.

–¿Relación?

Maggie profirió un bufido de impaciencia.

–He utilizado una palabra equivocada. Que tengamos que fingir que estamos casados y compartir la misma habitación, no quiere decir que tengamos una relación, ¿de acuerdo?

Sin embargo, Maggie siempre era muy cuidadosa con las palabras y sus mejillas habían adquirido un delicioso color cereza. Debido a él, sus ojos almendrados parecían esmeraldas engastadas en oro con un matiz canela en el fondo. Pero por encima de todo, Maggie era para él la mujer más viva que había conocido. Se parecía en eso a Sarah, pero Sarah no era más que una pálida sombra al lado de la bulliciosa y radiante personalidad de Maggie. En aquellos momentos se dio cuenta de cuánto había echado de menos su chispeante conversación, su juguetón humor, su agudo ingenio. En algunos aspectos seguía siendo la misma, en otros había cambiado, pero eso solo hacía que la deseara todavía más.

–Permítame, doctora Harper, pero me parece que el uso del lenguaje a la ligera no es uno de sus defectos –dijo, mirándola–. De modo que, ¿de verdad ve usted lo nuestro como una relación?

–¿Lo nuestro? Oh, vamos, Hunter, te agarrarías a un clavo ardiendo –respondió Maggie sonriendo–. Pero no pienso decir ni una palabra hasta que respondas a mis preguntas. No controlas esta situación como tú crees. Esta vez soy tu igual. Ya no soy ninguna adolescente a la que puedas intimidar. ¿Te ha quedado claro? Una vez que comprendas esto, podemos empezar a

hablar.

Shep movió la cabeza a un lado y a otro.

–Creo, Maggie, que con esa lengua tan privilegiada que tienes deberías haberte dedicado a la abogacía. Ahora mismo me siento atrapado, como si tuviera los pies y las manos atados a un palo y no pudiera moverme.

Maggie, muy satisfecha de sí misma, respondió:

–Oh, sufre con elocuencia, Hunter, creo recordar que se te daba muy bien. Siempre ponías esa mirada de cordero apaleado y yo caía en la trampa y me apiadaba de ti. Pero esta vez no va a ser así. He crecido y he aprendido mucho. No pienso levantar el cerco, así que puedes hacer dos cosas: o lo levantas o te callas.

Después de comprobar el tráfico una vez más, Shep hizo una llamada por radio, tal como le habían indicado. Cada hora estaban obligados a llamar al FBI para dar su localización y hacer un informe. Mientras hablaba con el agente observaba a Maggie. Ella no dejaba de sonreír, como si estuviera jugando una partida de ajedrez y fuera ganando. Pero, ¿no era realmente así? Tras cortar la comunicación, deslizó el brazo sobre el respaldo del asiento de Maggie, rozando con ello su orgullosa espalda.

–Como no me apetece permanecer en silencio el resto del camino –dijo–, voy a responder a tus preguntas. No, no estoy casado. No, no tengo hijos.

–¿Eso es todo?

–¿Cómo que «eso es todo»? ¿No acabo de responder a tus preguntas?

–Jesús de mi vida, ¿y siempre eres tan escueto? ¡Pareces un agente respondiendo a un interrogatorio del enemigo!

Shep se echó a reír.

–¿Sabes qué? –dijo, mirándola a los ojos–. Ahora me doy cuenta de cuánto echaba esto de menos. Eres la única persona que se las arregla para sacarme algo tanto si yo quiero como si no.

Maggie, satisfecha de lo que oía y aún más de la risa de Shep, algo tan raro en él, giró la cabeza un instante.

–Y ahora, ¿estás saliendo con alguien?

Una gran parte de ella esperaba una respuesta negativa. Lo vio vacilar, abrir la boca y volver a cerrarla. Luego apartó la mirada durante un largo minuto y volvió a mirarla a ella.

–Estaba... pero ahora ya no –dijo él y retiró la mano del respaldo, cerrando el puño y apoyándolo sobre la pierna.

Había dolor en su voz, por mucho que quisiera ocultarlo. También apartaba la mirada y parecía sumido en una inmensa tristeza. La sonrisa de Maggie se desvaneció y, sin tiempo para pensar en lo que hacía, le tendió la mano y la dejó sobre su puño cerrado. Aquel gesto la sorprendió a ella tanto como a él. La mano de Shep era tan poderosa como hacía dieciocho años.

–¿Qué ocurrió, Shep? Cuéntamelo, por favor.

Lo miró por un instante y se dio cuenta de que, una vez más, se había encerrado en sí mismo.

Capítulo Cuatro

Llegaron a Savannah a primera hora de la tarde. Maggie se alegró mucho de conocer bien a Shep, porque tras preguntarle por su pasado se había encerrado hasta tal punto en sí mismo que ni la persona más paciente habría sido capaz de soportarlo. Ella, sin embargo, sabía que nunca le resultaría fácil hablar de sí mismo. Es más, sabía muy bien que en aquellos momentos en que él conducía por la autopista 16 y entraban en la ciudad más bella del Sur, que Shep seguía dándole vueltas a su pregunta: «¿Qué ocurrió, Shep?»

Por unos momentos se permitió contemplar la hermosa arquitectura prebélica por la que Savannah era famosa. Se encontraban muy cerca del barrio fluvial, en el que abundaban las viejas manufacturas de la época algodonera, convertidas ahora en restaurantes y tiendas de regalos.

El río Savannah, ancho y de lento discurrir, había sido una de las principales vías comerciales del siglo XIX para los barcos que trasladaban el algodón desde las plantaciones sureñas a las fábricas textiles inglesas. En efecto, Savannah era una ciudad llena de historia. Era una ciudad de clima semitropical situada a treinta kilómetros del Atlántico y amenazada a veces por los huracanes, y en la que abundaba el turismo del mundo entero.

A su izquierda podía ver una de las mayores maravillas arquitectónicas del mundo, el puente Talmadge Memorial, que cruzaba el río Savannah y unía el estado de Georgia con el de Carolina del Sur. Suspiró profundamente y se dio cuenta de que hacía mucho que no sentía la paz interior que sentía en aquellos momentos. Resultaba extraño, pero aquel estado anímico solía repetirse siempre que se encontraba en Savannah.

Según el itinerario, debían detenerse a comer en un restaurante llamado Olde Pink House, una vieja mansión de estilo georgiano transformada en restaurante. Al girar en la calle Abercorn, Maggie volvió a suspirar.

—No puedo evitarlo, esta ciudad me encanta. Creo que Savannah es la joya de la corona de América. Fíjate en los colores pastel de todas esas mansiones. Es como si estuviéramos pasando ante una exposición de huevos de pascua.

—Me gusta tu manera de ver el mundo —dijo Shep, sin dejar de mirar hacia adelante, barriendo con la mirada a derecha e izquierda. Sabía bien por qué habían elegido aquel restaurante. Estaba en terreno abierto y ello facilitaba la vigilancia. Habría agentes del FBI por todas partes, vigilando, cuidando de su seguridad.

—Huevos de pascua... —dijo, mientras aparcaba—. Solo tú podrías comparar esas mansiones de cinco plantas con los huevos de pascua.

La ternura de su mirada conmovió a Maggie profundamente, que se quitó el cinturón de seguridad con dedos temblorosos.

—Es que yo soy la idealista, ¿te acuerdas? Eras tú el más realista de los dos.

Trató de no mirarlo. Su aspecto era muy profesional, con su chaqueta azul, que se ponía para

ocultar la pistola, su camisa blanca inmaculada y sus pantalones caqui. También él le hacía sentirse cómoda.

Shep se bajó del coche, se arregló la chaqueta para que nadie notara que llevaba una pistola colgada del hombro y rodeó el coche para abrir la puerta de Maggie. Ella lo miró con sorpresa.

–Siempre he sido un caballero –dijo, ofreciéndole la mano.

–Es algo tan desacostumbrado que ya casi lo había olvidado –dijo Maggie, bajando del coche. La sonrisa de Shep era cálida y confortable y ella, sin pretenderlo, se vio de frente a él, a muy pocos centímetros. Fue conmovedor y maravilloso. Solo una delgada barrera de aire se oponía entre los dos. Pero la situación solo duró unos instantes, pues ella se retiró y avanzó hacia el restaurante. Le dio tiempo, no obstante, a ver la mirada cálida y divertida de Shep y darse cuenta de la ligera tensión de su boca y saber que tenía ganas de besarla.

–Huevos de pascua –murmuró Shep, bajando la vista y colocándose al lado de Maggie–. ¿Sabes una cosa? Eres única, Maggie Harper. A pesar de que seas la mujer más testaruda que conozco, no puedo evitar...

Y no podía. Durante todo el viaje, Shep había tenido ganas de besarla, de sentir su boca suave, mullida, cálida, entre sus labios. Y el caso era que, a ojos de los demás al menos, estaban casados. Y si los de Amanecer Negro los estaban viendo, ¿no esperarían que una pareja de recién casados se comportara como tal? Por supuesto, claro que sí. Y él no pensaba decepcionarlos. Necesitaba tanto a Maggie. Había aceptado aquella misión porque no podía rechazar la oportunidad que le brindaba el destino de volver a estar a su lado. En realidad, siempre había lamentado su separación. Había conocido a otras mujeres, claro, pero ninguna había representado lo que Maggie, ninguna había tenido su fuego, sus ganas de vivir.

Maggie contuvo la respiración al percatarse de la mirada de Shep, una mirada de depredador. Sintió que tomaba su mano y un escalofrío eléctrico la recorrió de la cabeza a los pies. A continuación, Shep se aproximó, agachó la cabeza... ¡Iba a besarla! La mente se le quedó en blanco por unos instantes. Era lo último que esperaba de él, pero luego, al notar el tacto de su cuerpo, que se tensaba para abrazarla, su corazón se abrió como los pétalos de un capullo al sentir el sol que lo convertirá en flor.

El lejano rumor del tráfico de Savannah desapareció en el calor de los ojos de Shep y Maggie no luchó, no se opuso, no trató de evitar lo inevitable. Sí, ella también deseaba aquel beso. Levantó la cabeza para recibir su boca y algo antiguo y maravilloso se desbocó en su corazón. ¡Cuánto lo había echado de menos! No se había dado cuenta hasta aquel preciso e inesperado momento. Cerró los ojos, se puso de puntillas, notó su cálido aliento sobre las mejillas. Advirtió su cercanía y una sensación intensa, fértil, maravillosa...

Al notar los labios de Shep, se estremeció. Se dio cuenta de que Shep la rodeaba por la cintura y le echó los brazos al cuello. Shep la besaba con toda su boca, ardientemente. Un suspiro se escapó de sus labios y él pareció responder haciendo que el beso fuera más delicado. Bastaron unos segundos para que ella olvidara a todos los otros hombres que había conocido. En un solo instante se colocó por encima de ellos. A sus ojos, él siempre había sido un cruzado del siglo XII; un guerrero corpulento, vigoroso y curtido del que, sin embargo, ella tenía el privilegio de conocer otra cara más tierna y delicada. Quizás por eso no le tenía miedo, quizás por eso con él se sentía a salvo, quizás supiera, a pesar de todas sus discusiones, que para él ella era un precioso e incalculable tesoro que estaba dispuesto a proteger a cualquier precio.

Con un suave quejido, pronunció su nombre y se pegó a él todavía más. Lo deseaba y no le importaba quién pudiera estar mirando. En aquel momento se dio cuenta de cuánto lo había echado

de menos. Todo lo que habían compartido hacía ya tanto tiempo estaba todavía vivo. Lo cual, en realidad, era un gran sorpresa para ella, pero no pensaba pedir disculpas por ello.

Los labios de Shep se movían con apremio. Maggie notaba su cálido aliento y se abrió a él, cediendo a su fuerza superior, renovándose en el vigor de algo que hacía mucho tiempo que no sentía. Al advertir que la mano de Shep descendía por su espalda, se estremeció. Sí, aquel era su viejo y querido Shep, la persona a la que conocía tan bien. Y estaba muy contenta de recibir sus besos de nuevo. Su barba incipiente le rascaba deliciosamente las mejillas y su olor masculino penetraba sus sentidos. Hundió los dedos en sus cabellos y advirtió que también él se estremecía. Se dio cuenta de que se abría a ella en todos los niveles y que, en un raro y precioso instante, pasaba a ser controlado por ella. Ella se sentía en el paraíso. Él era su paraíso. Oh, ¿por qué se habían separado? En aquellos momentos la separación solo parecía un enorme y lamentable error.

No quería que aquel beso terminara y profirió un débil quejido cuando advirtió que Shep separaba su boca de sus húmedos labios. Abrió los ojos y se miró en los profundos y atormentados ojos de Shep.

–Has aprendido mucho con la edad –le dijo.

Shep esbozó una sonrisa amplia y alegre.

–¿Por qué lo dejamos, Maggie? –preguntó, y la liberó de su abrazo. Encontró su carne mullida y suave. Le gustaban las mujeres con carne en los huesos. Las mujeres delgadas como palos nunca le habían atraído. Maggie tenía una complejión fuerte y estaba en una condición física insuperable y él sentía por ella un deseo ardiente e incontenible.

–No lo sé... –dijo ella con suavidad, atrapada en su seductora mirada. Dijo que no sabía, y sin embargo, sí lo sabía. Entre ellos siempre había habido pasión. Eso no había cambiado, pero también sabía que algunos rasgos de la personalidad de aquel hombre la volvían loca. Sabía que él nunca había confiado en su capacidad, que nunca la había considerado una igual. Y sin embargo, aquel mismo día había visto, en los breves momentos en que había podido escudriñar su mirada, que sentía por ella un nuevo respeto, quizás una mayor consideración–. Puede que fueran los dieciocho años, nuestra inmadurez.

Shep tomó su mano y se separó un poco. El último sol del día derramaba su luz sobre ellos y Maggie estaba más preciosa que nunca. La deseaba con todo su ser. Y también ella lo deseaba, se dijo, advirtiendo el deseo irrefutable en sus ojos color avellana.

–Puede que tengas razón, mocosa... –dijo, vaciló, y dio otro paso atrás, con un gesto de disculpa–. Maldita sea, no consigo dejar de llamarte con tu apelativo favorito. Lo siento.

Se acercó al maletero y lo abrió, sacando el maletín metálico que contenía el falso ántrax. Se lo dio a Maggie, que era la mensajera oficial.

–¿Por qué lo sientes? Me gusta que me llames así. Me lo gané a pulso, ¿ya no te acuerdas? –dijo ella.

Advirtió el peso del maletín y recordó por qué estaban allí y el peligro que corrían. Ello bastó para disipar su euforia. Si los de Amanecer Negro estaban allí, podrían abatirlos con un par de disparos. Después de dieciocho años había encontrado de nuevo a Shep, se dijo, pero, ¿por qué no había podido ser en un lugar distinto? De repente, toda su percepción se concentró en la mano de Shep, que agarraba, y se dio cuenta de la importancia de cada segundo que pudiera pasar en su compañía.

Shep, ignorando los sombríos pensamientos de Maggie, sonreía.

–Entonces, si se me escapa otra vez, ¿no me vas a pegar, ni me vas a tirar un libro a la cabeza ni nada?

Él, por su parte, se había puesto de nuevo en guardia, y observaba a todos los transeúntes que deambulaban por el aparcamiento. Trataba de identificar cualquier cosa inusual o fuera de lugar, aunque sabía que, desde la terraza del restaurante, los agentes del FBI estarían observándolos, siguiendo cada uno de sus movimientos.

–Claro que no –dijo Maggie riendo–. Eso habría sido entonces, pero el tiempo también me ha cambiado a mí.

–¿De verdad? Pues no lo parece –bromeó Shep–. Bueno, en cualquier caso, me alegro.

Abrió la puerta del restaurante y dejó pasar a Maggie. En su rostro se fijó una sonrisa, pues recordaba los tiempos en que ella resolvía alguna de sus discusiones tirándole un libro a la cabeza. Por supuesto, Shep se daba cuenta de que algunas veces se lo merecía, pues la provocaba muy a menudo y en cualquier caso, lo mejor de aquellas discusiones era la maravillosa reconciliación que después acarrearán.

Se fijó en el espléndido restaurante con decoración de ambiente histórico. Había retratos al óleo de antiguos habitantes de Savannah, incluso uno de George Washington, y otro, cómo no, de Frederick Habersham, el dueño de la antigua mansión, ataviado con un traje de seda del siglo XVIII.

–Es un sitio precioso –dijo Maggie, tras sentarse.

Pidieron la comida y se quedaron solos.

–¡Mira! –dijo Maggie señalando por la ventana–. Es Reynolds Square. ¿No es preciosa?

–Más preciosa es la mujer que tengo delante.

Maggie se sonrojó, cosa que Shep advirtió muy complacido.

–Shep...

–Es la verdad, Maggie –dijo él mirando por la ventana.

La plaza porticada era una de las muchas de la ciudad vieja de Savannah, todas ellas construidas antes de la Guerra de Secesión. Las mansiones que la rodeaban parecían, como había dicho Maggie, huevos de pascua, pues eran una muestra de todos los colores del arcoiris.

–Creo que el maître –concluyó Shep– nos ha traído a la mesa más romántica de todo el restaurante.

–Así es –dijo Maggie mirando a su alrededor. Por otra parte, el encanto del lugar se veía realzado por el hecho de que no hubiera muchos comensales, aparte de que eso suponía una mayor seguridad para ellos, pues podían controlar los movimientos de los que estaban a su alrededor–. Es uno de mis restaurantes favoritos. Tiene tanta historia.

–Y a ti siempre te ha encantado la historia.

–Siempre.

–Nosotros sí que tenemos una larga historia a nuestras espaldas. Tanta como los dinosaurios.

Maggie suspiró.

–Así que somos dos viejos –dijo.

–En absoluto. Tú estás joven y radiante, pero me gusta la historia, nos ayuda a comprender el pasado. Lo que hicimos bien... y lo que hicimos mal. Qué decisiones fueron correctas y cuales equivocadas.

Maggie escuchaba aquellas palabras con cierta satisfacción, permitiendo que llegaran a tocarla en el corazón. Tras separarse de sus labios, anhelaba un nuevo beso, y le costaba un gran esfuerzo no acercarse a él y pedírselo.

Shep, por su parte, parecía algo triste, pero ella no quería indagar en la naturaleza de aquella tristeza. Luego llegó la camarera con dos tazas de té helado.

–Pienso disfrutar de la comida –dijo Maggie con un suspiro y miró a la camarera–. Voy a tomar sopa de cangrejo con jerez y una ensalada César con ostras.

Shep adoraba aquel gusto por la vida que tenía Maggie. Todo lo hacía con pasión, intensamente. Sus ojos refulgían como joyas mientras pedía la comida.

–¿Y usted, señor? –le preguntó la camarera.

Él miró a Maggie.

–¿Qué me recomiendas?

Emocionada, porque después de tanto tiempo volvía a repetirse una situación que ya habían experimentado, Maggie sonrió y miró a la camarera.

–Este hombre se tomaría medio venado de una sola sentada, así que tráigale un Bienvenido al Sur, con gambas y jamón. Y la sopa de cangrejo, y también una ensalada de tomate con queso azul.

Shep se reclinó en su silla, complacido. Maggie no había olvidado un solo detalle sobre él, ni siquiera su ensalada favorita. Perplejo y satisfecho, tomó en aquel mismo instante una determinación, había perdido a Sarah, pero no estaba dispuesto a perder también a Maggie, por nada del mundo la perdería.

Pensar en el peligro le hizo mirar a su alrededor. Todo parecía en orden, pero no pudo librarse de la sensación de inseguridad. ¿Por qué se le concedía una segunda oportunidad con Maggie? Su beso había sido maravilloso y muy revelador: femenino, decidido y dulce. Aún podía sentir su deseo, la pulsión inquieta de su piel, el ardor de su cuerpo.

–¿Por qué estás tan triste? –preguntó Maggie en cuanto desapareció la camarera.

Shep la miró con perplejidad. Y entonces recordó la extraña y poderosa capacidad de Maggie para leerle el pensamiento, por muy enigmática que fuera su expresión.

–No puedo ocultarte nada, ¿eh? –dijo, jugueteando con la cuchara–. Sí, la verdad es que estoy un poco triste.

–¿Por qué? –preguntó Maggie, concentrando en él toda su atención.

–Después de romper –comenzó Shep–, me mantuve alejado de las mujeres durante mucho tiempo –no dejaba de jugar con la cuchara, nerviosamente–. Pero luego, poco a poco, con el tiempo, fui haciéndome más sociable. No conocí a nadie como tú, así que no me casé... luego... mucho después... las cosas cambiaron –frunció el ceño–. Cuando empecé a trabajar para Perseo, Morgan me asignó una compañera. Era su manera de trabajar, todo el mundo debe ir en parejas, de manera que tuve que aceptar –levantó la mirada y miró a Maggie a los ojos–. Mi compañera era una mujer llamada Sarah Collier, ex marine y un agente excelente. Trabajamos juntos durante tres años... hasta que yo cometí una estupidez que ella pagó demasiado caro.

Maggie apoyó los codos en la mesa. La mirada de Shep ardía, llena de angustia, y Maggie sentía una horrible sensación de pena y de culpa.

–¿Qué ocurrió?

–La mataron por culpa mía –respondió Shep, escuetamente, con voz ronca y contenida. Dejó de jugar con la cuchara y recurrió a los mayores esfuerzos para mirar a Maggie–. Estábamos en Yugoslavia, buscando a una niña raptada por los serbios. Llegamos a una zona minada... –el dolor era patente en su voz– y encontramos a la niña. Estaba viva y, gracias a Dios, no la habían herido. La rescatamos, pero sus raptadores nos persiguieron. Nos alcanzaron en una granja y el mejor camino para escapar atravesaba un prado. Sarah me advirtió, sugirió que lo rodeásemos, pero yo tomé la decisión de cruzarlo. Tomé a la niña en mis brazos y eché a correr por aquel campo, los serbios estaban muy cerca. Lo único que teníamos que hacer era cruzar aquel campo, a dos kilómetros estaban las fuerzas de la ONU. Cruzar aquel campo y al otro lado estaba nuestra salvación –dijo,

apretó los dientes y apartó la mirada. El recuerdo parecía nítido y doloroso. –Yo tenía prisa, pensé que no teníamos tiempo de rodear aquel prado y decidí arriesgar la vida de los tres. Yo sabía que aquel maldito prado estaba lleno de minas, lo sabía... –apretaba los puños con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos–. Sarah iba delante, cien metros por delante de mí... preparando el camino... asumiendo el riesgo...

Maggie cerró los ojos al ver los ojos de Shep bañados en lágrimas.

–¡Oh, no! No me digas que pisó una mina.

Shep asintió, con la voz ahogada en la garganta. Miró a Maggie y le dieron ganas de gritar.

–Pero no lo sientas por mí. Yo soy el estúpido que permitió que ocurriera. Si no me hubiera apresurado, si hubiera pensado más fríamente, ahora Sarah estaría viva.

–¿Y la niña y tú?

–No nos pasó nada...

Se produjo un silencio de unos segundos, que parecieron una eternidad.

–Shep –lo interrumpió Maggie–, creo que Sarah sabía lo que hacía. Sabía el riesgo que corríais. ¿Por qué estás tan seguro de que teníais tiempo de rodear el prado? Si no lo hicisteis y si ella estuvo de acuerdo en cruzar el prado fue porque en aquellos momentos no había otra opción...

Shep seguía mirando a la lejanía, sin reaccionar.

–Yo estaba enamorado de ella, Maggie. Después de perderte fue la única mujer a la quise realmente... –dijo.

Maggie estiró la mano, tomando la mano izquierda de Shep.

–Lo siento –susurró–, lo siento mucho, Shep. Lo siento por los dos.

Shep, apretando la mano de Maggie, le dirigió una profunda mirada.

–Voy a decirte algo, mocosa –dijo–. No voy a permitir que vuelva a ocurrir una cosa así. Después de la muerte de Sarah no he vuelto a aceptar compañeros de misión. Me importaba muy poco mi vida, más bien nada. Durante un tiempo, cuando no estaba de servicio, pasaba los días en compañía de una botella. Tardé un año en salir de la crisis y para serte sincero, si Morgan no hubiera estado ahí para darme patadas en el trasero, creo que ahora estaría tirado en el rincón de cualquier bar bebiéndome mis culpas.

Maggie sintió una punzada en el corazón. Veía sufrir a Shep, pero, sobre todo, se daba cuenta de que seguía prisionero de sus culpas.

–Escúchame, Shep. Salvaste la vida de aquella niña. Erais tres y dos os salvasteis. ¿No has pensado nunca en ello?

–Sí, claro que lo he pensado. Pero el Procedimiento en Operaciones Especiales lo dice muy claro: «Evitar los terrenos despejados». Los terrenos despejados te matan, Maggie. La mayoría no lo están, pero siempre hay alguno minado. Todo el mundo lo sabe y yo lo sabía, pero incumplí una regla elemental. Hice caso de mi intuición. Mi arrogancia costó una vida...

Maggie le acarició el brazo con ternura.

–Eres un poco arrogante, pero la mayor parte de las veces tienes razón. Además, nunca tomas una decisión a la ligera.

–Como tú dijiste hace mucho tiempo... Ese fue uno de mis fallos, una de las cosas que nos separó.

–Lo recuerdo muy bien...

Maggie no sabía qué decir, quería consolarlo, pero se sentía tan desvalida como él. Ella no había estado en aquel prado y no sabía lo que pasó. Aunque, por supuesto, creía que la decisión

de Shep no fue equivocada, sino que, probablemente, fue la única que podían tomar dadas las circunstancias y que solo el destino quiso que tuviera un fatal desenlace.

—En esta misión —dijo Shep—, no pienso perderte. Juré que no volvería a aceptar un compañero y Morgan lo sabía, pero cuando vi tu foto y me dijo que te habías ofrecido voluntaria para la misión, el corazón pudo más que la cabeza y el pasado nada me importó. Le dije a Morgan que aceptaba y casi se cae de la silla. Supongo que pensó que me resistiría a llevar un compañero o que le costaría mucho convencerme, pero se equivocaba. Eres demasiado hermosa, Maggie, y estás tan viva... Mereces la mejor protección... por eso acepté la misión. Pero tienes que saber que se trata de una acción mortal, que podrían matarnos —se removió en la silla, estaba incómodo—. Desde la muerte de Sarah he aprendido muchas cosas, así que esta vez nada va a escapárseme. Voy a controlarlo todo desde el principio hasta el final y tú vas a volver sana y salva.

Maggie se inquietó. Le parecía peligrosa la determinación con la que hablaba Shep.

—No digas eso, Shep, no digas que vas a controlarlo todo. Probablemente fue eso lo que te colocó en aquella posición con Sarah. Si la hubieras escuchado, las cosas habrían sido distintas, ¿no te das cuenta? Tú la controlabas, tú controlabas todo en aquella misión... Francamente, espero que ahora las cosas sean distintas. Es verdad que no tengo experiencia en misiones armadas, pero soy una gran tiradora, muy pragmática y tengo mucha intuición. Espero que me escuches. En esto somos un equipo, Shep, un equipo.

Shep negó con la cabeza.

—No hay nada que discutir, Maggie. Voy a mantenerte a salvo y no vas a correr ningún peligro. Perdí a una mujer a la que amaba y no pienso cometer dos veces el mismo error. Por nada del mundo.

Maggie fue a decir algo, pero se calló. ¿Qué decía Shep en realidad? ¿que no confiaba en ella? ¿que ella no era más que el convidado de piedra de la misión? ¿que ella no podía aportar nada? Algo se le revolvió en el estómago. Era cierto que aquel no era momento de discutir, pues Shep estaba aún muy afectado por sus dolorosos recuerdos, pero el tema no estaba zanjado.

—Ahora es mejor que no hablemos de ello —dijo—, pero cuando lleguemos al hotel me gustaría seguir con esta conversación, ¿de acuerdo?

La actitud de Maggie sorprendió a Shep. Ya no se trataba de la muchachita de dieciocho años que quería resolverlo todo cuanto antes y con un golpe de magia, sino de una mujer madura que sabía afrontar sus problemas y concederse el tiempo suficiente para resolverlos. Le recordaba a Sarah. Sarah había sido para él como una sólida roca a la que aferrarse cuando las cosas iban mal, un refugio, una persona en la que siempre había podido confiar. Resultaba irónico y muy cruel que fuera él quien hubiera traicionado su confianza.

En fin, por lo visto, Maggie se creía tan capaz como Sarah en aquella peligrosa misión, pero él sabía que no era cierto. Tanto si ella lo admitía como si no, era él quien iba a controlar la situación, de principio a fin. De alguna manera sabía que, si lograba llevar a cabo con éxito aquella misión, lograría conjurar parte de la culpa que lo atenazaba. Si conseguía que Maggie volviera sana y salva, la gangrena de la culpa que se lo estaba comiendo vivo desaparecería y el mundo le parecería quizás un lugar más esperanzador de lo que era en aquellos momentos.

Capítulo Cinco

Justo en el momento de abandonar el restaurante sonó el teléfono móvil de Shep. Nada más oírlo, se colocó delante de Maggie e impidió que saliera del vestíbulo.

–¿Dígame?

Maggie advirtió que se ponía tenso y fruncía el ceño. Sus ojos se convirtieron en dos témpanos de hielo ocultos en el fondo de las profundidades. Comprendiendo que se trataba del FBI, se figuró que se trataba de una llamada de advertencia y sus pensamientos se trasladaron de sus problemas personales a los peligros de la misión. En vista de ello, cambió de mano el maletín, colocándolo en la izquierda para tener la derecha libre en caso de que se viera obligada a utilizar la pistola. Aunque todo parecía normal, Maggie sabía que los terroristas eran especialmente hábiles en el disfraz y podían acechar desde cualquier rincón.

–¿Algún problema? –le preguntó a Shep cuando este colgó el teléfono.

–Sí. Acaban de ver a un sedán negro que ha rodeado el edificio cuatro veces. En él van dos hombres. Están comprobando la matrícula y que tenemos que esperar aquí hasta que lo hagan.

Maggie se dio cuenta justo en ese momento de su naturaleza extraordinariamente protectora. Seguía interponiéndose entre ella y el cristal de la puerta del restaurante y había separado las piernas ligeramente, como un boxeador preparado para aguantar un golpe. De modo que comenzaba a darse cuenta de que estaba en compañía de un auténtico guerrero. Por su parte, el corazón le latía apresuradamente y la adrenalina corría por sus venas advirtiéndole del peligro.

–Me imagino que es una falsa alarma –dijo Shep–, pero prefiero tomar precauciones.

Su objetivo seguía siendo que Maggie concluyera la misión sin un rasguño y estaba dispuesto a conseguirlo costase lo que costase. Cuando terminase la misión, además, tenía pensado pasar algún tiempo con ella. Las horas que habían pasado juntos bastaban para que se hubiera dado cuenta de que quería recuperar su relación con ella, y mucho más después del beso que se habían dado a la entrada del restaurante. Un solo beso y las chispas saltaban entre ellos, chispas que habían encendido una vela que lucía en la oscuridad de su herido corazón. Para él Maggie simbolizaba la libertad que solo había encontrado con ella y en aquellos momentos, preparado ya para el próximo combate, lo único que quería era recuperarla.

El móvil volvió a sonar y Shep lo sacó del bolsillo de la chaqueta.

–¿Dígame?

Maggie observó con atención los edificios que rodeaban el restaurante. Estaban en el centro de la ciudad de Savannah y en hora punta, era más cómodo caminar que ir en coche, de modo que las calles se llenaban de transeúntes. Recorrió con la mirada las azoteas de las construcciones y no pudo ver ni la menor señal de los hombres del FBI que los protegían, al fin y al cabo, su trabajo consistía en ver sin ser vistos.

–Comprendo, gracias –dijo Shep, y cortó la comunicación.

–¿Problemas?

–No, falsa alarma.

–Debían ser turistas en busca de aparcamiento –dijo Maggie con una sonrisa–. A estas horas es imposible, puedes estar media hora buscando y no encontrarlo.

Shep asintió y abrió la puerta.

–Vámonos, pero sigamos alerta, esto me da mala espina.

Ya en la calle, Shep se colocó del lado de la carretera, rodeando a Maggie con un brazo. El sol era bastante intenso y la humedad muy alta. Sobre la ciudad se cernían las nubes, que se iban agrupando para descargar una de las tormentas tan propias de la zona. Probablemente aquella misma noche.

Shep andaba demasiado deprisa, pero enseguida se percató de ello y aminoró el paso para acompañarlo con el de Maggie. Ella sonreía. Qué maravilloso había sido simplemente hablar con Shep. Por una vez, parecía dispuesto a comunicarse y no a permanecer encerrado en sí mismo. Quizás la vida le hubiera hecho más accesible. Ella, por su parte, esperaba fervientemente que fuera así.

–Yo conduzco –dijo Shep.

–No, me toca a mí.

–Maggie...

–Es mi turno y lo sabes.

Shep recorrió el aparcamiento con la vista, lleno de coches que llegaban a cenar al famoso restaurante. Por lo que a él concernía, sin embargo, todas aquellas personas eran terroristas en potencia. Agarró a Maggie por el brazo.

–Ahora, no, Maggie, ya discutiremos en otra ocasión.

Maggie soltó el brazo de un tirón.

–Usa la cabeza, Hunter. Conozco la ciudad mejor que tú. Si nos atacan, ¿voy a tener que decirte por dónde tienes que ir? Eso solo nos crearía más dificultades.

Shep frunció el ceño mientras contemplaba cómo Maggie desobedecía sus órdenes y se sentaba, beligerante, al volante del coche. Estuvo a punto de sacarla de un tirón, pero pensó que no era el momento, no podía permitir que volvieran a meterse en una de sus frecuentes discusiones. En realidad, todo era como cuando vivían juntos. Pero, ¿no se daba ella cuenta de que era él quien tenía que estar al mando porque era él quien mejor se desenvolvía en aquellas situaciones? Rodeó el coche enfadado, abrió la puerta del pasajero y subió al coche.

Maggie arrancó, consciente de la rabia que sentía Shep.

–Sé dónde está el hotel...

–He cambiado de idea –dijo él, y sacó el teléfono móvil–. Vamos a ir a otro sitio. Tengo un mal presentimiento y no me gusta.

Maggie se lo quedó mirando.

–Pero si el FBI lo tendrá vigilado... Estaremos seguros.

–El FBI no nos garantiza nada, Maggie –dijo Shep, y conectó con el agente Caldwell, su contacto–. Sí, vamos a evitar el hotel, quiero cambiar de planes. Vamos a ir a Hilton Head Island a buscar hotel. Está a una hora de camino. Si nos siguen eso los despistará. Si actuamos como blancos fáciles pueden pensar que es una trampa y no aparecer. Tenemos que lograr que piensen de otro modo. Si estamos a punto de escapar, los terroristas solo se esforzarán en no perdernos de vista y acabarán por atacar.

Maggie, con un gesto de impaciencia, se reclinó en el respaldo de su asiento y esperó a que

Shep cortara la comunicación.

–¿Solo porque tú no conduces vamos a evitar un sitio que está protegido por los nuestros?

–No es por eso –respondió Shep mirando a su alrededor–. Vámonos. ¿Sabes cómo llegar a Hilton Head por la autopista?

–Claro que sí.

Llegaron a la autopista a las cinco y media y había por lo tanto todavía mucha luz. La autopista hacia Hilton Head transcurría por un terreno ondulado y tenía poco tráfico, de modo que era fácil saber si los seguían.

En la lejanía, las nubes se acumulaban en el cielo preparándose para descargar lluvia. Como Hilton Head se encontraba en la costa, recibía la humedad del océano y el calor de la tierra, de manera que las probabilidades de que cuando llegaran estuviera lloviendo eran muy altas.

Shep continuó mirando a su alrededor, tratando de descubrir si les seguía algún coche. Algo no marchaba bien y lo sabía, pero no podía decir el qué. En realidad solo podía basarse en su intuición, en el encogimiento que sufría su estómago, pero aquel encogimiento lo había salvado en muchas ocasiones. Se fijó en Maggie, concentrada en la conducción. Sabía lo que pensaba, que él quería controlarlo todo una vez más. Pero no era así, solo se proponía protegerla.

–Creo que es un error, Shep. Prefieres dejar un sitio protegido y meternos en uno desconocido –dijo Maggie–. Y además de eso, nos vamos a meter de lleno en una zona de tormentas. Y eso no me gusta. Con el ruido de los truenos no se puede oír nada y no sé cómo vamos a saber si se nos acercan los terroristas.

–Protesta anotada –dijo Shep con seriedad–. Puedes consignarla en el informe de la misión cuando gracias a ello salgamos vivos de esto.

–No me gusta tu sarcasmo. Me estás subestimando otra vez, como cuando vivíamos juntos –dijo, aferrándose con fuerza al volante–. Qué pena que algunas cosas no cambien. Cuando yo esperaba que te hubieras hecho más razonable.

–Maggie, no empieces.

Maggie lo miró a los ojos.

–Ni siquiera te has molestado en consultarme, Shep, eso es lo que no me gusta. Mi opinión no podría importarte menos y eso es lo que me enfada. Pues, ¿sabes una cosa? Ya no soy una chiquilla de dieciocho años. Tengo treinta y seis y alguna experiencia del mundo. Deberías aprovechar mis conocimientos en vez de despreciarlos.

Shep seguía concentrado en el tráfico, que había disminuido muchísimo. Por delante de ellos apenas circulaban los coches.

–Mira, he tomado una decisión militar y tú obligación es confiar en mí en momentos como estos. Yo tengo más experiencia que tú en este tipo de operaciones y hay algo que no me gusta –dijo, y miró a Maggie–. Supongo que vas a decirme que la intuición femenina tiene mucho que decir en esto, pero si un hombre tiene intuición, ¿no funciona de la misma manera?

–Shep, sabes que se te da muy bien argumentar tus decisiones –dijo Maggie, mirándolo tristemente–. Lo que ocurre es que me decepcionas, eso es todo. Pero si se te ha pasado por la cabeza que vas a sacar esto adelante sin contar conmigo, ya puedes irte olvidando de ello.

Shep chascó la lengua.

–Vamos a utilizar toda nuestra energía para contrarrestar al enemigo. No tiene sentido que la malgastemos en discusiones inútiles –dijo–. Estamos de acuerdo en que no estamos de acuerdo, pero dejémoslo por ahora.

¿Cómo podía besarla un momento y luego desprenderse de ella de aquel modo? Y lo peor era

saber que no estaba exagerando, que su reacción no tenía nada de irracional.

–Algunas cosas no cambian nunca –dijo, amargamente–. Pero de acuerdo, me callaré. Pero si veo algo u opino algo respecto a la misión, vete preparando para oírlo. Y no pienso callarme nada, ya lo sabes.

Sus ojos brillaban con rabia, y Shep comprobaba ahora cómo se portaba Maggie la guerrera.

–Muy bien –murmuró–, lo tendré en cuenta.

Sin embargo, no pensaba darle oportunidad. Conocía bien su trabajo y era capaz de pensar las cosas antes de que ocurrieran. Conectó el ordenador y consultó los mapas de la zona, estudiándolos en un tenso silencio. La luz cambió, levantó la vista y comprobó que comenzaba a nublarse. Esperaba que no lloviese, porque, como había señalado Maggie, la lluvia y los truenos solo podían beneficiar a los terroristas, permitiéndoles aproximarse a ellos sin ser detectados. La situación era peligrosa.

Olvidando su aprensión, respiró profundamente. Se sentía mejor dentro del coche. Los blancos móviles eran difíciles de alcanzar, de modo que era preferible estar en la carretera que en el hotel. El único inconveniente era que el FBI tenía que reacomodar sus posiciones, pero eso formaba parte de su trabajo, al fin y al cabo. Si el FBI estaba molesto, también lo estarían los terroristas. Además, de aquel modo los de Amanecer Negro no sospecharían que hubiera ninguna trampa, estarían demasiado ocupados en ponerse al día de las circunstancias imprevistas.

Maggie seguía concentrada en la carretera. Tomó la carretera 278 y haciendo un gran giro para cruzar dos enormes puentes tendidos sobre las marismas, llegaron Hilton Head Island, lugar en el que había muchas residencias de los ricos y famosos. La isla tenía forma de bota y en ella vivían retirados algunos amigos de Maggie. Estaba rodeada por tierras húmedas, donde vivían muchas especies de animales acuáticos y aves, como un pavo real con una cola de tres metros de ancho.

–¿Tienes idea de dónde quedarnos? –preguntó, con frialdad.

Sobre ellos, los cielos se tornaban grises y amenazadores. Muy pronto la primera tormenta alcanzaría la isla con su furia. El inestable y húmedo aire de la costa empujaba a algunas de las tormentas eléctricas más violentas del país.

El tráfico volvía a hacerse más denso. Eran las seis y media y los turistas abandonaban la isla mientras los residentes volvían a ella. En la ciudad el tráfico era terrible, confinado a calles de doble sentido, excepto en las dos arterias principales, que eran de cuatro carriles y sentido único.

–Tengo varias opciones, según la lista del ordenador.

–Bueno, ¿y por qué no me preguntas? He vivido en esta zona y conozco la isla como la palma de mi mano. ¿Te das cuenta, Shep? Incluso ahora prefieres confiar en ese maldito ordenador que en mí.

Shep, la miró de reojo.

–Está bien, tienes razón. ¿Qué sugieres?

Maggie se sintió frustrada.

–Creo que deberíamos quedarnos cerca de la ruta 278, es la única carretera de salida de la isla. Yo iría a la zona de la plantación, está llena de villas de veraneo y seguro que ha habido cancelaciones de última hora.

Shep se encogió de hombros.

–Me parece bien.

Sabía que el FBI los localizaría con facilidad, pues el coche llevaba un ingenio que transmitía su posición al satélite continuamente. Sabía también que la furgoneta del FBI estaba a unos veinte kilómetros por detrás de ellos y que en cualquier momento podría acudir en su ayuda la policía

local. Lo cual era, afortunadamente, tranquilizador.

–Voy a intentar ir a Skull Creek, en la zona norte. Si las cosas se ponen muy mal siempre podemos saltar a un barco y escapar por mar. No creo que Amanecer Negro tenga ningún barco por aquí, ¿no crees?

–Es una buena idea tener una segunda vía de escape–dijo Shep, y vio cómo Maggie recibía el cumplido con satisfacción. Pero ella tenía razón, era necesario incluirla en la misión mucho más de lo que había hecho hasta entonces. Como siempre, él pensaba que su compañero no sabía cómo reaccionar en una situación complicada, pero, por lo visto, ella sí sabía. Y él no podía olvidar que debía aprovechar su experiencia.

Tardaron quince minutos en llegar a Skull Creek, una zona marítima que se encontraba entre varias islas de pequeño tamaño dispuestas de tal manera que parecían las cuentas de un collar.

Por delante de ellos estaba el puerto. Había embarcaciones de todas clases, desde yates de treinta metros a botes de pesca o fuera bordas. Con la amenaza de las tormentas, la superficie lisa del agua parecía un espejo de mármol negro.

–Hay un hotel precioso al final de la calle –dijo Maggie.

–Pues vamos.

Maggie giró a la derecha.

–Está justo sobre el agua, a unos pasos del dique del puerto. Creo que nos conviene, así tendremos más opciones para escapar, si se da el caso.

–Bien pensado –exclamó Shep. ¿Por qué demonios no consultaba más con ella? Desde luego, Maggie tenía la cabeza en su sitio.

Llegaron, en una avenida flanqueada de villas habilitadas para turistas, a un edificio de tres plantas pintado de azul y con una gran garza azul tallada sobre la puerta.

–Qué bonito –dijo Shep.

–Sí que lo es –dijo Maggie–. Espero que haya plazas.

–Pronto lo sabremos.

–Supongo es culpa de la suerte proverbial que siempre ha tenido Maggie Harper –dijo Shep. En efecto, habían tenido mucha suerte. Aquella misma tarde una familia había cancelado su reserva y por lo tanto había una villa libre en la segunda hilera. Shep tecleó su posición en el ordenador, comunicó al FBI su número de habitación y envió un correo electrónico. El cuartel general del FBI lo recogería y establecería un nuevo perímetro defensivo.

Aparcaron el coche cerca del hotel.

–Me alegra haber venido –dijo Maggie–. Me gusta estar al lado del mar.

Justo al abrir la puerta, sonó un trueno. Sonó igual que si alguien tocara un tambor sobre sus cabezas. Sacaron el equipaje y se dirigieron a las escaleras de entrada. El lugar estaba rodeado de palmeras y robles y había muchos setos que protegían la privacidad de los inquilinos de las diversas villas.

Una vez dentro de la villa número 214, Maggie comprobó que había dos dormitorios a la derecha y uno más a la izquierda de un largo pasillo que dividía la construcción en dos. El mobiliario era de bambú y la decoración tenía un aspecto muy tropical. La cocina estaba pintada de amarillo y había un salón, con una pequeña barra, y un cuarto de estar.

–Bonito sitio –murmuró y se dirigió por el pasillo hacia la derecha.

–Espera un momento –dijo Shep. Cerró con llave y se acercó a Maggie–. No quiero que nos

separemos. Elige uno de los dormitorios que están juntos. Si ocurre algo, estaremos cerca, ¿vale?

Maggie tenía su equipaje en la mano.

–Vale –dijo, no sin cierta vacilación.

En cada uno de los dos dormitorios había dos camas. Maggie eligió la que estaba decorada en verde y dejó la maleta sobre la cama. Asomó la cabeza por la puerta y dijo:

–Voy a ducharme, Hunter. No me molestes a no ser que nos ataquen, ¿vale? –dijo, con humor.

Shep se acercó a ella. Maggie parecía cansada y comenzaban a aparecer unas sombras bajo sus bellos ojos verdes.

–Como quieras, yo voy a hacer de perro guardián. Cuando acabes me toca a mí.

Maggie imaginó lo que sería una ducha con Shep. Siempre había sido una de sus actividades favoritas después de hacer el amor y muchas veces acababan haciendo el amor de nuevo, bajo el maravilloso fluir del agua caliente. Advirtió un brillo en los ojos de Shep y se dio cuenta de que estaba pensando exactamente lo mismo que ella. Se sonrojó una vez más, y se maldijo por ello. Dio entonces media vuelta, no sin antes ver cómo sonreía Shep.

–¿Por qué no pides una pizza o algo? Tenemos que cenar y no me apetece salir.

–Buena idea –dijo Shep asintiendo–, pero luego lo decidimos.

A Maggie le encantaba ducharse. Era su manera diaria de relajarse después de su tenso trabajo en el DEI.

Nada más desnudarse oyó la tormenta que se desencadenaba ya con toda su fuerza. Sobre su cabeza, en el techo del cuarto de baño, había un vidrio sobre el que había dibujada una garza azul, que se elevaba elegantemente sobre una marisma.

Shep estaba sentado en el sofá de bambú, con algunos mapas sobre la mesita, cuando Maggie salió de la ducha. Se había puesto un par de vaqueros y una camisa rosa de manga corta. Deslizó los dedos sobre su pelo mojado y se fijó en la mirada intensa de Shep, que tenía los ojos fijos en ella. Era palpable su deseo y para ella fue un maravilloso descubrimiento. Le entraron unas ganas apremiantes de besarlo otra vez, pero la situación no parecía favorecer sus deseos. Sin embargo, en aquel mismo momento Maggie comprendió cuán volátil era la situación entre ellos. Entró la luz de un relámpago por la ventana y por las puertas de vidrio que daban paso a un espacioso porche.

–Parece que ya ha llegado –murmuró, acercándose a la barra del bar y sentándose en una banqueta.

Shep no podía pensar en otra cosa que en lo provocativa que estaba Maggie. Se había ruborizado y tenía el cabello húmedo y precioso. Incluso sin maquillaje estaba preciosa. En realidad, a él le resultaba atractiva casi de cualquier modo y en cualquier situación. Todo en ella le gustaba: el modo de mover los labios, sus gestos, la manera de sentarse en la banqueta.

–Voy por esa pizza ahora mismo –dijo–. No quiero que nadie se acerque a la puerta después de que anochezca. Según este plano –dijo, señalando un plano que había sobre la mesita–, hay un restaurante italiano en la esquina, así que nos viene muy bien. ¿Te siguen gustando las anchoas?

Maggie sonrió.

–Como siempre. La mitad con extra de anchoas y la otra mitad con extra de pimientos, ¿no? –dijo, con una sonrisa radiante.

Era como en los viejos tiempos. A Shep no le gustaban las anchoas y ellas las adoraba. Sus gustos eran como todo lo demás en su relación, completamente opuestos.

Shep se levantó y se puso la chaqueta para ocultar la pistola.

–No lo olvides –dijo–, llamaré tres veces al timbre y te daré la contraseña. Y entonces me dejarás pasar. Si no, no abras la puerta, ni respondas al teléfono mientras esté fuera, por ningún

motivo –ordenó, con los ojos fijos en ella–. Por favor.

–De acuerdo –respondió Maggie.

–No creo que tarde más de veinte o veinticinco minutos –dijo Shep, asomando la cabeza y comprobando el pasillo.

–Te vas a mojar, Hunter.

Shep sonrió.

–Sí, bueno, no importa.

–Podríamos estar en Savannah –dijo ella–, disfrutando de una hermosa tarde de verano.

–Me gusta la lluvia, aquí estamos mejor –dijo Shep y salió del apartamento. No le había dicho a Maggie que el FBI se había retrasado debido a un accidente en la autopista. No quería preocuparla ni que se enfadara al saber que estaban sin protección. Lo que no sabía no podía hacerle daño. Además, mientras siguiera sus órdenes y no abriese la puerta, estaría a salvo–. Ahora nos vemos.

Maggie cerró la puerta con llave y se sentó a ver la televisión. La conectó y se dejó caer en el sofá, quitándose los zapatos. Movi6 los dedos para relajarse y se tumbó en el sofá, haciendo esfuerzos por no quedarse dormida. Sin embargo, al cabo de unos instantes, el estrés que había sufrido durante todo el día se cobró su tributo y Maggie cayó presa de un profundo sueño.

Los golpes en la puerta la despertaron. Unos golpes apresurados y muy fuertes. Seguía lloviendo con intensidad y no habían cesado los truenos. Se puso en pie de un salto, y, no sin cierta desorientación por el reciente sueño, se dirigió a la puerta. Miró el reloj. Apenas habían pasado quince minutos desde que Shep se marchara.

–¡Abra la puerta! –dijo una voz masculina–. ¡FBI, abra la puerta! ¡Abra, doctora Harper, somos del FBI!

Maggie vaciló. ¿Debía abrir? ¿Dónde estaba Shep? ¿Por qué no estaba allí? Oh, Dios, ¿por qué se había quedado dormida?

–¡Abra, doctora Harper! ¡Somos del FBI! ¡Tenemos un problema! ¡Está usted en peligro! ¡Abra, ahora mismo!

Maggie, con la boca reseca de nervios y el corazón latiéndole muy deprisa, pensó en dirigirse a la habitación, donde tenía su pistola, pero miró antes por la mirilla de la puerta. Quien llamaba era un hombre vestido de azul y con una gorra del FBI. Era mayor, de unos cuarenta y cinco años, y tenía el ceño fruncido, parecía muy preocupado. ¿Debía abrirle la puerta? Shep había sido determinante. No debía hacerlo.

–¿Qué ocurre?

–¡Señora, su compañero, Shepherd Hunter, lo han abatido! ¡Los terroristas lo han abatido! ¡Abra, está usted en peligro!

¡Shep! Echó mano al cerrojo y fue a abrir, pero... ¿Estaba loca? No estaba siguiendo el procedimiento. Se detuvo y preguntó:

–¿Cuál es el código de seguridad?

El FBI tenía un código de seguridad al que recurría en casos de emergencia, para evitar, precisamente, que cualquiera pudiera hacerse pasar por agente. Conocer el código significaba que se era quien realmente se decía ser. Respiró profundamente y esperó, con las manos fuertemente entrelazadas.

–¡Alpha Bravo Whisky! –respondió el hombre–. ¡Y ahora, abra! ¡Un hombre ha muerto ya y es necesario que venga conmigo! ¡Vamos, doctora Harper!

El código era el correcto, de modo que Maggie descorrió el cerrojo. Pero antes de que pudiera

bajar el picaporte, empujaron la puerta con violencia. Con un grito, Maggie cayó al suelo, sin respiración. Confundida y llena de estupor, observó cómo dos hombres entraban en el apartamento. Uno de ellos era el que había visto por la mirilla, el otro iba de paisano. Trató de ponerse en pie, pero pronto la alcanzaron.

–Estese quieta, doctora Harper –dijo el hombre de paisano. Tenía acento extranjero, probablemente ruso y la apuntaba con una pistola–. Ahora sea buena chica y levántese.

El otro hombre arrojó a un lado la gorra del FBI y se quitó el mono azul. Debajo llevaba unos shorts y una camisa color morado. Era moreno y tenía canas en las sienes. Sus ojos eran verdes y a Maggie le resultaba familiar.

–Qué confiada es usted, doctora Harper –dijo, dirigiéndole una mirada penetrante. Confusa y temerosa, Maggie observó cómo el otro, el que tenía acento ruso, se dirigía a las habitaciones.

–¿Quiénes son ustedes? ¡No son del FBI! ¿Cómo es que saben el código?

Y tras hacer estas preguntas, se percató de quién era el hombre que estaba a su lado, poniéndole unas esposas con las manos a la espalda. Era un hombre al que había conocido en algunas conferencias, un especialista en el virus del ántrax.

–Pero usted es... Bruce Tennyson –ahora comprendía su acento británico–. No lo comprendo. ¿Qué hace usted aquí?

–No, doctora, no somos del FBI. Y sí, soy Bruce Tennyson, para servirla.

–¿Y Shep, está herido?

–No, doctora, también eso es mentira. ¡Venga, se viene con nosotros! –dijo el hombre, levantándose–. ¡Romanov!

–¡Lo tengo! –respondió Alex Romanov desde el dormitorio–. Todo está aquí, las muestras están aquí.

–¿Seguro? –preguntó Tennyson muy tenso mientras empujaba a Maggie apuntándola con la pistola entre los hombros.

–¡Claro! –dijo Romanov, saliendo de la habitación con una enorme sonrisa–. ¡Lo tenemos!

–No cantes victoria todavía, amigo –dijo Tennyson, sin dejar de empujar a Maggie–. Ahora tenemos que salir de aquí.

Maggie miró a sus espaldas. La puerta de la villa estaba abierta. «Oh, Dios mío, ¿por qué la he abierto?» Había desobedecido las órdenes de Shep y lo único que había conseguido era que la secuestraran. Pero, ¿cómo sabían el código? Nunca les habría abierto si no le hubieran dicho el código.

Tennyson la empujó fuera, apuntándola siempre con la pistola, conduciéndola por el pasillo hacia la salida del complejo.

Romanov sonreía.

–¡No puede ser tan fácil, no puede ser tan fácil! Conseguimos las muestras y a la doctora. El FBI va a enfadarse mucho, ¿eh, amigo mío?

Tennyson sonrió y abrió de una patada la puerta que conducía a las escaleras y al aparcamiento.

–Bastante, bastante, doctor Romanov. ¿Ha dejado nuestra tarjeta de visita?

–Claro –replicó el ruso, bajando las escaleras a toda prisa. El viento soplaba y las gotas de lluvia le salpicaban la camisa–. No va a haber dudas de que Amanecer Negro ha capturado el ántrax y a la doctora. Me parece que ese agente se va a enfadar mucho. La ha dejado a nuestra merced, empaquetada como un regalo...

Capítulo Seis

Maggie se sentó temblando en el asiento trasero de la furgoneta blanca. La tela de la blusa se le pegaba a la piel helada. Se había empapado al bajar las escaleras para meterse en la furgoneta, un vehículo que tenía el mismo aspecto que el cuartel móvil del FBI. La cabeza le daba vueltas con mil preguntas. ¡Tenía que pensar!

Trató de calmarse. La furgoneta tenía las ventanillas tintadas, de modo que desde fuera era imposible ver su interior. Sintió un escalofrío al ver al hombre que se había unido al grupo. Era bajo y fornido, con aspecto hispano, y por su manera de comportarse a Maggie no le quedó la menor duda de que, a diferencia de Tennyson y Romanov, era un asesino. Aún no podía creer que Tennyson, que hacía cinco años era uno de los mayores expertos mundiales en el ántrax, pudiera estar robando una muestra del virus, al menos eso pensaba él, con intenciones terroristas.

Trató de concentrarse en el exterior. La tormenta arreciaba y la lluvia caía casi horizontalmente de modo que apenas podía verse nada. Atravesaron el paseo marítimo muy lentamente, probablemente para no despertar sospechas. ¿Dónde estaba Shep? Miró a un lado y a otro. A la izquierda, eso sí, con cuidado, pues el sudamericano iba sentado a su lado, con ropa militar y una pistola en la mano. Sus negros ojos le recordaban que él era el depredador y ella su presa.

—¿No pueden quitarme las esposas? Se me están durmiendo las manos —le rogó a Tennyson, que iba sentado junto al volante. Romanov conducía y necesitaba toda su atención para salir de Hilton Head en medio de la tormenta.

Tennyson se volvió.

—Juan, quítale las esposas a la doctora Harper, ponle las manos delante y vuélveselas a cerrar.

Maggie se inclinó hacia delante y Juan abrió las esposas, luego volvió a apoyarse en el respaldo y juntó las manos sobre su regazo. Juan cerró las esposas de nuevo.

—Es usted una sorpresa muy agradable, señorita —dijo Juan, con una sonrisa afilada—. El doctor Tennyson pensaba que no podríamos capturarla viva, pero aquí está usted vivita y coleando.

Tratando de pensar coherentemente, Maggie se fijó en que la furgoneta salía hacia la ruta principal de la isla. A medida que se alejaban del océano la tormenta disminuía y la lluvia reducía su furia. En la distancia divisó el arco del puente que los conducía al continente. Probablemente, Shep hubiera vuelto ya y estaría preguntándose qué había ocurrido. Tragó saliva y se atrevió a preguntar lo que más le intrigaba.

—Bruce, ¿cómo han conseguido el código del FBI?

El doctor Tennyson sonrió. Parecía muy relajado. Volvió a girarse y miró a Maggie amablemente, como el padre que mira a su ignorante hija.

—Doctora Harper... ¿puedo llamarla Maggie? Qué bien nos llevábamos en todas aquellas conferencias por todo el mundo, ¿verdad?

Instintivamente, Maggie se dio cuenta de que la única salida a aquella situación consistía en

hacerles creer que no pensaba escapar y hacerlo a la primera oportunidad.

–Sí, claro, llámame Maggie.

Tennyson sonrió maliciosamente y miró a Romanov.

–¿Lo ves? Ya os lo he dicho, es una de los nuestros, solo que todavía no lo sabe.

Romanov se encogió de hombros.

–Ya veremos... –dijo. Estaba más tenso que su compañero y pisó el acelerador, alejándose de la tormenta en dirección hacia el continente donde no parecía llover.

Bruce sonrió triunfalmente.

–Bueno, la verdad es que ha sido bastante fácil. Lo que el FBI no sabe es que tenemos un topo en su cuartel general. Sabemos el código diario desde que empezamos a seguirte para conseguir el ántrax.

–¿Un topo? –repitió Maggie con estupor–. ¿Quién?

–Eso, como comprenderás, no vamos a decírtelo.

–Es muy ingenua –dijo Bruce–. Mi querida Maggie, la pelirroja Maggie, no vamos a darte ningún nombre.

–¿Por qué, porque vais a matarme?

En efecto, temía que la mataran y por esa razón no podía dejar de pensar en la huida. La furgoneta tenía tres puertas: las dos delanteras y la doble puerta trasera. No tenía puerta lateral y por eso le resultaba imposible escapar en marcha. Además, iba esposada. Y sin embargo, sabía que aprovecharía la primera oportunidad que se le presentara.

–Oh, no, por supuesto que no. Maggie, eres una de las virólogas más reputadas del mundo –dijo, y se dio unos golpecitos en el pecho–. Yo soy el mejor de mi país, el Reino Unido, y mi colega Alex el mejor de la madre Rusia.

Maggie miró a Juan.

–¿Y él?

–El capitán Juan Martínez es brasileño, querida. Él también forma parte de Amanecer Negro. Puedes tomarlo por tu guardaespaldas, tu protector –dijo Bruce, sonriendo a sus compañeros–. Aunque debo admitir que los tres hemos recibido entrenamiento especializado en Afganistán, con alguno de los mejores terroristas del mundo. Creo que esta operación es como nuestra graduación.

Maggie sintió una punzada en el corazón, pero no por miedo. Estaba pensando en Shep. A pesar de sus continuas discusiones, sabía, y no se había dado plena cuenta de ello hasta aquellos momentos en que tanto lo echaba de menos, que lo amaba. Era hora de admitirlo, pues era muy probable que no tardara en morir. Era solo una cuestión de tiempo. El único consuelo era que Shep estaba lejos en el momento del ataque de los terroristas.

–Y si mi compañero hubiera estado en el apartamento –preguntó–, ¿estaría ahora conmigo?

–¿Él? –dijo Bruce arrugando su larga nariz–. Claro que no. Él solo es una mula, un soldado, él no tiene tus conocimientos, Maggie.

–No –intervino Alex–. Él estaría muerto.

A Maggie se le contrajo el estómago. Una vez más trató de pensar, pero le resultó imposible.

Después de cruzar el puente, se dirigieron hacia el Norte.

–¿Adónde vamos?

–Ya lo sabrás.

–Me estáis secuestrando. ¿Por qué no me liberáis? Tenéis el ántrax. ¿No es eso lo que veníais buscando?

Bruce sonrió.

–Maggie, si me lo permites, quiero invitarte a que te unas a nosotros.

–¿Qué? –preguntó Maggie, estupefacta.

Bruce se encogió de hombros.

–¿Por qué no? Piénsalo, Maggie. Amanecer Negro cuenta con cincuenta de los más brillantes académicos del mundo entero: virólogos, microbiólogos, físicos. No somos la amenaza que según veo piensas. Solo somos personas que vemos que el mundo ha emprendido una senda de destrucción y queremos cambiar de dirección. Queremos y podemos. Hemos reunido más inteligencia de la que ninguna nación podría soñar con reunir y hemos desarrollado un plan, un plan global para deshacernos del podrido e infectado entorno en que nos obligan a vivir. Queremos un mundo pacífico, Maggie, no este mundo en el que vivimos ahora, lleno de odios, ambiciones, prejuicios, lleno de gente que se libra con la mayor facilidad de las prisión o de la sentencia de muerte. Queremos limpiar el mundo y empezar de nuevo y tenemos los conocimientos y los medios para llevarlo a cabo.

Maggie se sintió presa de un profundo terror. Bruce estaba loco, de eso no había duda, y probablemente todos los miembros de Amanecer Negro lo estaban, pero no se atrevió a mostrar su desdén por sus ideas.

–Liberando el virus del ántrax, ¿queréis acabar con...?

–Con varias ciudades en todo el mundo –dijo Bruce complacido–. Lo hemos probado en un pueblo de Brasil y ha sido un éxito. El cincuenta por ciento de la población falleció. El único problema es que unos agentes secretos del gobierno americano se cargaron nuestros laboratorios. También capturaron al director del laboratorio. Ahora está en una prisión cerca de Washington D. C. –dijo, y señaló el maletín metálico que Juan llevaba entre las piernas–. Por eso nos hace falta eso. Bueno, ahora que lo tenemos lo llevaremos a nuestro laboratorio secreto de Albania, que está bien oculto entre las montañas y reanudaremos la producción. Luego seguiremos con nuestros planes y lo descargaremos en algunas de las mayores ciudades de los Estados Unidos. Cuando tengamos éxito, extenderemos la acción a las mayores ciudades del mundo.

Maggie se tranquilizó un poco al saber que no tenían ántrax. Sin embargo, sabía lo fácil que resultaba reproducir el virus cuando se tenían los materiales adecuados. Afortunadamente, el maletín metálico solo transportaba una muestra de un virus parecido al ántrax pero completamente inofensivo, cosa que los terroristas tardarían días en descubrir. Esos días era el tiempo que ella y Shep tenían para solucionar la situación. ¡Shep! Su corazón se retorció de dolor. ¿Por qué no le había dicho lo que sentía por él? En realidad ella era tan terca como él cuando llegaba la hora de sacar la bandera de tregua y hablar de los sentimientos. Volver a encontrarlo había despertado lo mejor que había en ella. Aquel beso había abierto el cofre de un tesoro maravilloso que llevaba mucho tiempo escondido, un tesoro que quería recuperar y guardar para siempre. Sin embargo, ahora todo eso no eran más que vanas esperanzas. Ella había sido secuestrada por una banda de terroristas internacionales que veían el mundo como una infección que había que erradicar.

–Entonces, ¿queréis combatir el fuego con el fuego? –preguntó, con un nudo en la garganta–. Para vosotros el mundo está dominado por la maldad y vais a soltar una bacteria para acabar con todo, ¿no es eso?

–Eso es una manera algo cruda de decirlo, querida.

–Estoy de acuerdo en que el mundo sufre muchos problemas, pero piensa en la cantidad de gente inocente que morirá para librarse de algunos culpables.

–Es el precio de un nuevo orden, Maggie. No nos gusta, pero no podemos separar las manzanas podridas de las sanas.

–¡Los niños son inocentes! –exclamó Maggie, acalorada–. ¿Cómo podéis vosotros tres condenar a un montón de niños y bebés a la muerte y quedaros tan tranquilos?

Tennyson levantó sus manos.

–Maggie, querida, no seas quisquillosa. Hay que ver las cosas desde una perspectiva más amplia. El odio racial, los prejuicios, los asesinos, los pedófilos, toda la escoria de la tierra también morirá. Lo que queremos es un mundo limpio de toda esa basura –dijo, con una voz teñida de la más absoluta convicción–. No te conozco lo suficiente, pero sé que estarás cansada, como lo estoy yo, de que nuestro débil sistema legal deje en la calle a los criminales a los dos días de haber cometido el delito. ¿Quién sufre más? Nosotros, las víctimas de los asesinos. ¡Los criminales tienen más derechos que nosotros! Nuestro sistema legal apesta... –estaba al borde del grito–. Muy bien, pues todo eso se ha acabado. Los miembros de Amanecer Negro hemos jurado acabar con ello. Queremos un nuevo orden en el que la gente esté libre de esa basura infecta y vil.

Mientras veía sus ojos verdes chispeantes de fervor, Maggie trató de mostrarse comprensiva con la causa. Tenía que conseguir que Bruce creyera que estaba de su lado, al menos en la teoría.

–En algo tienes razón.

–¡Claro que tenemos razón! –exclamó Alex.

–Mis propios hijos –prosiguió Bruce– estaban en colegios americanos mientras yo estuve trabajando bajo las órdenes del gobierno americano. Me quedé estupefacto al comprobar la degradación de vuestras escuelas. Una pandilla callejera secuestró a mi pequeña Lisa.. –dijo, y la voz se le quebró–. Y a mi hijo, Christopher, que solo tiene nueve años, le robaron a punta de pistola mientras esperaba el autobús. ¡Con nueve años!

La voz del científico estaba dominada por la furia.

–¿Resulta extraña mi manera de pensar? Pagué el rescate y nos devolvieron a Lisa después de tres días. Desde el secuestro ya no es la misma. Era una adolescente alegre, afectuosa, llena de esperanza y ahora... no confía en nadie, no quiere saber nada de los chicos y ni siquiera yo puedo darle un abrazo.

Apartó la mirada, una mirada sumida en la tristeza.

–Mis hijos han sufrido gravemente en tu podrido país, Maggie. Pero lo peor es que nadie ha pagado por ello. Todavía la policía no ha arrestado a nadie por esos crímenes. Por eso decidí unirme a Amanecer Negro. Quiero un mundo mejor y no veo otra manera de conseguirlo.

–Siento lo que te ha pasado –dijo Maggie–. Lo digo muy en serio, lo siento mucho. Sé que nuestro sistema legal no es perfecto...

–Ni mucho menos –dijo él, con los ojos inyectados en sangre–. Pero hay un modo de cambiar eso. Estoy orgulloso de formar parte de Amanecer Negro. Lamento mucho la muerte de inocentes, pero a largo plazo vamos a acabar con los asesinos, con los ladrones, con los traficantes de drogas, con todos aquellos que abusan de nuestros hijos y les impiden ser felices. Quiero un nuevo orden para mis hijos, creo que ya han sufrido bastante.

Maggie sentía verdadera compasión por ellos.

–Tienes razón, Bruce, es terrible lo que pasó. Y tus hijos... Solo puedo pensar en lo duro que fue para ti y para tu mujer...

Bruce asintió.

–Por eso apoyo a Amanecer Negro. Tenemos que erradicar a las especies corrompidas de la faz de la tierra. La misión de Amanecer Negro es crear un mundo nuevo y mejor y esta es su manera de hacerlo. Cuando todo termine todo podrá volver a comenzar. Las leyes significarán algo. Ojo por ojo. Impondremos la pena de muerte y, créeme, no tardará veinte años en cumplirse, como

ahora.

Maggie asintió, no ya con compasión, sino entrando en el juego. A medida que iban hacia el Norte, advirtió, el cielo se aclaraba y el tráfico se aligeraba. Tenía que escapar, pero cómo. Bruce la trataba como si ya perteneciera a la banda.

–Lo que dices tiene mucho sentido. Me gustaría que me siguieras hablando de Amanecer Negro, de sus objetivos, de su naturaleza.

Bruce sonrió y Alex carraspeó. Juan la miró con desconfianza. Evidentemente, no creía en su súbita transformación. Los dos científicos eran más crédulos, pero el militar no se dejaría convencer. No obstante, Maggie se aferró a su plan, no le quedaba más remedio.

–¿Maggie? –la voz de Shep resonó en todo el apartamento. Había dejado la pizza en la puerta, que encontró abierta, para sacar la pistola. El pulso se le había acelerado hasta el límite de lo tolerable y los truenos crujían a su alrededor, dando la impresión de sacudir el edificio. Se deslizó de habitación en habitación, rápido y silencioso como un felino, pero no encontró nada.

«¡Maggie, oh, no! ¿Qué ha pasado?»

Sacó el teléfono móvil y llamó al FBI. En pocos minutos estarían allí, armados hasta los dientes. Estudiando la entrada, la puerta sin forzar, se preguntó qué habría podido suceder. No podía concebir que Maggie hubiese abierto la puerta. En su búsqueda volvió al dormitorio de Maggie. Allí, sobre la cómoda, vio una tarjeta de visita, y el corazón le dio un vuelco. Sobre ella había impreso un caduceo, dos serpientes enroscadas en un palo, solo que en vez de las alas que solían aparecer como símbolo de los físicos, la parte alta sostenía un globo terráqueo.

A Shep se le secó la boca. No se atrevió a tocar la tarjeta por miedo a dejar en ella sus huellas, pero aquel era el símbolo de Amanecer Negro.

Le dieron ganas de gritar de rabia, pero se contuvo como pudo y volvió al salón. Tenía que esperar al FBI, pero el terror se lo estaba comiendo por dentro. ¡Le había fallado a Maggie! Igual que con Sarah. Cerró los ojos y se dio una orden, no podía dejar que las emociones se hicieran cargo de la situación. ¡Tenía que pensar! Y hacerlo con claridad.

Oyó el ruido apagado de las botas de los agentes y salió a recibirlos a la puerta.

Se trataba de seis hombres y mujeres del FBI que llevaban rifles M-16. Vestían de negro y llevaban chaleco antibalas y casco. Su jefe, el agente Bob Preston, los detuvo. Tenía entre treinta y cinco y cuarenta años y medía más de metro noventa. De rostro enjuto, sus ojos estaban siempre alerta.

–Amanecer Negro se ha llevado a la doctora Harper y el maletín –dijo Shep. Los rostros de los agentes no escondían su decepción y su sorpresa.

–Pero, cómo... –preguntó Preston.

–Maggie les dejó entrar –dijo Shep, con la respiración agitada por la emoción–. No sé por qué, pero les dejó entrar.

Preston estudió la jamba de la puerta por unos momentos.

–Bayard, Mitchell y Connors, haced un registro puerta por puerta. Peinad la zona. Los demás, desplegaos, a ver si alguien ha visto algo en los últimos treinta minutos. En cuanto sepáis algo, llamadme.

Los agentes del FBI se desplegaron como una nube de cuervos, moviéndose en todas direcciones. Shep volvió a entrar en el apartamento, presa de la culpa y la inquietud. Preston entró tras él y cerró la puerta.

–La doctora Harper sabía que no debía dejar entrar a nadie que no le dijera el código, y el código cambia diariamente.

Shep asintió.

–He salido treinta malditos minutos. Acabábamos de llegar y pensé que esos terroristas no nos tenían localizados –dijo Shep, maldiciendo sus propios razonamientos–. Acompáñeme, han dejado una tarjeta de visita.

Preston se puso un par de guantes de látex y metió el objeto en una bolsita de plástico.

–No hay señales de lucha.

–Ninguna. Y no se han llevado nada excepto el maletín.

Preston suspiró y se acercó a la cocina. Allí dejó el rifle en el suelo y se quitó el casco.

–Las buenas noticias es que no pueden haber ido muy lejos.

–Necesitamos una pista –murmuró Shep.

¡Maldita sea! Había dejado que atraparan a Maggie. ¿Qué demonios pasaba con él? Pero es que estaba seguro de que no iba a abrirle la puerta a nadie. Los terroristas utilizaron, seguramente, alguna clase de treta, y una treta muy eficaz, porque Maggie no era ninguna tonta. Se frotaba la barbilla, no podía comprender nada.

–Solo su cuartel general móvil sabe el código, ¿no? –preguntó.

–Solo ellos y soy yo el que lo elijo. A ustedes se lo enviamos a las ocho de la mañana.

–¿Cómo nos lo envían?

–Codificado. Si piensa que alguien lo capta a través de nuestra frecuencia, olvídense. Está muy bien cifrado y es imposible descifrarlo sin saber la clave. Nadie lo ha hecho nunca.

–A no ser que... –dijo Shep, pensando en voz alta–. A no ser que haya un topo en el cuartel general que filtre el código a Amanecer Negro.

Preston se puso muy tenso.

–¿Un topo? –preguntó, molesto–. Creo que se siente culpable por haber arruinado la misión, Hunter, y trata de echarle las culpas a otro. Pero esa teoría no me convence. El FBI está limpio en esto, Hunter.

Shep trató de contenerse.

–Ningún organismo está a prueba de filtraciones y usted lo sabe. El FBI ha tenido espías en el pasado y no sería esta la primera vez, así que no trate de negar esa posibilidad.

Preston se puso blanco de ira, pero antes de poder responder, sonó su teléfono móvil.

–Preston al habla.

Shep vio cómo la expresión del agente se tornaba esperanzada y esperó, en tensión, a que acabara la comunicación.

–¿Qué tiene?

–Buenas noticias. Mitchell acaba de interrogar a una turista que le ha dicho que ha visto una furgoneta blanca con las ventanillas tintadas hace veinte minutos.

–¿Vio a alguien?

–Sí –respondió Preston triunfal–, dos hombres y una mujer pelirroja.

A Shep le dio un vuelco el corazón.

–¿Estaba bien?

Preston asintió.

–Sí, aunque llevaba las manos a la espalda, el turista dice que le parecieron esposadas, pero su aspecto era bueno. Subieron a la furgoneta a toda prisa y salieron a eso de las siete menos cuarto.

–¿De qué marca era la furgoneta?

Preston se encogió de hombros.

–No lo sabe. Ya conoce a las mujeres, los coches no les interesan lo más mínimo.

–¡Maldita sea!

–Tranquilícese, Hunter, pronto tendremos otra pista –dijo Preston con una sonrisa–. ¿Sabía que el puente de salida de la isla tiene una cámara de televisión? Voy a contactar con la policía de tráfico y les voy a pedir la grabación de esta tarde. Estoy seguro de que esa furgoneta ya está en el continente.

–Crucemos los dedos –dijo Shep, con un atisbo de esperanza.

–Usted diríjase al puente. A la derecha, antes de cruzarlo, hay una caseta azul. En ella están la cámara y un guardia de seguridad. Llámeme si encuentra algo.

–Claro –dijo Shep, precipitándose al exterior. Ni siquiera se dio cuenta de que la tormenta había cesado. Eran las siete de la tarde y quedaban aún dos horas de luz, el tiempo justo de localizar aquella furgoneta blanca.

Ya en el coche se concentró en lo que tenía que hacer. En primer lugar, debía llamar a Perseo para comunicarle a Morgan la situación. ¿Qué pensarían de él cuando supieran que había puesto en peligro la vida de su compañera de misión?, se preguntó. Lo que verdaderamente le preocupaba, sin embargo, era qué pensaría Maggie de él. Le había fallado, igual que a Sarah.

–Mire eso –dijo el guardia de seguridad Jameson Curtis, con un suave y arrastrado acento sureño. Llevaba pantalones azul marino y camisa azul claro de manga corta y señalaba uno de los monitores de televisión, aquel en que aparecían las imágenes de la última cinta grabada–. Ahí está su sospechoso, señor Hunter –dijo, y congeló la imagen–. Y ahí tiene la matrícula. Se ve que ni pintada, ¿eh? –dijo y escribió el número en una nota.

Shep le dio las gracias y sacó su móvil.

–Ya los tenemos –le dijo a Preston y le dio el modelo de la furgoneta y el número de matrícula. Luego oyó cómo Preston los comunicaba al FBI mediante otro teléfono móvil.

–Espere un momento –le pidió Preston.

Shep esperó, lleno de impaciencia, observando el monitor de televisión. La furgoneta blanca, que parecía una típica furgoneta de reparto, estaba rozada en su parte posterior derecha. No era vieja pero sí bastante usada.

–¿Hunter?

–¿Sí?

–La furgoneta está registrada en una casa de alquiler de vehículos de segunda mano de Savannah. El hombre que firmó el alquiler es Bruce Tennyson. ¿Le suena de algo?

–¡Sí, claro! –exclamó Shep–. Es un virólogo inglés que solía trabajar para los ingleses en proyectos secretos de creación de virus para la guerra bioquímica. Hace cinco años desapareció después de pasar dos años en los Estados Unidos.

–¿Y pertenece a Amanecer Negro?

–Creo que sí. Un tal profesor Valdemar lo identificó como uno de sus líderes.

–¡Bingo!

–Mande una orden de busca y captura. Mientras tanto, voy a alquilar una avioneta en Hilton Head y trataré de localizarlos desde el aire. A cuatrocientos kilómetros por hora puedo explorar una gran cantidad de terreno en poco tiempo. Tienen algún avión disponible.

–Negativo, pero me parece buena idea. Alquile una avioneta. Todavía no sabemos qué

dirección han tomado.

–Peinaré el terreno desde el aire. En cuanto sepa algo lo llamo.

–De acuerdo.

Shep volvió a agradecerle al guardia de seguridad su colaboración y se dirigió corriendo hacia el coche. Miró el cielo y vio la isla rodeada de tormentas. Volar en una pequeña avioneta podría resultar peligroso, pero no le quedaba otro remedio. En el camino hacia el aeropuerto llamó de nuevo a Perseo para mantenerlos informados.

Ya en el aeropuerto, se dirigió a una oficina de Cessna. Sacó su licencia de vuelo y entró en un despacho pequeño, atestado y lleno de humo. Un hombre canoso y con gafas de mucha graduación se acercó a él.

–¿En qué puedo servirle?

–Quiero alquilar el avión más rápido que tengan.

El hombre sonrió, estudiando la licencia de vuelo.

–Bueno, señor Hunter, lo único que tenemos son aviones Cessna 150.

–¿Y tiene alguno disponible?

–Solo uno.

–Me lo llevo.

–¿Por cuánto tiempo lo quiere?

–Veinticuatro horas. Quiero recorrer la zona, en un radio que va de Charleston a Savannah.

El hombre se encogió de hombros y sacó un formulario de alquiler.

–El tiempo está complicado, joven.

–He pilotado para el ejército –dijo Shep–, de manera que las tormentas no me asustan.

Tenía prisa y aquel hombre era insoportablemente lento. No obstante, no quería comunicarle su urgencia, no quería despertar ninguna sospecha sobre la naturaleza de su misión.

–Ya veo.

Justo en ese momento, sonó el móvil de Shep.

–Hunter.

–Soy Preston. Tenemos otra pista. Hemos enviado el mensaje de busca y captura y un oficial de la policía de tráfico del Carolina del Sur ha informado que ha visto una furgoneta blanca que corresponde a la descripción dirigiéndose hacia el Norte, hacia Charleston.

Shep extendió un mapa sobre el mostrador del despacho.

–Ya veo la ruta.

–Es una zona llena de colinas boscosas y de caminos secundarios.

–No importa, ya sé dónde ir.

–Escuche. Un helicóptero saldrá de Charleston en cuanto cese la tormenta, pero de momento no saben cuándo podrán despegar.

–No importa, llegaré a la zona muy pronto –dijo Shep, mirando de reojo al hombre de la agencia de alquiler de avionetas.

–Bien. Manténgase en contacto.

–No se preocupe. Hasta luego.

Capítulo Siete

La Cessna 150 se comportaba con mucha fiabilidad. En realidad, en el aire Shep se encontraba en su elemento. Volaba en dirección al Oeste y el sol le cegó nada más despegar, de modo que tuvo que ponerse las gafas de sol. En el asiento del copiloto llevaba el teléfono móvil y un mapa de la zona.

La avioneta, sin embargo, estaba muy descuidada y la radio no funcionaba. Afortunadamente contaba con el móvil, de modo que no estaba aislado y podía contactar con Preston que estaba coordinando toda la búsqueda desde la comisaría de Hilton Head.

Se colocó sobre la carretera I-95 y sacó los prismáticos, buscando, entre el denso tráfico, cualquier vehículo blanco. Volaba a mil pies de altura, pues las normativas de tráfico aéreo impedían volar más bajo a no ser durante el aterrizaje o el despegue y la Cessna 150 avanzaba lentamente bajo un cielo sobre el que se acumulaban nubes cada vez más amenazantes. La atmósfera era inestable, pues al aire fresco que venía del océano se oponía al aire caliente de la tierra, pero la Cessna parecía un aparato bastante sólido.

Al cabo de unos kilómetros, sin embargo, se encontró bajo la lluvia y la avioneta demostró su fragilidad frente a los elementos. Las bolsas de aire le obligaban a corregir continuamente su altura y lo elevaban o le hacían caer varios metros de un solo golpe. El vuelo comenzaba a convertirse en una montaña rusa. Cualquier piloto experimentado habría dado media vuelta, pero no Shep. Estaba acostumbrado a pilotar aviones difíciles, como el Falcon F-15, el caza más rápido del ejército y el constante balanceo a que se veía sometida la Cessna no le molestaba en absoluto. El único inconveniente era que mirar por los prismáticos resultaba algo más incómodo.

Las circunstancias del vuelo no le importaban, lo único que le preocupaba era la situación de Maggie. ¿Y si Tennyson decidía abandonar la autopista? Shep sabía que no era ningún estúpido y que seguramente era consciente de que resultaría más difícil localizarlo en una carretera de segundo orden. Tomó el mapa y lo colocó frente a él, sobre el cuadro de mandos. Dedicó algunos segundos a comprobar su posición. A la derecha estaba Broad River y Port Royal Sound, al norte del río, la isla de Parris, en la que había un campamento de los marines. A la izquierda quedaba la pequeña ciudad de Switzerland.

¿A qué velocidad podría viajar la furgoneta? El límite de velocidad estaba en ciento diez kilómetros por hora, pero la mayoría de los vehículos circulaban a ciento veinte. Su pequeña Cessna avanzaba a doscientos kilómetros por hora. Según sus cálculos, y teniendo en cuenta que Tennyson circularía por alguna carretera secundaria en cuanto pudiera, si los secuestradores habían tomado aquella dirección no tardaría mucho en encontrárselos. Pero, ¿adónde se dirigían?, ¿iban a encontrarse con alguien?, ¿en qué lugar?

Resoplando, Shep casi comenzaba a desesperarse ante la magnitud de su tarea. Dedicaba la mitad del tiempo a pilotar y la otra mitad a consultar el mapa. Se esforzaba por no prestar atención

a su angustia, por no hacerse preguntas sobre Maggie, por evitar su sensación culpable. Debía concentrarse en la búsqueda y en nada más que en la búsqueda. ¡Tenía que pensar con claridad!

No le quedaba más que una hora de luz y encontrar la furgoneta de noche era imposible. De noche, no tenían más posibilidad que confiar la búsqueda a las patrullas de carreteras, lo cual significaba rebajar mucho sus posibilidades de encontrar a Maggie. Estar en el aire suponía una gran ventaja, pero la pequeña avioneta no contaba con los medios necesarios para proseguir con una búsqueda nocturna.

Al cabo de media hora, se desvió por una carretera rural, la número 17, que discurría paralela a la I-95, dirigiéndose también al Norte. A su izquierda, el sol estaba ya muy cerca del horizonte, y frente a él las nubes parecían un ordenado y peligroso ejército que enfilara el cielo en dirección a las colinas de Carolina del Sur. Sintió pánico, pues sabía que su pequeña avioneta no podía introducirse en aquella tormenta, de modo que puso el motor a máxima potencia para ganar algo de velocidad. No dejaba de escrutar la carretera, con impaciencia e inquietud. El terreno era llano, pero cubierto de árboles, lo cual dificultaba la búsqueda todavía más.

Llegó a la reserva nacional de Combahee, una inmensa marisma cubierta de vegetación, probablemente llena de caimanes y de serpientes, y rodeada de pinos. Un excelente lugar para esconderse.

Se inclinó hacia la izquierda, lo suficiente para ver la carretera, que hacía una curva hacia ese lado y... le dio un vuelco el corazón. Saliendo de la curva, vio un vehículo de color blanco. ¿Serían ellos? Se le aceleró el pulso súbitamente y comenzó a sentir la subida de su adrenalina. Agarró los mandos con fuerza, deseando que la pequeña Cessna se convirtiera por arte de magia en su rápido avión de caza del ejército. El vehículo blanco le llevaba algunos kilómetros de ventaja y estaba a punto de cruzar un puente metálico sobre el río Combahee. Se limpió la boca con el dorso de la mano y se fijó una vez más en el frente de nubes que se adhería a las colinas justo delante de él, a muy pocos kilómetros. Antes de quince minutos se vería obligado a dar media vuelta o a descender y volar pegado al suelo, con el peligro que ello conllevaba en aquella zona ondulada. Las enormes nubes negras estaban casi encima de él y su color no hacía presagiar nada bueno. La lluvia que a buen seguro estaba descargando le obligaría a descender para ver algo bajo sus pies y eso suponía un verdadero riesgo para la estabilidad y el control de su frágil aparato.

Se acercaba más y más al vehículo blanco. Tomó los prismáticos y buscó el coche desesperadamente. ¡Era una furgoneta blanca! ¡Tenía que ser Tennyson! Sus cálculos habían sido correctos.

Una violenta corriente de aire sacudió la avioneta y Shep se vio obligado a dejar los prismáticos y agarrar bien los mandos. El avión fue empujado hacia la derecha, como un juguete en manos del destino. Los prismáticos golpearon con el móvil y ambas cosas cayeron al suelo de la avioneta.

—Maldita sea.

Tras salir de la bolsa de aire, soltó los controles y buscó el teléfono móvil con la mano derecha, a tientas. Cuando lo encontró, marcó el número de Preston, pero la pantalla siguió en blanco. Volvió a intentarlo varias veces.

—¡Maldito cacharro!

Lo intentó sin cesar, pero nada consiguió. Agarró los mandos con la mano izquierda y abrió el compartimento de la pila del teléfono con la otra. Aparentemente, estaba en su sitio. Volvió a marcar el número de Preston, pero sin resultados. La rabia iba apoderándose de él. Con el golpe

de los prismáticos, el maldito móvil debía haberse estropeado y ahora no había forma humana de comunicarle su descubrimiento al FBI.

Con gran pesadumbre, examinó sus opciones. No eran muchas. Podía aterrizar y buscar un teléfono. Pero, ¿dónde? En aquella zona no había ni aeródromos ni un lugar propicio para aterrizar, la zona era una maldita marisma rodeada de bosques de pinos. Tampoco podía abandonar a la furgoneta allí y volver a Hilton Head, porque Tennyson podría apartarse de nuevo de aquella ruta y buscar una carretera aún más aislada. Por otra parte, faltaba media hora para que se hiciera de noche. ¿Qué demonios podía hacer?

–Bruce –dijo Maggie, recurriendo al tono de voz más dulce de que era capaz–, tengo que ir al baño. ¿No podríamos parar?

Había conseguido hacer creer a Tennyson que tenía cierto interés por la ideología de Amanecer Negro y como resultado de ello el científico le había ordenado a Juan que le quitara las esposas. El brasileño, no obstante, no se fiaba de ella, era evidente y no le quitaba la vista de encima. Tennyson se giró y ella lo miró con una sonrisa. Se encontraban en una zona boscosa y le parecía un buen lugar para intentar la fuga. Por otra parte, tenía miedo, tanto, que su corazón latía a gran velocidad.

Desde hacía cinco minutos estaban metidos de lleno en una tormenta y los truenos resonaban en la lejanía. Los pinos se encontraban a menos de cien metros de la cuneta y, en caso de alcanzarlos, supondrían una buena protección contra las balas. El único problema era llegar hasta ellos.

La seguirían, desde luego, pero durante el trayecto había averiguado que Tennyson tenía que encontrarse en Charleston con otro comando de Amanecer Negro y, teniendo el maletín con el virus, sabía que si tardaba en encontrarla, desistiría de su búsqueda.

Si no escapaba, se la llevarían con ellos a Albania. Eso si creían que estaba verdaderamente interesada en unirse al grupo. Porque si no lograba convencerlos de ello, le pondrían una pistola en la cabeza y le meterían una bala en la sien en cuanto llegaran a Charleston.

–¡Eh, mirad eso! –exclamó Alex, y pisó los frenos a fondo. La furgoneta estuvo a punto de volcar sobre el asfalto mojado.

Llovía tanto que la visibilidad se hacía muy difícil, pero Maggie pudo ver que había una vaca en mitad de la carretera. Eso, se dijo, podría ayudarla. A su derecha había un vallado de madera, que debía haberse roto en alguna parte, y detrás de la vaca había algunos otros bultos que debían ser animales del mismo rebaño que habían escapado por el hueco de la valla.

–¡Maldita sea! –exclamó Tennyson–. Juan, vamos a apartarlas. No quiero tocar el claxon, alguien podría pensar que estamos pidiendo ayuda y venir.

Alex asintió.

Juan bajó de la furgoneta por las puertas traseras.

¡Aquella era su oportunidad!, pensó Maggie. Esperó a que Tennyson y Juan se cubrieran la cabeza con las chaquetas y a verlos por delante del parabrisas, espantando a las vacas. Miró a su alrededor y vio un trozo de tubo de unos cincuenta centímetros, suficiente. También el maletín del falso ántrax estaba a sus pies. Con las manos heladas, observó a Alex. Estaba concentrado en lo que ocurría delante del coche, donde las vacas se resistían a obedecer a los hombres. No se veía ningún coche.

Maggie trató de controlar su miedo. Se agachó con cuidado y recogió el trozo de tubo. Alex la oyó y se dio la vuelta.

—¡Eh!

Fue lo único que pudo proferir, porque Maggie le atizó un golpe agarrando el tubo con ambas manos. Le dio justo en mitad de la cabeza y el golpe sonó seco y metálico. Romanov gruñó y cayó inconsciente sobre el asiento.

—¡Oh, Dios mío!

Maggie agarró el maletín y se dirigió hacia la parte trasera de la furgoneta. Le temblaban las piernas. ¡Tenía que escapar! En cuanto sus pies tocaron el suelo, salió corriendo hacia los árboles, en un ángulo que impedía que los terroristas pudieran verla. ¿Cuánto tiempo podría pasar antes de que Tennyson se diera cuenta de su huida?

La lluvia le golpeaba la cara. Corría con la boca abierta, esperando que no oyeran el ruido de sus pasos al correr. Nadie acudiría en su rescate, lo sabía y tenía que alejarse de allí lo más deprisa posible. Los árboles estaban ya a menos de cincuenta metros. ¡Oh, Dios!, suplicó, ¡oh, Dios! No sabía hacia dónde se dirigía, la lluvia caía tan intensamente que apenas le dejaba ver. Sus cabellos eran una masa mojada que le pesaba cada vez más.

«¡Alto ahí!»

El grito de Tennyson le pareció muy lejano, ahogado por la lluvia.

Maggie se estremeció, pero siguió corriendo. Oyó dos disparos y el silbido de las balas. Solo le quedaban diez metros para llegar a los árboles. La hierba estaba muy resbaladiza y estuvo a punto de caer dos veces. Casi sin aliento, trató de correr más aprisa todavía. Sonó un trueno y volvió a estremecerse, asustada, creyendo que eran nuevos disparos. Vio un hueco entre los árboles y se metió por él, corriendo como un demonio.

¡Salvada! Al cabo de unos metros, se detuvo. La lluvia le golpeaba la cara y los pulmones le ardían. Su respiración era tan agitada que apenas podía oír nada más. Pero al cabo de un instante oyó la voz de Tennyson. Confusa, pero no demasiado lejana. Era un hombre fuerte y parecía en forma, de modo que no le quedaba más remedio que volver a correr.

Los árboles se la tragaron. Los arbustos crecían aquí y allí y el suelo estaba cubierto de agujas de pino secas. Apenas había sotobosque. Volvió a oír dos disparos y advirtió que las balas daban en unos pinos, a pocos metros.

Sentía las rodillas cada vez más temblorosas, por el miedo, la tensión y el cansancio. Tenía las manos congeladas y apenas sentía los dedos, pero seguía adelante, sin pensar, corriendo y corriendo, hasta el límite de sus fuerzas. Oyó un rumor extraño por delante de ella. ¿De qué se trataba? ¿Un pueblo? ¿Otra carretera? Siguió corriendo, y se estremeció al ver que el bosque se despejaba por delante de ella. ¿Dónde protegerse? Siguió un poco más. ¡Un río!

Se le ocurrió un plan instantáneamente. Miró hacia atrás. Llovía tanto que no podía ver a sus perseguidores. Pero si ella no los veía, ellos tampoco la veían a ella. Cambió de dirección y siguió hacia el río. Al llegar cerca de la orilla, en una zona llena de barro, tiró la maleta en unos arbustos.

Luego retrocedió y se dirigió de nuevo hacia la espesura del bosque. Oyó a Tennyson. Estaban a su izquierda. ¡Bien! Ellos seguían avanzando y ella había comenzado a retroceder, quizás los hubiera evitado. Ahora tenía que encontrar un lugar donde esconderse. El terreno se hacía cada vez más accidentado, salpicado de negras rocas aquí y allí. ¡Tenía que esconderse! Juan era un mercenario bien entrenado y sería capaz, tarde o temprano, de seguir su rastro y encontrarla, de manera que volvió a correr.

Se acordó de Shep. ¡Cuánto lo quería! En realidad nunca había dejado de quererlo. ¿Tendrían ocasión de volver a intentarlo? ¿Podría decirle lo que sentía por él? Siguió corriendo, pero ya

apenas podía. Le quemaba el aire en los pulmones y las piernas apenas la sostenían, pero Maggie sabía que tenía que seguir corriendo o moriría.

Alex Romanov gruñó. Se tocó la frente. Estaba sangrando. ¿Qué había pasado? Se incorporó y miró por el parabrisas. La lluvia caía con furia. Las vacas habían abandonado la carretera. ¿Dónde estaban Bruce y Juan? Miró hacia atrás y recordó lo que había sucedido. La doctora Harper le había golpeado y ¡se había ido!

Un trueno cayó muy cerca. Sacó su pistola de la cartuchera que llevaba debajo del hombro y se dio cuenta de que sus amigos debían de estar buscándola. Justo cuando iba a abrir la puerta, oyó un ruido muy extraño. No era un trueno. ¿Qué demonios era? Limpió el parabrisas con el dorso de la mano y miró hacia el cielo. Y vio, saliendo de entre las nubes, un pequeño avión rojo y blanco. Se quedó mirándolo y comprobó, al cabo de unos minutos, y lleno de asombro, que trataba de tomar tierra allí mismo, en la carretera. Estaba a menos de medio kilómetro de la furgoneta. ¿Qué demonios estaba haciendo?

Alex agarró la pistola y miró al avión. ¿Qué debía hacer? ¿Quién venía en aquel avión? No lo sabía, pero no pensaba pararse a preguntárselo. Incluso si se las arreglaba para aterrizar en condiciones tan adversas, aquel piloto era hombre muerto.

Apretando los dientes, Shep mantuvo la Cessna tan estable como pudo. Las ráfagas de viento lo empujaban arriba y abajo y por cada presión hacia abajo tenía que compensar tirando de los mandos. Además, el viento era racheado y el poco peso de la avioneta no servía para que se mantuviera con un rumbo fijo, de manera que tenía que irlo corrigiendo continuamente. Sus oportunidades de aterrizar sin novedad sobre aquel asfalto mojado y resbaladizo eran de tres a uno en contra.

Consultó el altímetro. Estaba a doscientos pies de altura y a medio kilómetro de la furgoneta. La lluvia arreció y el viento no dejaba de soplar. Estaba intentando aterrizar en una carretera estrecha en las peores condiciones posibles. Las ráfagas de viento apenas afectaban a los grandes aviones comerciales, pero para una avioneta como la Cessna 150 nada podía ser más peligroso.

Fue cortando el gas a medida que se acercaba al pavimento. Tenía la frente cubierta de sudor y la mirada concentrada delante de él. La lluvia era tan densa que no veía la carretera. Hasta que, de repente, apareció delante de él.

En el último segundo, un golpe de viento lo empujó por la cola. El avión cabeceó y se elevó.

¡No!

Para compensar, empujó los mandos, y la carretera apareció como una pared delante de él. ¡Maldita sea! Había compensado demasiado deprisa, de modo que volvió a tirar de los mandos. Siguió viendo el asfalto frente a él y tiró de nuevo de los mandos. El avión recuperó altura y nada más hacerlo, Shep cortó el gas. Se quedaba sin terreno y debía aterrizar. Empujó los mandos hacia adelante y...

La Cessna tocó el asfalto con un ruido crujiente y metálico. El viento lo empujaba hacia la izquierda, de modo que corrigió con el timón de cola para evitar verse arrastrado hacia la hierba. Luego tiró de los frenos y los alerones frenaron el avión, que se detuvo poco a poco. En cuanto se detuvo, metió el móvil bajo el chaleco y sacó la pistola. A menos de doscientos metros de él estaba la furgoneta blanca, detenida en mitad de la carretera. Miró con detenimiento y vio que

dentro de la furgoneta había un hombre.

El corazón le dio un vuelco. No le cabía duda de que era la furgoneta de Amanecer Negro, pero qué hacía allí. No le daba buena espina. ¿Habían decidido matar a Maggie y dejarla allí o las vacas que había junto a la carretera les habían impedido seguir adelante? Pero si era así, ¿por qué seguían allí parados?

Sonó un trueno. El conductor de la furgoneta no se movía. A Shep se le erizó el vello de la nuca. Salió de la avioneta pistola en mano, así el hombre sabía que se trataba de un agente del FBI que había reconocido la furgoneta. Pero estaba intranquilo. A su izquierda había un bosque, apenas a cien metros de la cuneta. Se dirigiría hacia él y esperaría, o al menos ganaría tiempo hasta decidir qué podía hacer.

En cuanto la lluvia arreció, ocultando la furgoneta, echó a correr hacia los árboles. Mientras corría trató de localizar ruido de disparos, pero no se produjo. Nada más llegar al bosque se limpió el agua de la cara. Respiró profundamente para calmar su agitada respiración y miró en la dirección de la furgoneta. La lluvia se había calmado un poco y desde aquel ángulo pudo comprobar que tenía las puertas traseras abiertas y que solo había una persona dentro del vehículo. ¿Qué había pasado con Tennyson? La mujer que había visto cómo se llevaban a Maggie había hablado de dos hombres.

Sintió pánico al pensar que dos de los terroristas se habían llevado a Maggie al bosque con la intención de matarla y comenzó a trotar hacia el río, pues sabía que había un río a algunos cientos de metros. Corría en estado de alerta, atento a todo, y al cabo de unos metros oyó voces masculinas y un par de disparos.

Se detuvo. Tenía la respiración agitada y el agua resbalaba por su rostro. Miró a su alrededor, tratando de localizar de dónde provenían los disparos, pero la lluvia distorsionaba los ruidos.

Hubo dos disparos más. ¡A la izquierda!

Profirió una maldición y se echó de nuevo a trotar. ¡Estaban persiguiendo a alguien! Confusamente, le llegaron las voces de dos hombres. Parecían alejarse de su posición, pero no podía asegurarlo. Ojalá la tormenta cesara de una vez.

En cualquier caso, siguió corriendo. Dos miembros de Amanecer Negro perseguían a Maggie, de ello no le cabía la menor duda. En lo más profundo rezaba porque Maggie estuviera corriendo, lejos de allí, a salvo de sus perseguidores. Porque sabía muy bien que si había intentado escapar y los terroristas la atrapaban, la matarían allí mismo, sin más contemplaciones. No habría piedad hacia la mujer a la que amaba más que a su propia vida.

Siguió corriendo, ya sin saber si su visión era borrosa por la lluvia o por las lágrimas que inundaban sus ojos. Acababa de descubrir que nunca había dejado de amar a aquella mujer y quería con toda su alma que le fuera concedida una segunda oportunidad. Para ganársela, sin embargo, tenían que enfrentarse a uno de los grupos terroristas mejor entrenados del mundo. Quizás su excelente condición física le diera más oportunidades que a otra persona de enfrentarse con éxito a aquellos asesinos, quizás le valiera su educación en el campo y su propio entrenamiento, pero, aún así, si aquellos terroristas se proponían encontrarla, podían hacerlo.

Volvió a detenerse y respiró profundamente, tratando de calmarse. Un relámpago brilló de repente iluminando la zona con la luz de mil antorchas. Cegado por la luz, se echó al suelo y el trueno que resonó poco después recorrió su cuerpo como el golpe de un boxeador. Perplejo ante la cercanía del rayo, se puso en pie enseguida. Maldita sea, ¿tenía que enfrentarse también a la tormenta? Mientras se limpiaba la cara trató de discernir los sonidos de la Naturaleza de los de los terroristas.

¡Gritos! A su derecha. Parecían seguir el curso del río. Su instinto le decía que lo mejor era no acercarse directamente, sino seguirlos a distancia. Si Maggie estaba huyendo de ellos, no seguiría por la orilla. ¿Se había zambullido y seguía nadando río abajo? No lo sabía. Se limpió los ojos de nuevo y siguió andando. Tenía que dar con Maggie antes que los terroristas. Era una tarea imposible pero tenía que intentarlo. Tenía que intentarlo porque la amaba y no podía imaginar la vida sin que su vívida y vibrante presencia iluminara la oscuridad de su triste alma.

Capítulo Ocho

Maggie emitía bufidos por el esfuerzo mientras cruzaba una corriente de agua que desembocaba en el río. La tormenta era cada vez más violenta y la lluvia caía sobre ella helada e hiriente. Protegiéndose los ojos con un brazo, avanzaba dificultosamente, vadeando el arroyo. Resbaló y cayó al agua. El lecho del río estaba blando, lleno de lodo. ¿A qué distancia estaban sus perseguidores? Se levantó como pudo y llegó al otro lado. Para ayudarse se agarró a unos arbustos, pero nada más hacerlo se hizo una herida en la palma de la mano.

—¡Agh!

Volvió a meter la mano en el agua para lavar la sangre y salió como pudo de la corriente.

Un relámpago iluminó la zona. Estaba tan cercano que Maggie se asustó y cayó al suelo. Al cabo de un instante, el trueno resonó con tanta fuerza que la hizo temblar. Levantó la cabeza y se limpió el agua de la cara, tratando de orientarse. Probablemente Tennyson estaría siguiendo el curso del río, pero no podía estar segura. Tenía que encontrar un lugar donde esconderse. El terreno se hacía cada vez más accidentado, de modo que quizás tuviera suerte.

Se puso en pie. Le dolían las piernas y se dio cuenta de que estaba exigiendo a su cuerpo más de lo que podía resistir. Necesitaba descansar un cuarto de hora, recobrar un poco para emprender de nuevo la carrera. Miró a su alrededor, la lluvia seguía cayendo sin cesar. «¡Espera!»

Estuvo a punto de gritar. ¿Eran imaginaciones suyas? La luz era ya muy tenue y había muchas sombras. El enemigo podía estar en cualquier parte. Se agachó y siguió mirando. Frunció el ceño, agarrándose a las agujas del suelo para no caerse. «¡Allí!» Sí, algo se había movido. Pero, ¿el qué? No era cerca del río, sino en el lado opuesto. ¿Sería Alex? Cada vez estaba más oscuro. Ojalá pudiera ver mejor.

Justo entonces otro relámpago iluminó el bosque. Maggie se quedó de piedra. A doscientos metros de ella, pistola en mano, avanzando entre los árboles, ¡estaba Shep! ¿Cómo era posible? ¿Serían imaginaciones suyas? ¿Era solo la imagen de sus deseos porque sabía que iba a morir? Se quedó helada. Tenía que ser Shep, tenía que ser Shep.

Se puso en pie, ¿cómo llamar su atención? Si Shep podía oírla, también los terroristas. Se deslizó agachada, alejándose del arroyo, y al poco comenzó a correr al trote, hacia él.

Algo le dijo a Shep que debía mirar a su derecha. Se quedó boquiabierto al ver que una sombra se acercaba a él. ¡Maggie! ¡Era Maggie! Parecía una ardilla, con el pelo mojado y pegado al cráneo, las ropas manchadas de barro y los ojos grandes y llenos de pánico. ¡Pero estaba bien! Giró sobre sus talones y se dirigió directamente hacia ella, con largos y apresurados pasos.

Antes de alcanzarla se produjo un nuevo relámpago. Shep controló sus deseos de olvidar todos los peligros y abrazarla. Y no obstante, sabía que no podía remediarlo, de modo que cubrió la distancia que los separaba a toda prisa y la recibió en sus brazos.

–¡Oh, Shep! –dijo Maggie entre sollozos–. ¡Estás aquí, estás aquí! –dijo, estrechándose contra su pecho, reconfortante y protector, llorando y riendo a un tiempo.

–Chist.

Shep la arrastró detrás de un gran tronco. Maggie se sentía tan bien entre sus brazos... Shep sentía sus dedos hundiéndose convulsivamente en los pliegues de su camisa, en su pecho. Se agacharon y se apoyaron en el tronco, que les servía de protección.

Shep la rodeó con sus brazos y los dos se quedaron muy quietos. Maggie temblaba de frío y de tensión.

–Todo va a salir bien, todo va a salir bien –dijo Shep, sin dejar de besarla en los cabellos–. Dios mío, creía que estaba todo perdido. Me alegro tanto de que estés viva, me alegro tanto...

Una ola de emoción lo embargaba. Era capaz de cualquier cosa por calmarla, por curar el miedo de aquella mirada. Se agachó todavía más y la besó en las mejillas, y luego en la boca. Sus bocas se encontraron ansiosamente, casi violentamente. Los dos recuperaban, cuando todo parecía perdido, el sabor de la vida. Shep la sentía temblar en sus brazos mientras su boca le entregaba todo su ser y lo tomaba, salvajemente, con un hambre antigua. ¡Maggie estaba viva, entre sus brazos!

Y ella se sentía tan bien junto a él. Igual que una muñeca mojada y frágil en brazos de su creador.

Shep se separó un poco de ella y la miró a los ojos. En aquel momento parecía tan desvalida. Le limpió con la mano el agua que resbalaba de su cabello y por su frente y solo entonces se percató de que estaba llorando, probablemente de alivio y alegría.

–¿Cómo... –preguntó ella entre sollozos– ...cómo me has encontrado?

Shep siguió quitándole el agua de la cara, muy dulcemente.

–¿Pensabas que te iba a abandonar, mocosa? Por nada del mundo –respondió él con la voz rota por la emoción. Se apoyó en el tronco del árbol. Estaban seguros allí, pero no por mucho tiempo. Hablaban en susurros y la lluvia y el viento amortiguarían sus palabras, mientras se sumergían el uno en los brazos del otro, buscando su calor, absorbiendo su presencia. Y allí, a su lado, sintiendo temblar a su amada, parte de la culpa que siempre acompañaba a Shep se disolvió con la lluvia.

–¡Abrázame, Shep, abrázame! Estoy muy cansada... –pero él hacía que recobrar el vigor con sus increíbles fuerzas. Simplemente estar a su lado, mientras la noche iba cayendo poco a poco era maravilloso.

Finalmente, al cabo de unos minutos, levantó la cabeza y miró sus oscuros y familiares rasgos. Shep, sin soltarla, parecía tenso, alerta, pendiente de todo cuanto los rodeaba, comportándose como el guerrero que era, como su caballero y su protector. Nunca en su vida se había sentido Maggie tan protegida como en aquellos momentos.

–¿Cómo me has encontrado? –preguntó, ya más tranquila y recobrada.

Shep la miró por unos momentos antes de seguir escrutando el bosque. No había lugar seguro mientras los tres terroristas estuvieran buscándolos.

–He tenido mucha suerte. Una mujer vio cómo te metían en la furgoneta y resulta que tienen una cámara en el puente de entrada a Hilton Head, así que pudimos verla.

Maggie se aferró a él, hundiéndose contra su confortable cuerpo.

–¿Y nos seguiste?

Shep sonrió.

–Alquilé una avioneta y me dirigí al Norte, un policía vio la furgoneta dirigiéndose en esta

dirección, así que volé siguiendo la autopista hasta encontrarte.

–¿En avioneta? ¿Con esta tormenta?

–He aterrizado en la carretera, a doscientos metros de la furgoneta.

Maggie estaba perpleja.

–¿Te han disparado?

Shep estrechó el abrazo y la besó en la frente. Muy lentamente, la tormenta se desplazaba hacia el Este, de modo que la lluvia era cada vez más ligera.

–No –susurró Shep–. Había un hombre en la furgoneta, pero me amparé en la lluvia para escapar y correr hacia el bosque.

–Oh... –suspiró Maggie, cerrando los ojos–. Le golpeé con un tubo. Se llama Alex Romanov. Le di un golpe en la cabeza y escapé por la puerta trasera. Un rebaño de vacas cortaba el paso y tuvieron que bajarse a espantarlas.

Maggie se estremeció al recordar su osadía.

–He pasado mucho miedo –dijo entre sollozos–. Sabía que si me atrapaban, me matarían. Tennyson es un fanático. Dejé que creyeran que sentía cierta simpatía por su causa y me quitaron las esposas. Cuando vi que se bajaban a espantar el ganado, decidí aprovechar mi oportunidad –abrió mucho los ojos y miró a Shep–. Nunca había tenido tanto miedo. Estaba segura de que me encontrarían.

Shep, con el gesto muy serio, le apartó el caballo de la cara.

–Eres la mujer más valiente que he conocido. Pocos se hubieran atrevido a hacer lo que tú has hecho.

Maggie se limpió las lágrimas con el dorso de la mano.

–Recordaba en beso que nos dimos en Savannah, Shep, y los buenos tiempos y... y no quería morir. Tennyson tiene que encontrarse con otro comando de Amanecer Negro en Charleston, en un sitio que se llama Plantación Kemper. Y luego querían que subiéramos a un avión que se dirige a Albania. Creo que son diez los miembros de Amanecer Negro que los esperan en Charleston.

Shep la miró con una sonrisa.

–Maggie, voy a sacarnos de esta o moriré en el intento.

Maggie se estremeció. Se sentía segura, pero las palabras de Shep le daban miedo. Por otro lado, tenía grandes esperanzas. Nunca volvería a engañarse a sí misma, amaba a Shep por encima de todo.

–Tenemos que salir vivos, Shep, porque quiero que nos demos una segunda oportunidad. ¿Me oyes?

Shep sonrió.

–Mocosa, eres mi vida. No importa lo que ocurra a partir de ahora, vamos a ser un equipo. Voy a escucharte siempre y no a tomar decisiones por mi cuenta, como suelo hacer. He aprendido la lección.

Qué maravillosas le parecieron a Maggie aquellas palabras. La noche era fría y temblaba sin poder evitarlo, a pesar del cálido y protector abrazo de Shep.

–Seguro que te enfadaste conmigo por haber abierto la puerta –susurró, pidiendo disculpas y le contó lo que había sucedido.

Shep se quedó muy sorprendido.

–¿Tenían el código?

–Sí –susurró Maggie–. Créeme, solo por eso abrí la puerta. Tennyson dijo que tienen un topo en el FBI, por eso sabían el código.

Shep maldijo entre dientes. Se movió ligeramente, las piernas comenzaban a entumecersele.

–Preston tiene que saberlo.

–¿Van a venir a ayudarnos?

–Eso espero.

–¿Solo lo esperas?

–La radio de la avioneta no funcionaba, mocosa, ni el móvil. Antes de aterrizar he visto una granja a kilómetro y medio de aquí, tenemos que cruzar la carretera y llegar hasta allí, y llamar al FBI.

–Pero, ¿y los de Amanecer Negro? ¿Cómo vamos a cruzar la carretera?

–Con cuidado –respondió Shep, y se levantó poco a poco. Maggie parecía una niña a su lado, pero tenía el corazón de un valeroso guerrero. ¿Cuántas otras mujeres habrían hecho lo que ella por escapar?

–Maggie, corazón de león –le susurró al oído–. Vámonos. Sígueme, justo detrás de mí, con la mano metida en el cinturón. Si me agacho de repente, hazlo tú también, ¿de acuerdo? Y si oyes algo, tira del cinturón y nos agachamos los dos juntos. La tormenta está pasando y pronto se hará el silencio así que dentro de poco podrán oírnos.

Maggie comenzó a sentir miedo una vez más. Pero su corazón latía ahora con alegría, porque Shep estaba con ella y su confianza en él era casi ilimitada. Ahora sí formaban un verdadero equipo. Metió la mano en su cinturón y sus labios pronunciaron en silencio las palabras «te quiero».

Shep tenía razón. Al cabo de unos minutos, la tormenta se desplazó en dirección a la costa. Una densa oscuridad se cernió sobre el bosque y les obligó a moverse lentamente, de árbol en árbol. Apenas veían más allá de dos metros y gracias a que iba agarrada a su cinturón, Maggie no tropezaba con Shep a cada paso. Los pasos de este, por su parte, eran cortos, con el fin de que Maggie lo siguiera con facilidad. Era asombroso con cuánto silencio se desplazaba. Su cuerpo era flexible y ágil, como el de un felino.

De vez en cuando oían la voz de Tennyson, que les llegaba a través de los bosques y se arrodillaban, esperando. El inglés parecía estar cerca del río. Al acercarse a la autopista, oyeron la voz de Alex Romanov, su compacto acento ruso. Solo entonces se dio cuenta Maggie de lo cerca que estaban de la furgoneta. Al cabo de unos segundos, pudo ver, además, la silueta negra del vehículo, recortándose contra el cielo nocturno. Al ver el haz de una linterna se quedó helada y contuvo el aliento.

Shep tomó su mano.

–¡Vamos! –impelió en voz baja. El hombre de la linterna se alejaba hacia el río, era su oportunidad de cruzar la carretera.

Sorprendida, Maggie se apresuró a seguir el paso de Shep. ¡Iba a cruzar mientras Alex podía verlos! ¿Estaba loco? Pero no había tiempo para hacer preguntas. Echaron a correr, aprovechando la pendiente que conducía al bosque y cruzaron a toda prisa el asfalto mojado. Al otro lado, Shep la guió hasta el hueco del vallado y se metieron por él.

Sofocada, con el corazón en un puño, Maggie se sentía arrastrada por su fuerza y determinación. Al cabo de unos segundos se internaron en el bosque de pinos y se sintió segura, aunque su miedo tardaba en disiparse. En realidad, todavía no estaban a salvo. Al cabo de unos minutos llegaron a un prado. También allí había vacas, pastaban o estaban ya en el suelo, listas para pasar la noche.

–¡Ahí! –dijo Maggie– Hay luces.

Shep se detuvo. Estaba tranquilo, pero oyó la agitada respiración de Maggie y prefirió esperar

a que recobrase el aliento. No obstante se agachó. En mitad de aquel prado eran unos blancos muy fáciles.

–Es la granja –dijo–. ¿Estás cansada? Tenemos que seguir.

Maggie, asintió.

–Sí, vamos.

Alternaban la carrera con el caminar, sin perder de vista las luces y sin dejar de mirar atrás. La distancia parecía interminable. Un kilómetro, quizá más. Tuvieron que atravesar varias vallas, siempre arrastrándose por el suelo, para que no los vieran. Las vacas se percataban de su presencia, los seguían con la mirada y seguían pastando, como si instintivamente supieran que Maggie y Shep no representaban ninguna amenaza.

La granja estaba rodeada de robles. Al llegar a unos doscientos metros, un perro comenzó a ladrar. Maggie sintió miedo, pero Shep apretó su mano para confortarla. La puerta de la granja se abrió y un hombre de pelo cano se asomó a mirar. A su lado apareció un collie, que no dejaba de ladrar.

Shep subió las escaleras del porche y se detuvo frente al hombre, que debía tener alrededor de sesenta años. Tenía el rostro curtido, gracias a una vida de trabajo al aire libre posiblemente. Llevaba un peto vaquero y gafas, y con una sola orden mandó callar a su perro.

–¿Qué quieren?

Shep había guardado la pistola, no quería asustar al hombre.

–Me llamo Shep Hunter y trabajo para el FBI –dijo, mostrando su placa–. Necesitamos un teléfono con urgencia. ¿Podemos utilizar el suyo?

–¡Elmer!

Era la voz de una mujer, que llamaba desde el interior de la casa.

–No es nada, Trudy. Solo la policía... ¿Hay algún problema? –le preguntó a Shep.

–Sí. Pero no nos quedaremos mucho tiempo. Solo necesitamos hacer una llamada, señor...

–Elmer Hawkins –dijo, y a su lado apareció una mujer delgada, en vaqueros y con una sudadera–. Estos jóvenes tienen problemas, Trudy. Necesitan hacer una llamada.

Shep le dio las gracias al granjero y lo siguió al interior. En el porche, todos ellos eran un blanco muy fácil. Al entrar y cerrar la puerta se sintió mucho mejor.

–Están más mojados que una rata de río –dijo Trudy, con una cálida sonrisa–. Dejen que les prepare una bebida caliente.

–Se lo agradezco, señora, pero necesitamos llamar cuanto antes –dijo Shep.

Trudy señaló hacia la derecha.

–Por ahí, en el comedor, en la mesita –dijo y se giró hacia Maggie–. Estás helada, jovencita. Voy a traerle algo de abrigo.

Maggie sonrió débilmente. Se había cruzado de brazos, para darse calor, pero le castañeteaban los dientes. Estaba al borde de la hipotermia.

–Sí, gracias, señora Hawkins. Muchas gracias.

–Hazles un té, Trudy –dijo Elmer–. Yo les traigo unas chaquetas. Hace una noche de perros.

Maggie se dirigió hacia el acogedor cuarto de estar. El mobiliario era victoriano y había flores frescas sobre la mesa. En la televisión emitían un concurso, pero el sonido estaba muy bajo. Shep había logrado establecer comunicación y hablaba desde el otro lado de la casa. Maggie no quería sentarse en el sofá por no dejarlo mojado, porque allí donde fuera dejaba las huellas de sus zapatos encharcados, de modo que se acercó a Shep, que hablaba con Preston.

Elmer volvió enseguida.

–Tome, póngase esto.

–Oh, gracias –dijo Maggie con una sonrisa. Se trataba de un impermeable con forro de punto y en cuanto se lo puso notó que entraba en calor.

–Aquí, tienes, querida –dijo Trudy, llevándole una taza de té–. Le he puesto miel, espero que te guste.

Maggie se agarró a la taza colorada como si fuera su tabla de salvación.

–Muchas gracias –susurró Maggie, deslizando los dedos helados por la caliente superficie–. No puede hacerse idea de lo que supone esto para mí en estos momentos.

Había dejado de temblar y se puso a soplar el té, que estaba demasiado caliente como para poder llevárselo a la boca. Lo probó de todas formas. Era de hierbas, y estaba tan dulce que no pudo evitar una sonrisa.

–Está muy bueno –dijo, agradecida.

Complacida, Trudy se mesó los cabellos con orgullo.

–Es una receta de mi madre. Manzanilla y romero. He visto que estabas nerviosa y he pensado que el té te vendría bien.

Con cada sorbo de té, en efecto, Maggie se iba relajando más y más.

–Es usted muy amable, señora Hawkins, por recibirnos en su casa con tanta gentileza.

Trudy asintió.

–Vas a pillar un resfriado, hija, si no te secas enseguida. ¿Podéis quedaros?

–No –intervino Shep, dirigiendo una mirada de disculpa a la pareja de granjeros–. Tenemos que irnos.

Shep advirtió que el terror volvía a la mirada de Maggie. Tomó su propia taza y dio un trago.

–He llamado a la policía –dijo, dirigiéndose a Maggie. Luego miró a la pareja–. Ahora me haría falta un vehículo, señor Hawkins, y un teléfono móvil, si lo tiene. Tenemos que irnos a Charleston. ¿Podemos tomar prestado su coche?

Trudy sonrió y deslizó la mano alrededor de la cadera de su marido.

–Le podemos dejar una camioneta, señor Hunter. ¿Servirá?

–Claro que servirá –respondió Shep–. Si sufre algún daño, el Gobierno pagará las reparaciones.

–Oh –dijo Trudy–, eso está bien. Espere un momento, voy por las llaves.

–¿Qué podemos hacer, señor Hunter? –preguntó Elmer con preocupación–. ¿Hay posibilidades de que ese problema que está ocurriendo nos afecte a nosotros?

–Lo dudo. Pero si viene alguien haciendo preguntas, no le digan nada. Pero no tema, nadie les hará daño, nos buscan a nosotros y si no pueden encontrarnos dentro de poco, estoy seguro de que se marcharán. Si vienen, háganse los estúpidos, como si nunca se enterasen de nada.

Elmer sonrió y se rascó la barbilla.

–Sí, puedo hacerme el estúpido.

Maggie se echó a reír.

–Pero no es usted nada estúpido, señor Hawkins –dijo.

–Bueno, pero ya saben cómo nos miran los que viven en la ciudad a los paletos de campo –dijo Elmer con una mirada maliciosa–. No se preocupen por nosotros, no va a pasar nada.

Trudy volvió en ese momento, con un juego de llaves para Shep.

–¿Qué llaves le has dado?

–Las de la camioneta roja. ¿Crees que ese tanque los llevará a Charleston?

Con una sonrisa complacida, Elmer se dirigió a Shep.

–Esa camioneta tiene diez años, señor Hunter, pero como dice mi mujer es un tanque.

Shep asintió.

–Ha sido una suerte encontrarlos, señor y señora Hawkins. Cuando esto termine, volveré por aquí para darles las gracias. Sin su ayuda no sé cómo íbamos a salir del lío en que estamos metidos –dijo, y le comunicó a Elmer que unas vacas habían roto el vallado–. Han vuelto al pasto, pero habrá que reparar esa valla.

–Gracias por decírnoslo.

–Salgan por la cocina, señor Hunter –intervino Trudy–, y póngase este abrigo. Tiene que estar caliente. El garaje está aquí al lado. Baje las escaleras a la derecha, la camioneta está al lado del coche.

Maggie estrechó la delgada mano de Trudy.

–Nos han salvado la vida. Gracias. Muchas gracias.

–Tengan mucho cuidado.

Shep estrechó la mano del granjero y les dio las gracias a los dos. Sin su ayuda, estarían temblando de frío y dando vueltas por los bosques.

Maggie siguió a Shep apresuradamente, bajando las escaleras de dos en dos. Al entrar en el garaje, la luz se encendió automáticamente.

–Está muy bien –dijo Shep, refiriéndose a la camioneta–. Hemos tenido suerte. Parece capaz de aguantar lo que le echen.

Maggie subió al asiento del acompañante.

–¿Crees que tendremos problemas? –preguntó mientras se abrochaba el cinturón de seguridad.

Shep cerró la puerta y arrancó el motor.

–No lo sé –dijo, girando el cuerpo para salir marcha atrás–. Pero si los tenemos, échate al suelo, ¿comprendes?

Maggie respondió humedeciéndose los labios.

–No te preocupes, no tendrás que decírmelo dos veces –dijo. Miró a Shep a los ojos. Era el hombre al que amaba. ¿Saldrían de aquella misión con vida? Se estremeció al pensar en ello y cruzó los brazos para darse calor–. Y la policía, ¿viene hacia aquí?

–Sí, pero van a tardar. Estamos a cincuenta kilómetros de la ciudad –dijo Shep, dando marcha atrás–. De momento, mocosa, estamos solos en esto.

Capítulo Nueve

Shep avanzaba sin faros por el camino de barro que conducía a la carretera. A su alrededor solo se veía el resplandor de los relámpagos que alumbraban las lejanas tormentas que habían abandonado aquella zona y se dirigían a Charleston. Miró a Maggie. Estaba comprobando que el cinturón de seguridad se soltaba con facilidad.

–Toma mi pistola –le dijo–. Yo conduzco y tú disparas. Eres un gran tiradora, ¿no?

Por fin la trataba de igual a igual, pensó Maggie. Por fin se sentía parte de un equipo.

–Sabía elección –dijo, con una sonrisa en los labios–. Entre tú y yo, soy una auténtica campeona.

–En esta bolsa –dijo Shep, señalando el hueco entre los asientos–. Hay más cargadores.

Shep frunció el ceño y estudió el camino, que desaparecía más adelante entre los pinos.

–Estáte alerta –dijo–. Podrían esperarnos allí.

Apretó las manos sobre el volante y respiró profundamente. No quedaba más que medio kilómetro a la carretera, y, según las palabras de Elmer, la intersección se encontraba detrás de la camioneta y la Cessna. ¿Seguirían los terroristas buscando a Maggie junto al río o habrían vuelto a la furgoneta? ¿Se habrían ido a Charleston? Sabía que su vida y la de Maggie colgaba de un hilo muy fino y no conocía las respuestas.

Maggie mantenía en alto la pistola. La idea de utilizarla para matar a alguien le helaba la sangre. Le gustaba disparar, pero solo contra blancos inertes. Miró a Shep y vio la tensión que lo dominaba.

–Escucha, no importa lo que ocurra de ahora en adelante. Quiero que sepas que...

Una ráfaga de balas golpeó contra la carrocería. Maggie gritó y se protegió los ojos instintivamente. Cientos de trozos de vidrio saltaron sobre ellos.

–¡Hijos de perra! –exclamó Shep, y pisó a fondo el acelerador. El motor rugió como un león herido y la camioneta derrapó sobre el barro, ganando velocidad. Vio puntos de luz a ambos lados del camino, provenientes de las armas de fuego. Maggie comenzó a disparar a su vez, mientras otra ráfaga de balas golpeaba la carrocería y silbaba sobre sus cabezas. Shep siguió acelerando, con la vista fija en la carretera.

En cuanto llegaron a la carretera, Shep encendió las luces y se dirigió hacia el puente a toda velocidad. Ahora tenían a los atacantes a su espalda. ¡Bien!

Maggie sacó el cargador vacío y metió otro nuevo.

–¿Estás bien? –preguntó. El viento era helado y atravesaba lo que quedaba del parabrisas.

–Perfectamente, ¿y tú?

–Bien.

Shep conducía como un loco, derrapando en cada curva. Afortunadamente, el peso de la camioneta les permitía tomar las curvas a gran velocidad, pero debido al suelo mojado, conducir

a ciento sesenta por aquella carretera era muy peligroso.

Maggie se giró y vio que los seguían unos faros.

—¡Dios mío, nos persiguen!

—Saca el móvil y marca este número.

Maggie, con dedos temblorosos, lo hizo. En cuanto obtuvo respuesta, le pasó el teléfono a Shep.

—Sí, Preston, soy yo. Escucha, tenemos problemas. Vamos hacia donde tú estás, pero la furgoneta de los terroristas nos persigue. ¿Puedes enviarnos ayuda? Solo tenemos una pistola y ellos son tres.

Los faros de la camioneta penetraban la oscuridad de la noche. Circulaban por una carretera solitaria rodeada de pinos y sin ningún tráfico en absoluto. Maggie se percató de la tensión con que hablaba Shep. Volvió a girarse, pero no vio los faros de la furgoneta. La expresión de Shep le daba miedo. Era noche cerrada, pero la luz del salpicadero bastaba para iluminar sus rasgos. Parecía un hombre de hielo. Cuando acabó de hablar le devolvió el teléfono.

—Preston va a tratar de mandarnos un helicóptero. Aunque no puede asegurarlo, todavía hay tormentas por allí.

—¿Cuándo llegará la policía?

—Nos quedan treinta kilómetros —dijo Shep, y en ese momento vio un camino que se desviaba a la derecha. Pisó los frenos y giró haciendo chirriar las ruedas sobre el asfalto.

Maggie se sujetó con las dos manos.

—¿Qué estás haciendo?

—Trato de perderlos —dijo él, y se metió por el camino. La furgoneta crujió sobre los baches.

—¿Sabes adónde vamos por aquí?

—No tengo ni idea —dijo él, con la voz tensa. Mantenía ambas manos sobre el volante. Por aquel camino no se podía ir muy deprisa. Estaba lleno de baches y de curvas—. Llama a Preston, dile dónde hemos girado. El último mojón marcaba 54.

—Vale —dijo Maggie y llamó a Preston. Sintió un gran alivio al oír su voz—. Preston dice que este camino vuelve a retomar la carretera dentro de dos kilómetros.

Shep asintió.

—Está bien. Puede que la furgoneta nos adelante.

Maggie cortó la comunicación y volvió a tomar la pistola. Los faros de la furgoneta se agachaban y levantaban con cada bache. Maggie, mirando a Shep, dijo:

—Hunter, si salimos de esta quiero que nos demos una segunda oportunidad, ¿qué dices?

Shep la miró por un instante.

—Prometido, mocosa.

Pero, ¿sobrevivirían a aquella persecución mortal?

Maggie volvió a mirar detrás de ellos.

—Sé que lucharemos hasta el final. Somos dos testarudos.

—Tercos.

—Lo que sea.

—De todas formas, te quiero.

A Maggie el corazón estaba a punto de saltarle del pecho. Se fijó en el duro perfil de Shep, que seguía concentrado en el camino. Con cada bache, una nueva esquirla del parabrisas caía sobre ellos.

—¿Qué? —¿había oído bien o eran imaginaciones tuyas?

Shep, aminorando la marcha, tomó su mano.

–He dicho que te quiero, Maggie Harper. Las últimas veinticuatro horas me lo han demostrado. ¿Qué opinas?

Sus dedos eran fuertes y cálidos sobre la fría y pequeña mano de Maggie, que, desgraciadamente, apenas disfrutó de aquella caricia, pues Shep necesitaba ambas manos sobre el volante.

–Yo también te quiero, Hunter. No me preguntes por qué. No he sabido lo mucho que te echaba de menos hasta que has vuelto a entrar en mi vida.

Shep sonrió satisfecho.

–¿Por qué rompimos, Maggie? ¿Porque no te trataba como a una igual?

Maggie asintió. El viento entraba a través del parabrisas, haciéndole llorar.

–Sí, exactamente. Me tratabas como a una niña.

Shep estaba deseando parar y estrechar a Maggie entre sus brazos, besarla, hacerle el amor. Quería demostrarle lo mucho que la quería, lo mucho que siempre la había amado.

Maggie estudió los rasgos duros e inexpresivos de su amor.

–¿Crees que saldremos vivos de esta?

Shep aminoró la marcha y apagó las luces. Estaban a quinientos metros de la carretera.

–Eso espero.

Maggie trató de ver algo, pero, desgraciadamente, los árboles le impedían la visión.

–Empiezo a odiar los pinos –dijo–. No puedo ver nada.

–No creo que haya ningún problema –dijo Shep, y al llegar a la carretera tomaron la dirección de Charleston.

Y al instante, una lluvia de balas volvió a caer sobre ellos. Maggie se agachó en cuanto oyó el silbido de los proyectiles.

–¡Son ellos!

Estaban detrás de ellos

Shep pisó el acelerador a fondo.

–¡Dispárales! ¡Trata de darle a las ruedas!

Maggie soltó el cinturón de seguridad y se giró para mirar hacia atrás, comenzando a disparar a la furgoneta, que los perseguía de nuevo. Los faros la cegaban, de modo que se puso de rodillas sobre el asiento y disparó por la ventanilla trasera. Hacía mucho frío.

–¡Van a embestirnos! –gritó, al darse cuenta de que se acercaban peligrosamente.

Y antes de que ella pudiera hacer nada, la furgoneta chocó contra ellos. Maggie salió despedida hacia atrás y tras chocar contra el salpicadero cayó al hueco de los asientos.

–¡Cuidado! –gritó Shep, tratando de mantener la ruta. Volvieron a embestirlos y las balas comenzaron de nuevo a silbar sobre sus cabezas. Cayeron más cristales y Shep sintió un pinchazo en la cara, pero no apartó los ojos de la carretera. Aceleró a fondo y alcanzó ciento ochenta kilómetros por hora.

–¿Estás bien? –le gritó a Maggie.

Maggie trató de incorporarse como pudo y sacó el arma por la ventanilla. Vaciando el cargador contra sus perseguidores.

De repente oyó un ruido distinto y la furgoneta se apartó de ellos, girando bruscamente a la derecha.

–¡Le he dado, le he dado!

–¡Bien! –gritó Shep–. Ahora siéntate bien y agárrate, nos quedan diez kilómetros.

Maggie se sentía eufórica. Ya no los perseguían, ella había pinchado una rueda de la furgoneta y

ya no podía seguirlos. El corazón latía con fuerza y la adrenalina recorría su cuerpo entero.

–¿Estás bien? –preguntó, cambiando el cargador.

–Muy bien –dijo Shep, y en aquel preciso instante vio una luz que se aproximaba a ellos, desde el cielo–. ¿Qué es eso?

–¿El qué?

Sobre los árboles había luces verdes y rojas.

–Tiene que ser un helicóptero –dijo Shep–, ¡el helicóptero de Parris Island!

Maggie apenas podía ver nada, solo cuando un relámpago iluminó el cielo pudo ver con claridad.

–Sí, es un helicóptero. Militar. Es negro, todo negro.

Shep levantó un poco el pie del acelerador.

–Llama a Preston y dile que el helicóptero ha llegado.

Sonriendo con alivio, Maggie marcó el número del agente.

–Preston, soy Maggie. ¡El helicóptero de Parris está aquí!

–¿Qué helicóptero? El de los marines está en tierra, hay una tormenta de mil demonios sobre la isla y no puede despegar.

Maggie, perpleja, volvió a asomar la cabeza para mirar al cielo. El helicóptero estaba sobre ellos.

–Shep... no lo entiendo. Preston dice que el helicóptero de los marines no ha despegado. ¿Y entonces eso qué es?

Shep se quedó de piedra.

–¡Maldita sea! ¡Es de los terroristas! ¡Tennyson debe haber estado en contacto con ellos todo este tiempo!

Volvió a pisar el acelerador sin perder de vista al helicóptero, que se acercaba a ellos por la derecha, el lado de Maggie.

–¡Agáchate!

–¿Qué?

Antes de que pudiera responder, Shep vio el destello de dos luces amarillas a ambos lados del helicóptero.

–¡Agáchate!

Fue un grito que se quedó grabado en la memoria de Maggie para siempre. Giró la cabeza a la derecha y vio al helicóptero escupir fuego, y se metió en el hueco de los asientos. El fuego era de los proyectiles lanzados desde el helicóptero y al instante oyó cómo estos se estrellaban con un ruido sordo contra el talud de la carretera. Paralizada por el pánico, su mente se negó a trabajar por unos instantes. Shep pisó los frenos a fondo. Las ruedas chirriaron y la camioneta derrapó girando en redondo. Luego, pisando de nuevo el acelerador, Shep los sacó de la línea de fuego.

El helicóptero giró en el cielo y los persiguió de nuevo, esta vez a una altura menor.

–¡Agárrate! –gritó Shep y volvió a frenar a fondo. La camioneta se desplazó lateralmente unos cien metros, luego se detuvo violentamente. Volvió a girar bruscamente y enfiló de nuevo la dirección de Charleston. El helicóptero no acertaba a darles gracias a aquella conducción defensiva, pero Shep sabía que su táctica no le detendría por mucho tiempo.

–¡Maggie, carga la pistola! –gritó, por encima del ruido del motor y del viento helado que entraba por el parabrisas roto. Se mantuvo concentrado en la carretera, pero por el rabillo del ojo vio cómo Maggie hacía lo que le había pedido.

Al cabo de unos segundos, notó que la camioneta hacía un temblor. ¡Habían sido alcanzados con

proyectiles de cincuenta milímetros! No podrían soportar un ataque semejante. Pisó los frenos y oyó como los dos neumáticos estallaban simultáneamente.

Maggie gritó, pues la camioneta avanzaba fuera de control. Al cabo de unos instantes, se salieron de la carretera y se deslizaron pendiente abajo, por una ladera embarrada y a más de cien kilómetros por hora. Sobre ellos seguían lloviendo las balas y se oyó ruido metálico. Habían vuelto a alcanzarlos. ¡Iban a morir! Era lo último que quería, pero aquella situación no tenía salida. ¡Iban a morir!

Sin embargo, ningún nuevo disparo llegó a darle y la camioneta fue perdiendo velocidad hasta detenerse a pocos metros de los pinos. Por encima de sus cabezas rugían las aspas del helicóptero.

–¡Maggie! –gritó Shep–. ¡Sal del coche, sal del coche!

Sabía que en cuestión de segundos aquellos proyectiles de cincuenta milímetros impactarían en el depósito de gasolina y la camioneta saltaría por los aires. Maggie luchaba por quitarse el cinturón. Desde el cielo, el helicóptero los iluminaba con los focos que llevaba bajo sus tripas. Soltó su cinturón y se giró. Maggie también había soltado el suyo. La empujó con todas sus fuerzas y Maggie salió de la camioneta por la puerta desvencijada.

La hierba estaba mojada y ella cayó de pies y manos. Se alejó como pudo mientras las balas seguían cayendo sobre la furgoneta. El helicóptero estaba a menos de cien metros de ella, escupiendo su fuego mortal.

Shep cayó a su lado. La agarró por un brazo y la obligó a correr lejos de allí, hacia los árboles.

–¡Corre! ¡Corre!

Sus piernas parecían de cemento. Se resbaló varias veces sobre la hierba mojada pero no cayó gracias a que Shep la llevaba del brazo. El ruido de las aspas del helicóptero se clavaba en sus oídos, como el ruido metálico de las balas cuando impactaban en la carrocería. Finalmente oyó un ruido distinto, como un bufido, y le llegó la onda expansiva. La furgoneta había explotado. Sintió calor a su espalda y un empuje que la tiró al suelo. Cayó rodando varios metros. ¡Shep! ¿Y Shep?

Gateó como pudo, buscándolo desesperadamente. Lo vio a veinte metros de ella, ¡Oh, no! ¿Estaba herido? La había protegido de la onda expansiva, interponiendo su cuerpo entre ella y la explosión. Y lo había hecho porque la amaba. Comenzó a llorar y se puso en pie como pudo, dirigiéndose hacia él.

El helicóptero comenzó a acercarse.

Maggie cayó de rodillas y vio que Shep abría los ojos, parecía desorientado.

–¿Shep? –dijo, tocándole el rostro ensangrentado–. ¿Estás bien?

Shep asintió y trató de incorporarse. El terror en la expresión de Maggie le hizo volver en sí. Jamás esperaba algo así, que los siguiera un helicóptero de Amanecer Negro. Eso solo demostraba su interés por recuperar el maletín que aún creían en su poder. Agarró a Maggie y se echó sobre ella, obligándola a tumbarse en el suelo.

El helicóptero estaba cada vez más cerca, moviendo los focos, tratando de localizarlos.

–Dame la pistola.

Maggie se la entregó, le temblaban las manos.

Shep agarró el arma y condujo a Maggie hacia el pino más cercano.

–Quédate aquí. Y, haz lo que hagas, no corras.

Antes de que ella pudiera preguntarle por qué, Shep corrió hacia el helicóptero, que se aproximaba a ellos poco a poco. Los focos barrían el terreno metódicamente y Maggie se preguntó qué podría hacer Shep frente a un enemigo tan poderoso. Iban a cazarlos como a animales.

Shep zigzagueó entre los pinos. Gracias a la luz de los focos, le resultaba fácil ver por donde iba, moviéndose entre las siluetas de los árboles. Sabía que los de Amanecer Negro pretendían matarlos y luego aterrizar para comenzar la búsqueda del maletín. Pero en fin, eso no iba a ocurrir. Amaba a Maggie y deseaba con toda su alma tener con ella una segunda oportunidad.

Se estaba acercando ya a lugar donde se encontraba el helicóptero, casi estaba debajo de él, pero aún no en el lugar donde debía. Trató de anticiparse a sus próximos movimientos y echó a correr de nuevo, pero resbaló y cayó al suelo. Maldiciendo su suerte, se agarró al suelo y volvió a ponerse en pie. Necesitaba colocarse en un sitio muy preciso con el fin de llevar a cabo su plan. ¿Funcionaría? Tenía que funcionar.

Se detuvo, le ardían los pulmones. Sí, estaba en un lugar perfecto. Se apoyó en un tronco para controlar mejor la puntería. Cerca de la parte de arriba del fuselaje del helicóptero había una luz roja. Cada vez que parpadeaba iluminaba la unión de la hélice. Ese era su blanco. Si lograba dar en aquel punto, el helicóptero caería abatido. Estaba cubierto de sangre y sudor, y le picaban los ojos. Parpadeó para aclarar la visión y esperó. Las copas de los árboles oscilaban a un lado y a otro bajo la hélice. Solo podía hacer un disparo. Lentamente, muy lentamente, el helicóptero se acercaba a su posición. Cuando vio aparecer la hélice sobre las copa del pino donde se encontraba, apuntó.

La luz roja iluminó su objetivo. Su dedo acarició el gatillo de la pistola, como si fuera un amante. La pistola retrocedió con el disparo y Shep vio cómo la bala daba a pocos centímetros de la unión de la hélice. Saltaron chispas. Si el piloto había oído el impacto, cambiaría de posición y ya no tendría oportunidad de abatirlo.

De modo que descargó las ocho balas del cargador. Al menos una acabaría con aquella bestia metálica, se dijo.

De repente, se produjo un destello de luz, seguido casi al instante por el sonido atronador de una explosión. El helicóptero cabeceó, cayendo como un ave herida. Al cabo de unos segundos impactó contra el suelo, con un estruendo sordo y metálico. Shep se ocultó detrás del tronco del árbol para protegerse de la explosión, que conmovió el terreno, haciendo saltar la tierra entre los trozos de metal.

El tronco tras el que se ocultaba tembló varias veces, golpeado por algunos de los restos del helicóptero que saltaban por los aires. Shep se agachó y permaneció muy quieto. Continuaron las explosiones de combustible y la zona se incendió. Era imposible que hubiera supervivientes. Se asomó por fin y vio los restos en llamas, rodeados de un reguero de fuego. El combustible derramado que aún no había ardido.

Se puso en pie, el peligro había pasado. A tres metros de él había caído una de las aspas de la hélice. La tocó, estaba todavía muy caliente. Se dio cuenta entonces de que había estado a punto de morir y pensó en Maggie. ¿Dónde estaba? ¿Le habría hecho caso y se habría quedado donde estaba?

Preocupado, corrió hacia allí mientras continuaba el rumor del fuego. Metió la pistola en la cintura y aceleró, estaba impaciente por verla, y muy inquieto todavía.

Maggie vio que alguien aparecía entre las sombras. Al principio no se dio cuenta de que se trataba de Shep, creyó que uno de los terroristas la había encontrado y fue a gritar. Pero el grito se ahogó en su garganta al darse cuenta de que era el hombre al que amaba. Echó a correr y se arrojó en sus brazos, que la rodearon como escudos de acero.

—¡Estás vivo!—gritó entre sollozos.

Shep la besó en la frente y luego la echó al suelo, acariciándola, besándola, estrechándola entre

sus brazos.

–Te quiero más que a mi vida, Maggie Harper.

Ella tenía los ojos bañados en lágrimas, pero sus bocas se encontraron, hambrientas. Sus senos se apretaron contra el duro pecho de Shep, y se aferró a su espalda como si la vida le fuera en ello.

Shep la besaba con furia, saboreando la dulzura de su boca en medio del espectáculo moral que los rodeaba. Ella tenía el cabello mojado y enredado, pero qué importaba, su sabor era el de la vida... el de la larga vida que les quedaba por delante.

Capítulo Diez

Maggie suspiró apaciblemente, librándose de las dulces garras del sueño. No quería moverse. Se sentía cálida y lánguida mientras iba despertando poco a poco, y poco a poco se fue dando cuenta de que estaba en brazos de Shep. El sol entraba por la rendija de las persianas del hotel. ¿Dónde estaban? Ah, sí...

Poco después de abatir el helicóptero, se presentó en el lugar el agente Preston y se hizo cargo de todo. Shep había pedido que los condujeran a Charleston, a uno de los mejores hoteles, donde podían darse una ducha y vestirse, y allí estaban. Nunca en su vida había agradecido más el liderazgo de Shep, que en aquella ocasión había servido para sacarles cuanto antes de una situación crítica, pues ella se encontraba al límite de sus fuerzas.

Dejó escapar un largo suspiro y se fijó en el reloj. Eran las seis de la mañana. Había dormido muchas horas y se encontraba feliz de estar viva. Sentía el pecho de Shep, subiendo y bajando, tranquilamente, y su cabeza cerca de la suya. Bastaba sentirlo respirar para sentir una alegría inconmensurable. Después de la última noche, Maggie había comprendido lo mucho que lo amaba.

Se giró y vio que tenía el rostro cubierto por la barba. La noche pasada no se había afeitado y ahora tenía un aspecto peligroso. Estaban desnudos y ella se deleitaba en la idea de compartir la cama con Shep de aquella manera. La noche anterior estaban demasiado exhaustos como para hacer el amor y se habían dormido nada más meterse entre las sábanas. Pero el sueño es reparador y Maggie ya estaba curada. El sueño les había devuelto la paz.

Le acarició el pelo, disfrutando de su tacto. Dormido, Shep parecía mucho menos peligroso. Era un hombre de acción y siempre lo sería, pero en aquel momento estaba deliciosamente inerte. Le acarició los labios y los pómulos y luego descendió hasta su pecho, cubierto de vello. Poco a poco iba sintiendo un deseo incontenible de hacer el amor. Deslizó los dedos por su ombligo, y por su cintura. No tenía un átomo de grasa. Se incorporó, apoyándose en el codo, y le besó en la mejilla. Olía al jabón de lavanda con que se habían duchado, un olor que se entremezclaba con su aroma masculino, una penetrante fragancia que le llegaba al fondo de la nariz.

Con la deliciosa idea de despertarlo a besos, apoyó los labios sobre su boca, metiendo la lengua ligeramente. Y Shep abrió los ojos al instante, como si reaccionara a un posible peligro. Maggie se echó hacia atrás y sonrió, observando cómo le abandonaban los últimos restos de sueño.

—Chist, no pasa nada —susurró Maggie, todavía sonriente, deslizando un dedo por su pecho—. Estamos a salvo... solo quería despertarte.

Shep miró a Maggie. Tenía el pelo revuelto y parecía una reina salvaje. Sus mejillas tenían un matiz rosado y sus ojos brillaban con malicia y deseo. Conocía bien aquella mirada y sabía lo que quería decir. Su cuerpo no tardó en responder a ella.

—Puede que no pase nada, mocosa —dijo—, pero tú no estás a salvo.

Maggie sonrió graciosamente y apoyó la cabeza sobre el pecho de Shep. Le encantaba el tacto de su piel, cálida y seca, era tan evocador... Shep deslizó una mano sobre su cadera y luego ascendió hacia sus pechos. Al sentirla, Maggie cerró los ojos y suspiró complacida.

Shep se incorporó para mirar a Maggie. Qué hermosa era y qué feliz se sentía de estar a su lado. Era suya. Darse cuenta de ello le hacía más feliz que cualquier otra cosa. Se inclinó y besó uno de sus pezones. Maggie dejó escapar un gruñido de placer. Shep la lamió y la besó, sin pensar en otra cosa que en complacerla. Cuánto deseaba hacer el amor con ella. Ella era su vida entera. La noche anterior se había dado cuenta de ello de una vez para siempre. Mientras la acariciaba y la besaba, recordó con qué inquietud había vuelto corriendo hacia ella después del estallido del helicóptero.

Al encontrarla, necesitó estrecharla entre sus brazos, sentir que estaba viva y que era suya. Y ahora, al oír sus gemidos de placer, sabía que no podía vivir sin ella, que su sitio estaba allí a su lado, para siempre.

Maggie sonrió al advertir que estaba excitado. Sintió además cómo el vello abundante de las piernas de Shep rozaba contra la piel tersa de las suyas. Gimió al notar cómo rozaba con su sexo su más delicado hueco.

Shep la besó y ella le acarició el torso, apoyando las manos en sus caderas. Maggie, guiándolo, se arqueó hacia adelante, porque quería sentirlo muy dentro, muy cerca, ser suya. Luego Shep abandonó su boca para descender por el cuello hasta sus pezones, que besó de nuevo, acariciándole los pechos con ambas manos, sumergiéndose en una oleada de interminables caricias. Luego volvió a besarla en la boca, hasta que los dos alcanzaron la mayor excitación, hasta que los dos rozaron el límite del deseo.

Al penetrarla, Shep exhaló un suspiro, su cuerpo entero se estremeció de placer. Maggie lo rodeó con la piernas y en el momento en que se arqueó contra él, se sintió más vivo que en toda su vida, como si estuviera recibiendo el mismo elixir de la vida. Sus cuerpos estaban calientes, sudorosos, invadidos de un sueño lleno de promesas. El lento movimiento de las caderas fue incrementándose poco a poco y Shep no podía reparar en nada que no fuera aquella danza primitiva del amor. Fue perdiendo poco a poco el contacto con el mundo que lo rodeaba. Maggie, con su olor, su tacto, sus caricias, su dulce resistencia, se convirtió en su única existencia. Fue cayendo en una espiral de placer que le hacía perder el control.

Maggie lo besaba, deslizando la lengua por el labio inferior, acariciándole el pecho con dedos de fuego. Sus caderas respondían a un empuje delicioso, nuevo y antiguo al mismo tiempo. Justo antes de la explosión de fuego y de placer, Shep se dio cuenta de que la amaba con ferocidad, con una intensidad que jamás podría disiparse, disminuir. La había anhelado durante dieciocho largos años y no volvería a perderla. Nunca.

El gemido animal de Shep estremeció a Maggie que se puso tensa al mismo tiempo que él. También ella gritó al sentir la suprema liberación. Se aferró a él con fuerza, mecida por un mar caótico y maravilloso, flotando en mitad de un océano de sensaciones, compartiendo con él el mayor de todos los dones.

Luego permaneció entre sus brazos largo tiempo. No quería moverse, tan solo saborear la satisfacción de haber sido suya, de estar saciada de él, llena de felicidad. Cuando abrió los ojos se dio cuenta de que el sol se había desplazado y de que la habitación estaba sumida en una luz gris, aunque ella sentía que un arcoiris brillaba en su interior. Nunca se había sentido tan feliz.

–Te quiero, ¿lo sabías? –dijo.

Shep sonrió, la besó en un párpado y dijo:

–Por el modo en que me has atacado, jamás lo habría dicho. ¿Siempre te comportas así?

–Contigo, sí. Un asalto frontal es lo único que entiendes.

Shep sonrió.

–¿Por qué rompimos, mocosa? Me lo he preguntado mil veces y todavía no entiendo por qué.

–Fue una estupidez –respondió Maggie–. Por ambas partes.

–Sí –reconoció Shep, acariciando su breve cintura. La intimidad de aquellos momentos le parecía preciosa y extraordinaria–. Lo que estoy compartiendo contigo ahora mismo, nunca lo he tenido con ninguna otra mujer, Maggie. Nunca.

Maggie suspiró, conmovida por su sinceridad. Ella, por su parte, nunca se había sentido tan atractiva ni tan femenina como se sentía en aquella cama. Shep era muy masculino y muy tierno a la vez. Sabía cómo ser íntimo con una mujer, siempre lo había sabido.

–No sé quién de los dos estaba más loco, si tú o yo, pero lo que ahora tenemos es tan bueno. Yo tampoco he experimentado esto con ningún hombre.

Shep cerró los ojos ante la maravilla de aquellas palabras.

–Me encanta quererte –dijo–. Me haces sentirme bien, como una persona de cuerpo entero. Siempre ha sido así.

Maggie suspiró.

–¿Y qué vamos a hacer, Hunter? ¿Seguir hablando en pasado o cambiar al presente y al futuro?

Shep sonrió, sentándose en la cama.

–Ven aquí, mocosa –dijo, apoyando la espalda en el cabecero de la cama. Maggie apoyó la cabeza en su regazo y cerró los ojos, dejando el brazo doblado sobre su torso–. ¿No está mejor así? –musitó.

–Estar contigo así es siempre lo mejor –dijo ella entre susurros.

–¿Así que quieres un presente y un futuro conmigo?

Maggie abrió los ojos y lo miró. Su mirada había perdido su habitual frialdad y sus ojos eran como las cálidas aguas del Caribe. Enredando los dedos en el vello de su pecho, dijo:

–Creo que sí.

–Yo creo que hemos madurado lo bastante como para aceptar nuestras diferencias –dijo él, acariciando su cabello–. Además, me he dado cuenta de lo que nos sucedió entonces. Creo que no te traté con respeto, siempre pensé que lo que yo pensaba era más válido que lo que tú pudieras pensar.

–Pero no siempre lo es.

–No –dijo Shep, besándola en la mejilla–, no lo es –dijo y miró a su alrededor. El dormitorio estaba adornado con objetos muy antiguos–. Anoche pensé que podía perderte, pero sobrevivimos porque trabajamos como un equipo, un buen equipo.

–Tú me escuchaste y yo te escuché a ti –dijo Maggie–. Y me alegro por ello. Cuando estábamos en la universidad no lo hacías.

–Lo sé –replicó Shep–. Maldita sea, Maggie, me siento triste. Cuando me doy cuenta de que fue mi actitud lo que nos separó y de que hemos perdido todos estos años... Creo que lo eché todo a perder, y lo lamento. Pero quiero que sepas que quiero que me des una segunda oportunidad. Esta vez será distinto. Eres mi igual, y no quiero que discutamos como entonces. Creo, además, que estas veinticuatro horas infernales han demostrado que podemos escucharnos y entendernos, ¿no estás de acuerdo?

Maggie asintió y le besó la mano, tiernamente.

–Bueno, entonces, ¿cuándo nos casamos, Hunter?

Así era su Maggie, espontánea y hermosa. Sintió que una oleada de placer reverberaba en su pecho. Era como si su sentimiento de culpa se hubiera disipado para siempre. ¿Sabría Maggie de sus poderes curativos?

–¿Tengo tiempo de avisar a mi familia? ¿Podemos esperar dos semanas? Me gustaría que mis tres hermanos asistieran a la ceremonia.

Maggie lo miró a los ojos. Los suyos estaban bañados en lágrimas.

–Hunter llevo años esperando que sacaras la cabeza de la arena, así que creo que puedo esperar dos semanas más. Además, yo también tengo que llamar a mi familia y darles la noticia.

Shep sonrió.

Los dos se sobresaltaron al oír que llamaban a la puerta. Shep se levantó, buscó la pistola y se dirigió al vestíbulo, no sin antes decirle a Maggie, por señas, que se quedase donde estaba.

–¿Quién es?

–¿Hunter? Soy Preston. Tengo que hablar contigo.

Shep comprobó por la mirilla la identidad del agente.

Volvió al dormitorio para ponerse una bata, le dijo a Maggie que hiciera lo mismo, y salió a abrir.

Preston sonrió al verlos juntos a los dos, sin ninguna ropa debajo de la bata.

–Suponía que estabais despiertos –dijo, maliciosamente.

Maggie pidió café por teléfono y los tres se sentaron en el cuarto de estar de la suite.

–Tenéis muy buen aspecto –dijo el agente del FBI.

Maggie sonrió y se deslizó bajo el hombro de Shep, doblando las rodillas sobre el cojín.

–El sueño hace maravillas –respondió.

–Bueno, ¿y qué haces aquí? –preguntó Shep.

–Traigo buenas noticias –dijo el agente. A pesar de haberse quitado el uniforme y llevar traje, no podía ocultar su condición de servidor de la Ley y el orden–. Hemos capturado a una cuarta parte de la banda terrorista. No sabíamos que había un comando de seis miembros aquí en Charleston, esperando a unirse a Tennyson. En el helicóptero que os atacó iban cuatro de ellos. En fin, el caso es que, en total, hemos capturado a seis miembros de Amanecer Negro, que, unidos a los cuatro que murieron en el helicóptero, hacen diez, la cuarta parte de la banda –dijo Preston y sonrió–. Y Tennyson está cantando como un canario. A cambio de la inmunidad está dispuesto a darnos los nombres de sus superiores en la banda y ya nos ha dado nombres y direcciones de otros miembros del grupo, así que me parece que vamos a acabar con ellos.

–¡Fantástico! –dijo Maggie, y miró a Shep–. Somos un buen equipo, ¿a que sí?

–Somos el mejor equipo –respondió Shep, rodeándola por los hombros.

–La verdad es que sin vosotros dos no sé lo que habría pasado –dijo Preston–. Maggie, siento que te secuestraran, pero no fue culpa de nadie.

–¿Cómo consiguió el código Tennyson? Me dijo que tenían un topo en el FBI.

–Sí, y era verdad. Ya nos ha dado su nombre y lo hemos arrestado.

–Nunca habría abierto la puerta si no me hubieran dicho el código. De verdad.

Shep le dio unas palmaditas.

–Te creemos, mocosa. Solo seguiste el protocolo.

–Lo siento mucho, Maggie –intervino Preston–. No tenía la menor sospecha de que hubiera un topo en el cuartel general. Eso explica por qué en los dos últimos años no pudimos capturar a nadie de la banda –dijo, y se levantó–. En fin, tengo que irme –concluyó, y estrechó la mano de la pareja–. Puede que tu heroísmo, Maggie, no sea conocido públicamente, pero quiero que sepas

que eres una de las mujeres más valientes que he conocido nunca.

Maggie se sonrojó.

–Gracias, agente Preston.

–Estoy completamente de acuerdo –dijo Shep.

–Bueno, me voy, quedaos aquí y disfrutad de vuestro tiempo, ya habéis hecho bastante.

Acompañaron a Preston a la puerta y se quedaron solos de nuevo.

–¿Qué te parece? Final feliz –dijo Maggie, ya de vuelta en el sofá.

Shep le acarició los pies.

–Solo ha sido una victoria parcial –dijo–. Siempre habrá grupos terroristas. Aunque en este caso me parece que hemos cortado la cabeza de la serpiente. Puede que hayamos acabado con Amanecer Negro, pero eso no quiere decir que hay otros grupos con objetivos parecidos y deseosos de ocupar su lugar.

–¿Y no habrá descanso para nosotros?

Shep la hizo girar, de modo que apoyara la espalda en su regazo.

–Ahora mismo mi única preocupación es una damita pelirroja. Amanecer Negro está acabado y hemos hecho un buen trabajo. El mundo está a salvo por algún tiempo –dijo, y la miró a los ojos, susurrando–: Te quiero, Maggie Harper, y voy a seguir queriéndote hasta el fin de mis días.

Maggie sonrió. Shep era hombre de pocas palabras y sabía el regalo que acababa de darle.

–Eres único, cariño. Solo para mí.

–¿Aunque nos llevemos como el perro y el gato?

–Oh, estoy segura de que habrá algunos momentos buenos –dijo Maggie riendo y vio que el azul de los ojos de Shep se oscurecía, asegurándole que la deseaba y la amaba con pasión.

–Puede haber desacuerdos entre dos socios, sin que se hagan daño el uno al otro con sus acciones o palabras –dijo Shep.

–Y cuando nos encontremos con baches en el camino, nos concederemos el respeto que los dos nos merecemos. Sé que lo haremos.

Shep suspiró.

–He pasado demasiado tiempo apartado de ti. Si esta misión ha servido aunque solo sea para que me diera cuenta de ello, bienvenida sea.

Maggie sonrió, tiernamente y se estiró para besarle en la boca.

–Lo eres todo para mí. La guerra entre nosotros ha terminado. Vamos a pasar el resto de nuestras vidas aprendiendo a vivir juntos en paz y felicidad.

Shep la besó dulcemente en los labios, y sin apartarse de ella murmuró:

–Voy a disfrutar cada momento, dulce mujer de mi vida...

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com